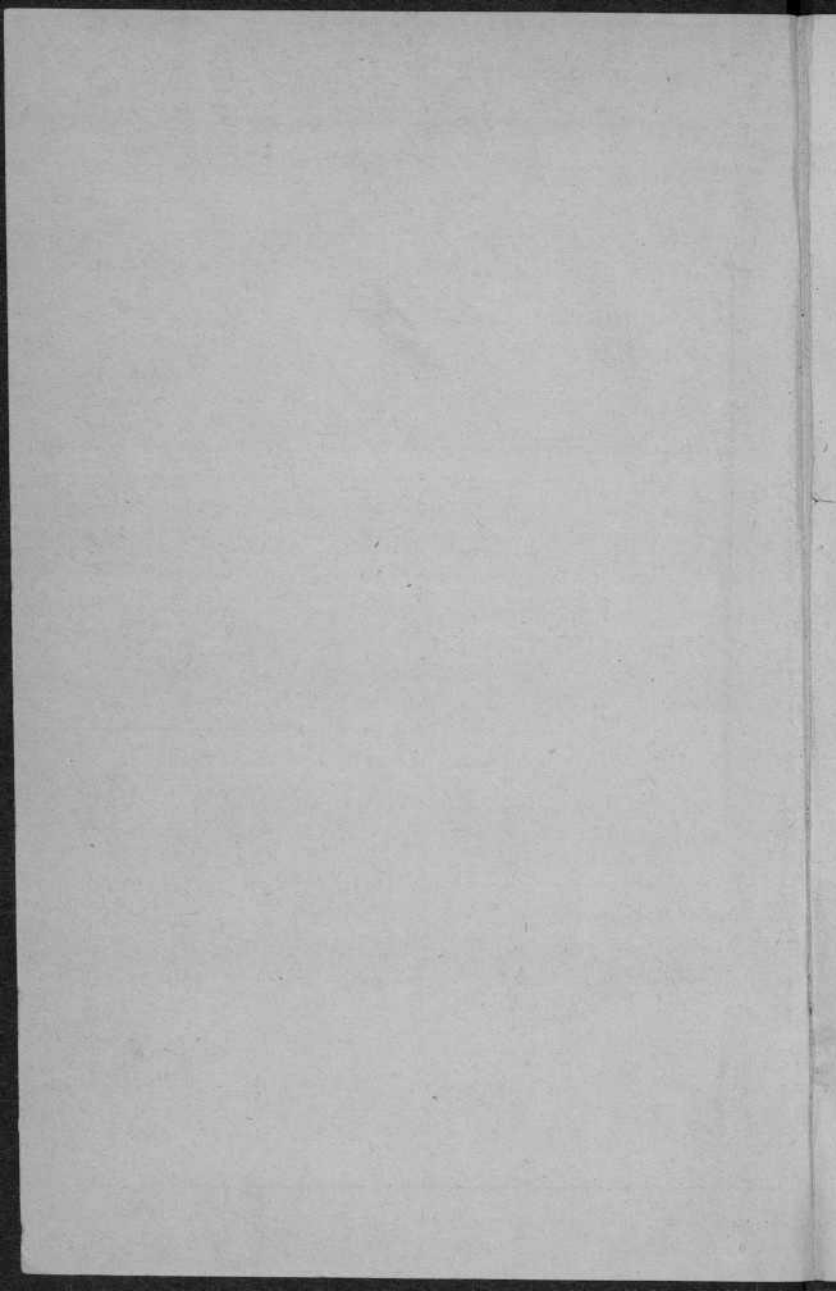


32

16432
~~5758~~
5758

VII





1/9
BIBLIOTECA ECONÓMICA DE INSTRUCCION Y RECREO.

LOS
JÓVENES ESCLAVOS

POR

MAYNE-REID



MADRID

ADMINISTRACION
calle del Rubio, 25, segundo

LIBRERÍA DE CUESTA
calle de Carretas, núm. 9, bajo

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS EN ESTA BIBLIOTECA.

AVENTURAS DE C. LINDEN EN LA INDIA.

AVENTURAS EN EL HIMALAYA.

LA GRANJA EN EL DESIERTO.

EL DESIERTO DE AGUA.

LOS CAZADORES DE OSOS.

NOTA. Están en prensa y preparacion otras cinco obras del mismo autor.

LOS JÓVENES ESCLAVOS.

I.

Dos desiertos.—Los Midshipmen.—La lengua de serpiente.—La marea.—Temores y sobresaltos.—Una separacion forzosa.—Un hombre ménos.

¡Etiopía, tierra de esclavos!

¡Cuántos ignoran que, en tu suelo inhospitalario, millares de compatriotas han sufrido una suerte más miserable que la de tus negros habitantes, esclavos de tus esclavos!

Entre Susa y el Senegal, hácia la parte Oeste de Africa, se encuentra una costa que temen los navegantes de todas las naciones. El marino se estremece al sólo nombre de esta costa, donde tantos buques han naufragado, y donde tantos hombres han perecido.

Dos grandes desiertos, el uno de tierra y el otro de agua, el Sahara y el Atlántico, se extienden con-

tiguos á los diez grados de latitud terrestre. Solamente los separa una línea imaginaria. La soledad del agua se ve retratada tambien en las arenas, no ménos peligrosas que las olas para los que naufragan en esta costa, llamada con tanta propiedad de *La Barbarie*.

Esos frecuentes naufragios son el resultado de una corriente del Atlántico, verdadero maelstrom para los que tienen la desgracia de recorrer aquellos parajes.

La causa de esta corriente es bien sencilla, aunque necesita una explicacion, puesto que parece contradecir, no solamente la teoría de los vientos etesianos, sino la de la inclinacion centrífuga atribuida á las aguas del Océano. Esa corriente resulta del calor del Sahara bajo un clima tropical, de la completa falta de humedad y vegetacion que rechazan el calor, de la ascension del aire abrasador que domina en este desierto, de la atmósfera más fresca que procede del Atlántico y de la tendencia hácia el Este de las aguas del mar.

Entre Bojador y Blanco, cabos muy conocidos, se extiende á muchas millas en el mar una estrecha lengua de arena seca y blanqueada por el sol tropical, que se parece á la lengua de una serpiente.

Una tarde del mes de Junio, cuatro náufragos montados en una berlinga del botalon de un buque,

se dirigian hácia esta punta de arena. Felizmente para ellos, desde lo alto de las dunas, que se levantan como nubes blancas en el interior del continente, apenas podia distinguirse con la ayuda del telescopio el pequeño grupo negro que se aproximaba lentamente hácia la costa.

En cuanto á los náufragos, no veian más que la arena blanca y el mar azul.

Un buque habia debido zozobrar cerca de aquella costa en la tempestad que se habia desencadenado dos dias ántes: el botalon y los náufragos eran sin duda los restos del naufragio.

Tres de ellos llevaban el mismo traje; sus levitas azules adornadas con botones de cobre bruñido; sus gorras del mismo color con un boton de oro; sus cuellos bordados con una corona y un ancla, daban á conocer á los *midshipmen* de la marina de Inglaterra. Parecian, sobre poco más ó ménos, de la misma edad; el más jóven tendria diez siete años.

No cabia duda que pertenecian al mismo buque; pero en sus rostros se veia que procedian de diferentes naciones: en una palabra, se conocia á primera vista al inglés, al irlandés y al escocés, y aunque se recorriese todo el Reino Unido no se hallarian tres tipos más puros para representar los tres países.

Se llamaban Harry Blount, Terencio O'Connor y Colin Macpherson.

El cuarto náufrago excedía en edad á la suma del número de años de los tres. El más distinguido lingüista no hubiera podido descifrar qué idioma hablaba. Su conversacion era una mezcla del acento inglés, irlandés y escocés, con los modismos y corrupciones de los tres idiomas. Ni por sus palabras, ni por su acento se podia adivinar en cuál de los tres reinos habia tenido el honor de ver la luz primera. Pero cualquiera que fuera su nacionalidad, en el servicio se habia portado como un verdadero lobo marino de Bretaña; á la simple vista se conocia cuál era su profesion. Llevaba el traje del marinero y se llamaba *Bill*; pero este nombre no era con el que estaba inscrito en los registros del buque; tenía una denominacion particular; á bordo de la fragata se le llamaba siempre el *Viejo Bill*.

En efecto, habia naufragado una corbeta que estaba de crucero en la costa de Guinea. Sorprendida por la peligrosa corriente de que hemos hablado, habia encallado en un banco de arena, hundiéndose casi instantáneamente. Los botes fueron lanzados al agua; los hombres se precipitaron en ellos en medio de la mayor confusion; algunos se cogieron á berlingas y otros á tablas sueltas desprendidas del buque; pero, ¿llegarian á la orilla? Esto es lo que no podia decir ninguno de los náufragos.

Todo lo que sabian era que la corbeta se habia

ido á fondo poco tiempo después de haberse alejado. Toda la noche estuvieron luchando con las olas; frecuentemente éstas los arrojaban fuera de los maderos; muchas veces se vieron cubiertos completamente por el agua, y á la mañana siguiente se encontraron solos en medio del Océano.

La tempestad habia cesado, y el dia se presentaba claro y sereno, pero el oleaje no se extinguió hasta cerca del medio dia; entónces, sirviéndose de sus brazos como de remos, empezaron á navegar.

Sólo veían cielo y agua. Deseaban ir hácia el Este, porque solamente por este lado esperaban encontrar tierra. El sol empezaba á declinar mostrándoles la direccion que debían seguir.

Después del sol, las estrellas les sirvieron de guías, y toda la segunda noche del naufragio continuaron dirigiendo el buque improvisado hácia el Este.

Amaneció de nuevo sin ver tierra todavía. Externuados por el hambre y la sed, fatigados por sus continuos esfuerzos, estaban próximos á entregarse á la desesperacion. El sol se mostró en el horizonte, y sus rayos, dorando las aguas sobre que flotaban, les dejó ver el reflejo de la arena blanca. Era el fondo del mar á muy pocas brazas.

Las aguas tan bajas anunciaban la proximidad de la playa; animados con este pensamiento redoblaron

sus esfuerzos. Pero un poco ántes del medio día dudaron si seguirían una marcha tan penosa. Se encontraban cerca del trópico de Cáncer; se hallaban en el corazón del verano, y al llegar el sol al zenit caían sus rayos perpendiculares sobre sus cabezas. Sus cuerpos no proyectaban ninguna sombra.

Pasaron muchas horas en el silencio y la inacción, dejándose llevar por la corriente que les impulsaba. No hacían nada para mejorar su situación. Era necesario esperar.

Si hubieran podido elevarse tres piés sobre el nivel del mar hubieran podido divisar la lengua de tierra; pero sus hombros estaban al nivel del agua y ni áun las cumbres de las dunas eran visibles para ellos.

Cuando el sol descendió de nuevo empezaron á remar otra vez con sus brazos, impulsando siempre el madero hácia el Este. De repente los últimos rayos del astro del día les mostraron algunos puntos blancos que parecían elevarse en el Océano.

¿Eran nubes? No, los bordes cortaban el cielo en una línea clara. Debían ser montecillos de nieve ó de arena; de arena, puesto que no estaban en la región de las nieves.

El grito *tierra* se escapó de todos los labios. Los esfuerzos comenzaron de nuevo; el madero hendió con más rapidez el agua; el hambre, la sed y la fatiga se habían olvidado.

Los cuatro creían tener que caminar todavía muchas millas para llegar á la orilla; pero el viejo Bill, levantando de nuevo la vista, lanzó una alegre exclamacion que repitieron en seguida sus compañeros: acababan de ver la larga punta de arena como una mano amiga extendida hácia ellos para darles la bienvenida.

Casi al mismo tiempo hicieron otro descubrimiento: obligados á caminar sentados en la balsa sus piernas caían precisamente por los lados, y llegaron á tocar la arena.

Los cuatro dejaron inmediatamente su posicion; abandonaron el madero, y penetrando resueltamente en el agua, no se detuvieron hasta que tocaron tierra.

Se creerá que poseidos por el hambre y la sed su primer pensamiento sería ponerse á buscar algun alimento y agua; pero tuvieron que ceder á la necesidad más imperiosa, al sueño. Hacia cincuenta horas que no habian cerrado los ojos, porque si se hubieran descuidado un momento encima de la berlinga hubieran corrido gran peligro de muerte.

Se acostaron, pues, los cuatro sobre la arena y se durmieron en seguida.

La punta del istmo de arena se elevaba varios piés sobre el nivel del mar miéntras que por en medio, más cerca de tierra, se elevaba apenas de la superficie del agua.

La parte más alta fué la elegida por los náufragos para acostarse. Habian elegido este sitio por ser el más seco.

Pero no pudieron estar allí mucho tiempo. Hacia apenas dos horas que habian conciliado el sueño cuando despertaron por efecto de una sensacion de frio bastante notable.

Se levantaron, y el más vivo terror se pintó en sus semblantes; el agua habia invadido su lecho de arena y les llegaba ya hasta las rodillas.

En su precipitacion por entregarse al reposo, de que tenian tanta necesidad, habian olvidado la marea, sin pensar un instante que podian ser sumergidos por ella. No solamente se encontraban en medio del agua, sino que al menor descuido hubieran sido cubiertos completamente por ella.

Sin el profundo sueño á que se habian entregado, las olas que llegaban hasta ellos los hubiera despertado ántes; pero ya estaban acostumbrados al contacto del agua fria durante cuarenta y ocho horas. Cuando el agua salada empezó á cubrirles la cara salieron del profundo sueño en que yacian.

Sus temores se calmaron no obstante cuando se dieron cuenta de su situacion; no era necesario más que seguir la estrecha lengua de arena que habian visto ántes de llegar á tierra y arribarian así á la verdadera orilla, que debia estar á poca distancia. Una

vez allí podían escoger un sitio elevado y pasar en él la noche.

Tales fueron sus primeras reflexiones: bien pronto experimentaron un nuevo desaliento más grande que el primero.

Se volvieron hácia donde ellos creían estuviese la tierra, y no vieron nada, ni montañas de arena, ni playa, ni aún la estrecha lengua sobre la que habían abordado: no se veía mas que agua por todas partes. Oían el murmullo de las olas, y á pesar de la oscuridad veían montañas de espuma blanca que salía de la superficie agitada. Despues una espesa niebla se elevó del Océano, envolviéndolos completamente é impidiéndoles reconocerse.

Quedarse donde estaban era buscar una muerte cierta; por lo tanto era necesario alejarse lo más pronto posible de aquel sitio. ¿Pero qué direccion tomar? Del acierto en escogerla pendía la salvacion. Si por desdicha se equivocaban y tomaban hácia el mar corrian á la muerte. El viento era fuerte y levantaba enorme olas, que rodeaban por todas partes á los náufragos. No habia un instante que perder. Se trataba de tomar la mejor direccion, seguirla y acertar, ó resignarse á morir en medio de las olas. La marea en su período ascendente subía hácia la orilla. No habia mas que seguir las olas, volviendo las espaldas al viento. Así lo hicieron; pero bien pronto

conocieron que se equivocaban. No habian andado unas cien brazas cuando observaron que el agua subia rápidamente y les llegaba al pecho.

Cambiaron de direccion, y despues de algunos esfuerzos volvieron á hallar las aguas bajas; pero desde que empezaron á marchar contra las olas les subió el agua hasta los hombros.

La punta de arena no se proyectaba perpendicularmente en la costa, sino que tomaba una direccion diagonal. Esto era una especie de *break water* (1) natural, un largo cono de arena, formando una bahía que se extendia entre él y la orilla. Habian observado ya esta particularidad al abordar, pero la habian olvidado en la premura de escapar al peligro.

Segun las observaciones hechas ántes de ponerse el sol, sabian que la tierra debia distar lo ménos tres ó cuatro millas. ¿Cómo ganarla á tiempo? No ignoraban cuán funesto es el flujo en esta region, y cuán rápidamente sube.

Era necesario ante todo mantenerse sobre la altura de la península; ¿pero podrian?

El viejo marinero rompió la marcha; los otros le siguieron. Ya el agua no les llegaba más que á media pierna; pero el mar era más profundo por los lados.

(1) Viejo buque que se coloca á la entrada de los puertos pequeños para romper las olas.

El viejo Bill observó las olas con su vista de marino, hasta que halló el ángulo en el cual se estrellaban sobre la barra, y pudieron seguir el buen camino sin temor de engañarse de nuevo. A pesar de su fatiga marchaban sin descansar, no separándose de la cumbre sumergida, que á cada paso parecía hundirse más. Esto era, sin embargo, una ilusion, porque habian pasado ya el sitio más profundo, pero el agua continuaba subiendo en efecto.

Bien pronto se estrellaron las olas por cima de sus cabezas. No habia duda posible. Era necesario arrojarse heroicamente y nadar hasta la orilla.

Se preguntará, quizá, por qué no habian tomado ya este partido cuando la mar habia empezado á subir de una manera tan peligrosa.

Pero no estaban seguros de ganar la orilla á nado. Una vez lanzados en esta ancha bahía se trataba de saber si tendrian fuerzäs para atravesarla, porque entónces no se podia volver atrás; la fuerza de la marea se lo hubiera impedido.

A esta consideracion se juntaba otra acaso; el agua habia llegado al máximum de su subida y empezaria pronto á decrecer. Esta esperanza, aunque ligera, les habia retenido algun tiempo. Pero cuando las olas bullian alrededor de ellos, amenazando á cada instante sumergirles, otro pensamiento les hizo dudar.

De los cuatro sólo tres sabían nadar. ¿Sería necesario abandonar el cuarto?

El que se veía privado de un conocimiento tan útil al marino era el viejo Bill.

Parecerá extraño que un hombre que había pasado su vida en el mar no supiera nadar; pero sucede con frecuencia que hay en las tripulaciones muchos hombres, y de los mejores marinos, incapaces de nadar una braza.

Los que cuando niños se muestran negligentes para aprender, raramente aprenden más tarde. En el mar, á bordo de un buque crucero, aunque esto parezca una paradoja, las ocasiones son más raras que en tierra; cuando el marino llega al puerto tiene otras cosas en que pensar, y se dedica á ellas con preferencia á la natacion.

Un sentimiento generoso se apoderó de los tres compañeros en tan crítico momento, y determinaron no abandonar al viejo Bill, aunque sabían que lanzándose con valor al agua podían ganar la orilla sin dificultad.

En aquel instante una ola más fuerte que las otras arrastró á los tres *midshipmen* á un medio cable de distancia de donde se hallaban.

En vano trataron de encontrar el fondo. El sitio donde se hallaban era profundo: lucharon algunos segundos, los ojos fijos en el sitio de donde habían

sido arrastrados. Un punto negro que se elevaba un poco sobre las aguas indicaba la cabeza de Bill; los jóvenes dudaban todavía en separarse de él.—Vamos, vamos, exclamó este último, no trateis de volver, cosa que no serviría de nada; no os ocupeis más de mí, pensad en vosotros..... Marchad, y la marea os llevará á la orilla. ¡Adios, valientes jóvenes!

Los así llamados siguieron este consejo. Si hubiesen encontrado un sólo medio de salvar á su compañero, aún cuando hubiera sido necesario exponer sus vidas, no hubiesen dudado un momento; pero su abnegacion hubiera sido inútil, y esta reflexion y otra ola que pasó sobre ellos les obligó á seguir el consejo del anciano.

II.

La playa.—Las dunas.—El sueño.—El simoun.—Una pesadilla bienhechora. — Un animal extraordinario.

Apenas habian recorrido nadando una media milla á través de la bahía, Terencio, el peor nadador de los tres, tocó con sus piés una cosa algo más resistente que el agua salada.

— Creo, dijo con voz entrecortada, que he tocado el fondo. ¡Loado sea Dios! No me engañaba, repitió poniéndose derecho; su cabeza y sus hombros se veían por cima de la superficie del agua.

— Tienes razón, dijo Harry, irguiéndose á su lado. ¡Gracias á Dios!

— ¡Dios sea loado!, repitió Colin.

El primer movimiento que hicieron instintivamente los tres fué volverse hácia el mar, y una misma exclamación salió de sus labios.

— ¡Pobre viejo Bill!

— Verdaderamente debíamos haberle traído con nosotros, exclamó Terencio. ¿No era posible?

— No había que pensarlo siquiera.

— Si tratáramos de volver, puede ser que fuese tiempo todavía.

— ¡Imposible!, dijo Colin.

— ¡Cómo! ¿Dudarias tú, Colin, siendo el mejor nadador de todos nosotros, y tratándose de salvar al viejo marino, que á bordo era el favorito de todos los oficiales?

— Digo que es imposible, repitió Colin; yo probaría si creyese obtener algún resultado. Pero ¿para qué intentar lo imposible? Más vale que veamos si estamos fuera de peligro nosotros. El sitio que hay entre nosotros y la orilla puede que sea profundo. Avancemos hasta que encontremos tierra firme.

La observacion del jóven escocés era demasiado sensata para combatirla; los tres marcharon en direccion á la playa guiándose por la marea. Continuaron así algun tiempo; mas como avanzaban lentamente y con mucho trabajo se pusieron á nadar, alternando, cuando se hallaban muy fatigados, entre la marcha y la natacion; por último llegaron á las aguas bajas, donde este último medio no podia emplearse; volvieron á ponerse en pié, y sus miradas trataron de penetrar en la oscuridad con la esperanza de distinguir la costa.

Las líneas ondulosas que se dibujaban débilmente en las tinieblas presentaban contornos demasiado fijos y parecian muy blancos para ser olas. No podian ser mas que las dunas que habian visto ántes de ponerse el sol. El agua no les llegaba más que á media pierna, haciéndoles suponer que la orilla no estaba lejana.

Harry y Terencio fueron de repente interpelados por Colin.

— ¿Qué quieres?, le preguntaron.

— Antes de tocar en tierra tratemos de saber lo que ha sido del pobre Bill.

— ¿Y cómo?, respondieron los otros dos.

— Estad quietos un momento, dijo Colin, y veremos si su cabeza aparece sobre el agua.

Harry y Terencio no comprendieron bien el proyecto de su compañero.

— ¿Qué intentas, Colin?

— Ver si la marea sube todavía.

— ¿Y para qué?

— Porque en caso afirmativo, respondió Colin, á esta hora el viejo Bill habrá sido cubierto por el agua y no le volveremos á ver más.

— Sí, dijo Harry, y su cuerpo será lanzado á la orilla ántes de amanecer.

Los tres se detuvieron: el mar bullia incesantemente alrededor de ellos. Estuvieron así más de veinte minutos, considerando el vaiven de las olas y observando con pena que el agua seguia subiendo. Debía haber subido lo ménos un metro desde que se separaron de Bill, de lo cual sacaron la triste consecuencia de que el viejo marino se había sumergido.

Se volvieron hácia la orilla, más preocupados de la triste suerte de su compañero que de su propia situación.

No habian andado más que algunos pasos, cuando un grito lanzado detrás de ellos les hizo volverse precipitadamente.

— ¡Eh! esperad, decia una voz que parecia salir de lo profundo del Océano.

— ¡Es Bill!, exclamaron á la vez los tres midshipmen.

— Soy yo, amigos míos. Estoy tan fatigado que

necesito un momento de descanso. Esperad un poco y no tardaré en reunirme á vosotros.

La alegría que causaron estas palabras fué igual á la sorpresa que habian producido. Los jóvenes no podian creer lo que oian. Sin embargo, sus dudas se disiparon al ver á Bill que salia de repente del agua.

— ¡Él es!, exclamaron los tres midshipmen.

— ¿A quién esperábais ver? ¿Al viejo Neptuno? ¿A una sirena? Vamos, un apretón de manos, camaradas; Bill no ha nacido para morir ahogado.

— ¿Pero cómo habeis hecho? La marea no ha cesado un momento de subir.

— ¡Oh!, dijo Terencio, me lo explico: la bahía no es tan profunda como hemos creído; habeis venido andando.

— Os equivocais, Sr. Harry. Hay bastante agua entre este sitio y donde me habeis dejado para ahogar á Phil Macool. No he atravesado, por consiguiente, la bahía andando.

— ¿Cómo entónces?

— He tomado pasaje en un magnífico barco que conoceis todos; el mismo que nos ha llevado á la punta de arena.

— ¿La berlinga?

— La misma. Iba á lanzar mi último adios al mundo, cuando sentí que me tocaba una cosa en la

cabeza tan rudamente que el golpe fué causa de, que me sumergiera ; comprendí lo que podia ser , y sin pensarlo me agarré al madero , salté sobre él y no me he bajado hasta que sentí que mis piés tocaban el fondo. Y ved aquí , mis caros amigos , como Bill ha podido reunirse á vosotros. En marcha todos; veamos qué clase de puerto nos espera.

Se cambiaron fuertes apretones de manos entre el marino y los jóvenes , y se dirigieron despues hácia la orilla.

Despues de una marcha de veinte minutos , los náufragos tocaron la orilla , pero continuaron avanzando por la playa á fin de ponerse fuera del peligro en el caso de que la marea siguiera subiendo.

Tuvieron que atravesar una gran extension de arena húmeda ántes de llegar á la altura que buscaban ; una vez allí se detuvieron para tratar de lo que debian hacer.

La noche era muy fria y necesitaban fuego para secar sus vestidos empapados en agua salada. Bill tenía su yesca y su eslabon secos en una caja de estaño , pero el combustible faltaba ; la balsa , que hubiera podido sacarles del apuro , flotaba á más de una milla de distancia en las aguas bajas.

Viendo que debian renunciar al fuego se quitaron sus vestidos , los retorcieron con todas sus fuerzas para hacerles soltar el agua , y se los pusie-

ron de nuevo para secarlos con el calor del cuerpo.

La niebla empezaba á disiparse y la luna salió de repente detrás de una nube , permitiéndoles ver claramente la playa sobre la cual estaban.

En toda la distancia que podían alcanzar sus miradas, sólo se veía arena blanca. No era una superficie unida , sino una aglomeracion de dunas formando un laberinto que parecía prolongarse indefinidamente. Resolvieron subir al punto más elevado para dominar mejor desde el paisaje que les rodeaba, esperando descubrir un sitio donde pudiesen acampar.

Sin la fatiga que los dominaba hubieran continuado avanzando , bien al través de las dunas, ó bien á lo largo de la playa, porque desde que la luna había salido podían ver su camino; pero los cuatro , incluso el infatigable Bill, se encontraban sin fuerzas. Su corto sueño sobre la punta de arena no les había proporcionado el reposo necesario ; así es que una vez en seguridad, la necesidad de dormir se hizo sentir de nuevo imperiosamente.

El sitio no parecía malo, y se disponían á acostarse allí , cuando una circunstancia imprevista les sugirió la idea de ir más lejos.

El viento silbaba del lado del Océano, y según la opinion de Bill, meteorologista práctico, presagiaba un próximo huracan. Ya era violento y bastante frio y no permitía la estancia sobre la duna.

Quisieron ver si en la base de la colina por el lado de la playa había un sitio abrigado y trataron de subir la duna; no habian acabado todavía sus penalidades; á cada paso se hundian en la arena movediza.

La ascension les pareció fatigosa en extremo, áun cuando no era más que de unos cien piés. Llegaron por fin á la meseta; pero no distinguieron por aquel lado sus miradas más que pequeñas prominencias. La arena brillaba como la plata á los rayos de la luna; toda la comarca parecía cubierta de nieve; se hubieran creído en Suecia ó en Laponia.

El espectáculo era magnífico y extraño á la vez, pero bien pronto esta monotonía se hizo molesta, y los náufragos encontraron mejor fijar sus miradas sobre el azulado Océano.

El viejo marino precedió á sus compañeros, y los cuatro descendieron la vertiente de la colina de arena.

Cuando llegaron abajo se encontraron en un estrecho barranco. La meseta que acababan de dejar era la más elevada de una larga cadena de dunas que se extendian en toda la costa.

Otra cadena de colinas seguía paralelamente á la primera hacía el interior.

Las bases de ambas cadenas estaban tan próximas que formaban un ángulo agudo, y el barranco entre las dos vertientes parecía la concabidad que resultaría en un gigantesco melon al sacarle una raja.

En el fondo de esta hendidura se encontraron los náufragos al descender la vertiente de la colina, y allí se propusieron pasar el resto de la noche. Pero no tardaron en desanimarse viendo que el sitio elegido era muy limitado. El fondo de la hendidura no tenía el ancho de una cama ni aún para el más pequeño de ellos. No tenía tres piés de ancho.

A la vista de la estrechez de esta garganta, nuestros aventureros tuvieron una sorpresa desagradable, pero vencidos por la fatiga resolvieron quedarse allí.

Tomaron una posicion semivertical, las espaldas y los piés apoyados en las pendientes; esta posicion podian soportarla miéntras estuvieran despiertos; pero en cuanto cerráran los ojos, sus músculos, debilitados por el sueño, les harian á cada instante caer al fondo de la hendidura, resultando de esto frecuentes desvelos.

No habia trascurido mucho tiempo cuando adquirieron la conviccion de que les sería imposible dormir. Terencio, más impaciente que los otros, declaró que iba á buscar sin pérdida de tiempo otro sitio más á propósito.

Uniendo la accion á sus palabras se levantó y se dispuso á partir.

— Hariamos mejor en no separarnos, dijo Harry Blount, pues sería posible que no pudiésemos reunirnos despues.

— Es verdad, dijo el jóven escocés; me parece poco prudente separarnos: ¿qué piensa de ello el viejo Bill?

— Digo que es necesario quedarnos en este sitio, respondió el viejo marino sin titubear.

— ¿Pero quién puede dormir aquí? respondió el hijo de Erin. Un caballo ó un elefante puede ser; pero yo prefiero seis piés á lo largo, aunque sea sobre una dura piedra, á esta pendiente de arena mojada.

— Espera, Harry, exclamó Colin; se me ocurre una cosa.

— ¡Ah! eso me da una gran idea de tu talento escocés: ¿qué has pensado?

— Sí, sí, Colin, repitió Harry Blount.

— Os respondo de un descanso perfecto hasta el día. Mirad, é imitadme; buenas noches.

Y Colin se dejó caer en el fondo del barranco, donde se tendió á lo largo.

Los camaradas siguieron su ejemplo, y bien pronto dormían tan profundamente que las trompetas del día del juicio no les hubieran despertado.

La garganta era demasiado estrecha para permitirles acostarse uno al lado de otro; por lo tanto se acostaron en fila empezando por Colin y acabando por el viejo marino.

Como hemos dicho, la hendidura formaba una pendiente, y los náufragos habían tenido la precau-

cion de colocarse de manera que sus cabezas estuviesen más altas que sus piés.

Bill fué el último en abandonarse al sueño; sus compañeros hacia ya algun tiempo que habian perdido la conciencia de las cosas exteriores, cuando él escuchaba todavía los mugidos del mar y las quejas de la brisa que silbaba entre las vertientes de las dunas.

Sin embargo, vencido por la fatiga, acabó por dormirse á su vez.

Pero ántes de cerrar los ojos habia hecho una observacion cuyo carácter no podia escapar largo tiempo á un hombre tan experimentado como él. La repentina oscuridad del cielo, la desaparicion completa de la luna, su color rojo al ocultarse, el ruido siempre creciente del viento y mil otros rumores extraños, todo anunciaba la inminencia de un huracan.

En el mar, el vigía no se hubiera engañado al dar la voz de alarma á la tripulacion.

Pero entre estas altas colinas, Bill y sus compañeros debian estar al abrigo. No suponiendo Bill que podrian correr ningun peligro apoyó en la almohada de arena su vieja cabeza, sobre la cual habian pasado tantas y tantas tempestades, diciendo simplemente: ¡El mal tiempo no tardará!

Su prediccion no tardó en cumplirse; los náufra-gos apenas habian dormido una hora cuando la tem-

pestad se desencadenó con esa furia y esa rapidez que son tan frecuentes en las comarcas tropicales; pero sobre todo en las desiertas regiones del Africa. Era el simoun.

El vapor brumoso suspendido algun tiempo en la atmósfera se habia disipado por la primera ráfaga de viento; pero una nube de arena blanca le habia reemplazado y se elevaba en torbellinos hácia el cielo extendiéndose á una larga distancia sobre el Océano.

Si hubiese sido de dia hubieran podido ver inmensas nubes de arena envolviendo las dunas, transformándose en pilares é inmóviles como sólidas columnas, ó bien avanzando bruscamente sobre las mesetas de las colinas para romperse de repente y caer en masas confusas; entónces las partículas más pesadas, no estando sostenidas por la fuerza del torbellino, volvian á caer sobre la tierra como una lluvia de arena. Los náufragos seguian durmiendo, á pesar de la tempestad, del viento y de la arena.

Pero estaban ya medio envueltos, y á ménos que uno de ellos no despertára iban á verse sepultados completamente en arena, y una vez cubiertos por ella se pierde toda energía; los sentidos se entorpecen y el sopor es inevitable, cayéndose en una prostracion como la que experimenta el desgraciado que se ve arrastrado por una avalancha; despues la muerte.

Los náufragos parecian ya bajo esta influencia

y dominados de una inexplicable parálisis. A pesar del ruido de las olas que chocaban furiosas contra la playa; á pesar de los silbidos del viento, y á pesar del polvo que se les introducía en la boca, las narices y las orejas, y amenazaba ahogarlos, ellos no daban señales de vida.

Si no oían el huracan bramando por encima de sus cabezas; si no sentían la arena que pesaba sobre ellos, ¿cómo conocerían el peligro? ¿Quién podría sacarles de aquel extraño entorpecimiento?

Una hora sobre poco más ó ménos había pasado desde que empezó la tempestad, y ya nuestros durmientes tenían muchos piés de arena sobre el cuerpo; una persona al atravesar la hendidura no hubiera tenido escrúpulos en pisarlos, tanto más cuanto que hubiera sido difícil suponer que cuatro hombres respiraban bajo aquellas masas.

Esta circunstancia les fué favorable, porque les despertó.

Empezaban á experimentar una verdadera sofocación, acompañada de entorpecimiento de los miembros; un inmenso peso les aplastaba y les hacía imposible todo movimiento. Era una sensación comparable á la que se experimenta cuando se tiene una pesadilla, y que podía ser más bien consecuencia del cansancio que del gran peso que resistían en realidad.

Sus cabezas estaban más altas que sus cuerpos, y por lo tanto no estaban profundamente enterradas; el polvo caía allí ligeramente y permitía todavía pasar el aire.

Harry Blount soñaba que había caído en un precipicio; Colin que un ogro gigantesco le perseguía; el joven Terencio se creía en un incendio, y el viejo Bill que luchaba bajo el agua, donde se hundía á pesar de sus esfuerzos para sobrenadar.

Los cuatro salieron al mismo tiempo de este penoso sueño; por una sensación muy dolorosa, parecía que bailaban sobre sus cuerpos y que alguna masa enorme les aplastaba.

Esta presión se repitió dos veces con el intervalo apenas de un segundo. Los durmientes recobraron bastante sus sentidos para comprender que serían aplastados, en efecto, si no hacían esfuerzos desesperados para salir de aquella posición.

Sus exclamaciones podían probar que pertenecían todavía al mundo de los vivientes: pero sus gritos no explicaban la causa de aquel brusco desvelo.

El simoun silbaba todavía. La boca, las narices y los ojos los tenían llenos de arena: su conversación se parecía á los estornudos de los monos á consecuencia de la aspiración de polvo de tabaco.

Se pasó algún tiempo ántes que ninguno de ellos

pudiese decir una palabra inteligible; entónces se halló que todos tenían la misma historia que contar. Todos habían sentido las dos presiones y visto bien distintamente una enorme masa pasar sobre ellos, algun cuadrúpedo sin duda, ¿pero de qué especie? Esto era lo que ignoraban. Todo lo que sabían se reducía á que era un animal gigantesco, extraño, con un cuerpo y un cuello delgados, de largas patas y grandes piés, pues los habían sentido sobre sus cuerpos.

Los tres midshipmen eran jóvenes, y no hacía el suficiente tiempo que habían dejado la casa paterna para que estuviesen ya fuera de la influencia de los cuentos de sus nodrizas; en cuanto á Bill, cincuenta años de navegacion sobre el Océano no habían hecho más que confirmarle en la creencia de que *la magia negra* no es un mito como los filósofos quieren hacer creer. Todos estaban, pues, dispuestos á atribuir su brusco desvelo á una cosa sobrenatural.

Apenas libres de esta pesadilla, y con la cabeza todavía pesada, en vez de tratar de averiguar qué podía ser el extraño animal, se dejaron llevar por las más descabelladas suposiciones, no dudando que el intruso les había librado del peligro y le debían alguna gratitud. Pasada la primera sorpresa se levantaron y escucharon temblando. Los bramidos de

la mar, los silbidos del viento, los torbellinos de arena que silbaban al caer, eran los únicos ruidos que pudieron oír.

Bien pronto, sin embargo, oyeron un pataleo prolongado; se hubiera dicho que el gigantesco animal se entregaba al arte de Tersícore sobre el banco de arena, al pié del cual se hallaban. Oíanse mezclados por intervalos gruñidos y gritos totalmente desconocidos para ellos. El viejo Bill que creía conocer todos los sonidos de la creacion, no podia clasificar aquellos, no habia oido cosa parecida ni en la mar ni en la tierra.

— ¡Que me cuelguen, murmuró al oído de sus compañeros, si entiendo nada de lo que pasa!

— Psch, exclamó Harry-Blount, encogiéndose de hombros.

— ¿Eh? dijo Terencio.

— Hum, murmuró Colin, lo que sea se aproxima; atencion.

El jóven escocés tenia razon; el ruido de los pasos, los gruñidos y los gritos avanzaban evidentemente por aquel lado, aunque el objeto que los producía estaba invisible entre las nubes de arena que los envolvía. Se oía lo bastante, sin embargo, para comprender que un cuerpo enorme descendía rápidamente la pendiente de la garganta, y con una impetuosidad que era prudente apartarse de su camino.

Los náufragos buscaron instintivamente refugio como pudieron sobre la pendiente opuesta de la duna.

Apenas hicieron este cambio de posición, cuando una masa enorme pasó tan cerca de ellos que casi rozó sus piés.

A pesar de eso, no hubieran podido decir lo que era, y cuando la nube de polvo empezó á disiparse tampoco pudieron ir más allá en sus investigaciones: todo lo que habían podido ver era un conjunto de objetos negros que se parecían á la cabeza, pescuezo y patas de un animal extraordinario.

III.

El mehari.—La gerba.—Un almuerzo frugal.—La fuente del desierto.—La aparición.—Temores y sobresaltos.—El anteojo.

Los jóvenes permanecieron algun tiempo formando conjeturas. Bill reflexionaba tambien.

Por intervalos continuaban oyendo los mismos sonidos que tanto les habían sorprendido; los mismos gruñidos y gritos, pero no veían nada.

Si los náufragos no hubieran sabido que estaban

en la costa de Africa, esa tierra tan fecunda en animales extraños, hubieran creído en cualquiera cosa sobrenatural; pero la reflexion y la sangre fria les hicieron pensar que lo que habian oído y sentido no era más que un enorme cuadrúpedo.

La principal objecion que se podia hacer á esta congetura era la singular conducta del animal. ¿Por qué habia subido á lo alto de la garganta para volver á bajar en seguida de una manera desesperada?

Era difícil responder á esta pregunta ántes de salir el sol.

El simoun habia cesado, y bien pronto las primeras luces del dia les dió la solucion del problema.

Era un cuadrúpedo, que si les habia parecido extraño en las tinieblas, no les parecia ménos á la luz del dia.

Tenía un pescuezo largo, una cabeza casi sin orejas, callosidades en las rodillas, largas patas terminadas en anchos y aplastados piés, cola raquítica, y por último una gran giba que revelaba la especie del dromedario.

— ¡Ah! ¡Es un camello!, gritó Bill en cuanto pudo distinguir al animal.

— Seguramente, añadió Terencio, es el que ha pasado sobre nosotros durante nuestro sueño. Yo perdí la respiracion cuando puso una de sus enormes patas sobre mi estómago.

— Y yo tambien, dijo Colin, por poco quedo enterado en la arena bajo sus plantas. Podemos felicitar-nos de haber salido tan bien librados.

Los náufragos se aproximaron al animal que estaba echado, pero no en una posicion á propósito para descansar, sino en una actitud violenta. Su largo cuello estaba sujeto entre sus patas delanteras, y su cabeza descansaba más abajo sobre la arena. Como permanecia inmóvil, le creyeron muerto y supusieron que se habia herido al caer. Esto podia explicar los gritos y gruñidos que habian oido los jóvenes, y que debian proceder de las convulsiones de la agonía.

Examinándole bien, sin embargo, reconocieron que estaba vivo y en perfecto estado de salud, y comprendieron la causa de los singulares movimientos que habian sentido. Una fuerte ligadura le sujetaba la cabeza entre las patas delanteras con un grueso nudo. Esto, sin duda, habia producido su caida. El otro extremo de la cuerda estaba sólidamente atado alrededor de sus patas.

La melancólica situacion del camello fué objeto de alegría para los que le miraban. Hambrientos como estaban, su carne podria servirles de alimento; además, sabian que en el interior del estómago del animal encontrarían una provision de agua que les permitia calmar la sed devoradora que experimentaban.

Despues observaron que para satisfacer esta última necesidad sería inútil matar el animal. En lo alto de su giba habia una pequeña almohada fuertemente retenida en su sitio por una gran ligadura de cuero que le pasaba bajo el vientre. Esto indicaba un *mehari* ó camello de silla, uno de esos animales de paso rápido empleados por los árabes en sus largas correrías á través del desierto, y tan comunes entre las tribus del Sahara.

Pero no fué la silla lo que llamó la atencion de los jóvenes, sino una especie de saco que pendia detrás de la giba del *mehari*. Este saco era de piel de cabra, y despues de examinado resultó que estaba lleno hasta la mitad de agua. Era en realidad la *gerba* perteneciente al propietario del animal, objeto que formaba parte del equipaje, y más indispensable que la silla misma.

Los cuatro náufragos sufrían horriblemente de la sed, y no tuvieron escrúpulo en apropiarse el contenido del saco. Desatáronle, pues, y bebieron con avidez hasta la última gota del precioso líquido.

Más animados ya por el alivio que habian experimentado, trataron el medio de calmar su apetito. ¿Matarian el camello?

Este expediente parecia ser el único recurso, y el impetuoso Terencio habia ya desenvainado su puñal

de marino, preparándose para clavarlo en el cuerpo del animal.

Colin, más prudente, le dijo que esperase al ménos á que tuvieran tiempo de reflexionar.

Debatióse la cuestion. Las opiniones se dividian; Terencio y Harry Blount eran de opinion que se matára inmediatamente al animal y no se hiciera esperar más el almuerzo. Bill se unió á Colin para contrariar esta proposicion.

— Utilicemos este animal para trasportarnos á alguna parte, indicó el jóven escocés. Podemos todavía pasar sin alimento un dia más; pasado el cual, si no encontramos nada, sacrificamos el camello.

— Pero ¿qué podemos esperar en un país como este?, preguntó Harry Blount. ¡Mirad alrededor! Yo no veo más verde que el mar, y á cualquier parte que se mire no hay indicios de que se pueda encontrar ni el alimento de un pájaro.

— Quizá, contestó Colin, cuando hayamos viajado algunas millas encontremos alguna vegetacion. Busquemos á lo largo de la playa. Quizá encontremos algunas conchas ó caracoles que puedan darnos algun alimento. Mirad allí abajo; veo un sitio sombrio en la playa, y no sería extraño que allí encontráramos algo de lo que buscamos.

Todas las miradas se volvieron instantáneamente del lado indicado, á excepcion de la de Bill. La ex-

clamacion que éste lanzó y el movimiento que hizo llamaron la atencion de sus camaradas.

— Es una hembra, exclamó, y ha tenido un hijo no hace mucho tiempo. Mirad, tiene leche; quizá tenga bastante para todos nosotros.

Para asegurarse de lo que anunciaba, el marino se puso de rodillas cerca del animal, que permanecia siempre echado, y aproximando su boca á la teta se puso á mamar.

El *mehari* no hizo ninguna resistencia, y si se sorprendió del singular pequeñuelo que habia encontrado sería solamente á causa de su color y de su traje, porque sin duda alguna estaba acostumbrado á hacer el mismo servicio á su propietario africano.

— ¡Excelente! ¡De primera calidad!, exclamó Bill cesando un instante de chupar para tomar aliento. Igual á la mejor crema conocida, y solamente necesitaríamos un trozo de pan ó algunos de vuestros *parrick* escoceses, señor Colin; pero me olvidaba, mis valientes jóvenes, continuó levantándose, que debeis tener más hambre que yo. ¡Vamos! Uno despues de otro; habrá para todos.

Los jóvenes se arrodillaron como habia hecho el anciano, y bebieron copiosamente en aquella fuente del desierto.

Cuando cada uno hubo bebido el valor de una pinta de aquel liquido nutritivo, la teta, perdiendo

su redondez, les advirtió que por aquella vez la provision de leche estaba agotada.

Este alimento hizo un gran bien á los estómagos hambrientos de los náufragos, y el mismo Terencio se declaró dispuesto á permanecer oculto hasta que la noche les proporcionára ocasion de escapar á la monotonía de su situacion.

No se habló más de matar el camello; esto hubiera sido destruir la gallina de los huevos de oro. Aunque todavía tenían buen apetito, la leche había apagado las mayores torturas del hambre, y todos declararon que podían pasar algunas horas sin comer.

La cuestion que se presentaba entónces era esta. ¿A qué lado se dirigirian?

El lector se sorprenderá quizá de que esto se pusiera en tela de juicio.

Estando ensillado el camello debía presumirse naturalmente que el animal había escapado á su propietario y se había perdido. Esta fué tambien la hipótesis que se presentó á la imaginacion de los jóvenes.

Era imposible encontrar otra explicacion; además, la expresada era casi una certidumbre para los náufragos. Faltaba saber dónde se encontraba el propietario del animal.

Conocian bastante la costa en la cual habían

naufragado para suponer que el propietario del camello perdido debia ser algun árabe, y que no se le encontraria en una casa ni en una ciudad sino bajo la tienda, y segun todas probabilidades en compañía de otros árabes.

Terencio habia propuesto buscar al dueño del camello. El jóven irlandés no sabia nada de la terrible fama de los habitantes de aquella costa; pero Bill, mejor informado, tenia excelentes razones para temer un encuentro con los naturales del país.

— Seguramente, dijo Terencio, no son canibales, y supongo que no nos comerán.

— En verdad, yo no estoy tan cierto de eso, señor Harry, contestó Bill; pero suponiendo que no nos coman, pueden hacer otra cosa peor.

— ¡Cómo!

— Sí, pueden torturarnos quizá hasta el punto de hacernos desear la muerte.

— ¿Quién piensa en eso?

— ¡Ah! Sr. Harry, suspiró el viejo marino tomando un aire sério que sus jóvenes camaradas no habian visto jamás en su alegre fisonomía; voy á deciros alguna cosa que os convencerá de la verdad de lo que digo, y os dará una idea de lo que debemos esperar si caemos en manos de esos salvajes.

— Hablad, Bill.

— Pues bien, queridos jóvenes; debo deciros que

mi propio hermano naufragó en esta costa hará unos diez años, y no ha vuelto más á la vieja Inglaterra.

— Quizá se ahogaría.

— Eso hubiera sido mejor para él : ¡pobre muchacho! No, no tuvo esa suerte : la tripulacion abordó á la costa y todos fueron hechos prisioneros por una banda de árabes. Uno sólo volvió á su patria ; pero no hubiera tenido esta dicha si un mercader judío de Mogador no hubiera sabido que tenía parientes ricos para pagar su rescate. Yo le vi algun tiempo despues de su vuelta á Inglaterra , y me contó todos los sufrimientos que habia experimentado, lo mismo que mi hermano ; ¡pobre Jim! No podeis concebir las crueldades de que fueron objeto : la muerte pareceria dulce comparada con semejantes sufrimientos. ¡ Desgraciado Jim ! Creo que debe haber muerto hace mucho tiempo. A juzgar por mí, yo no hubiera durado una semana , y hace más de diez años. No, señor Harry, no hay que pensar en encontrar el propietario de este animal ; al contrario , debemos hacer todo lo posible por ponernos fuera de su camino.

— ¿Qué debemos hacer , Bill?

— Yo no puedo hablar con seguridad , contestó el marino ; pero creo que el mejor plan es permanecer cerca de la costa y no perder de vista el agua. Si avanzamos en el interior podemos estar seguros de

perdernos de una manera ó de otra; marchando hácia el Sur podemos llegar á algun puerto mercantil que tenga relaciones con Portugal.

—Entónces debemos partir inmediatamente, exclamó el impaciente Terencio.

—No, señor Harry, dijo el marino. Tenemos que permanecer ocultos hasta la noche.

—¡Cómo! exclamaron los midshipmen; ¿hemos de permanecer aquí hasta la noche? ¡Imposible!

—Sí, hijos míos, y es preciso que nos ocultemos todavía. Algun árabe debe andar buscando ese *mehari*, y acaso no tardemos en verlo. Si nos aventuramos á salir ántes de la noche seremos vistos sin remedio desde las colinas. Estos salvajes están siempre en la costa esperando náufragos, y casi puede asegurarse que ese animal pertenece á uno de ellos.

—Pero ¿qué hemos de hacer para buscar alimento?, preguntó uno de los jóvenes. Así no podemos estar mucho tiempo, porque moriremos de hambre. El camello no teniendo qué comer ni qué beber no dará más leche.

Desgraciadamente lo que decia el jóven era verdad, y nádie tuvo nada que contestar. Colin dirigia sus miradas inquietas sobre la playa.

—Me parece, dijo, que veo algo negro allá abajo.

—Permaneced en silencio, exclamó el viejo marino, y cada cual en el sitio en que se halla. Yo voy

á buscar algunas conchas y caracoles para nuestra comida, á cuyo efecto me deslizaré hasta la playa.

Con efecto, Bill, despues de haber dado algunos pasos fuera de la garganta, se echó de bruces en el suelo y avanzó en esta posicion con gran trabajo; hubiérase dicho que era un gigantesco lagarto caminando sobre la arena.

La marea estaba baja; pero la parte húmeda de la playa empezaba á poca distancia de la base de las dunas.

Despues de diez minutos de grandes esfuerzos, Bill consiguió llegar al sitio negro en que Colin habia creído ver alguna cosa. El viejo marino encontró ocupacion en seguida; por sus movimientos parecia evidente que su viaje no era del todo infructuoso. Sus manos se extendian en diferentes direcciones y despues se introducian á cada instante en los grandes bolsillos de su blusa.

Al cabo de media hora de este ejercicio, se le vió regresar arrastrándose hácia las dunas. Su vuelta era más lenta, y todo parecia indicar que venia cargado.

Al llegar al barranco se desembarazó de su carga. Eran unas trescientas conchas que parecian almejas.

No solamente eran comibles, sino que estaban deliciosas; al ménos así parecieron á los náufragos.

Desde el sitio en que el camello permanecía echado no podía ver el mar el que estuviese recostado en el suelo; era preciso ponerse de pié y colocarse sobre una eminencia para ver la orilla y el Océano más allá.

Los náufragos no corrían por lo tanto peligro alguno de ser descubiertos por los que pasáran por la playa. La duna formaba una especie de parapeto delante de ellos. Por detrás se les hubiera podido ver fácilmente, pero por el momento no había nada que temer por este lado.

En el interior el país parecía ser un laberinto de dunas, sin ninguna abertura que pudiera indicar que había paso para hombres ó para animales.

El camello, según todas las probabilidades, se había dirigido hácia la garganta, guiado por su instinto para buscar un abrigo contra el simoun. La silla que tenía puesta indicaba que su propietario debía estar en marcha en el momento en que el animal se escapó. Si los jóvenes hubieran estado más al corriente de las costumbres del Sahara, no hubieran tenido alguna duda acerca de esto, porque al aproximarse un *shuma*, cuyos signos precursores son bien conocidos, los beduinos levantan sus campamentos y se ponen en marcha con todo lo que les pertenece; de otro modo correrían riesgo de ser enterrados en las arenas movedizas.

Segun los consejos del viejo marino, que parecia conocer el desierto tanto como la mar, los náufragos se acostaron de manera que no pudieran ser vistos desde la playa.

Apenas habian tomado esta posicion, Bill, que estaba siempre en acecho, anunció que veia alguna cosa.

Dos sombrías formas avanzaban á lo largo de la playa viniendo del lado Sur, pero á tan gran distancia, que era imposible decir qué especie de criaturas podrian ser.

—Dejadme mirar, dijo Colin; por fortuna tengo mi antejo; estaba en mi bolsillo cuando abandonamos el buque.

El jóven escocés sacó un pequeño telescopio y le dirigió hácia el sitio indicado por Bill; pero teniendo cuidado de tener su cabeza tan baja como era posible. En seguida dió cuenta del resultado de su exámen.

—Son gentes muy graciosas, dijo, vestidos de todos los colores del arco iris. Veo chales brillantes, turbantes encarnados y capas rayadas. Uno viene montado en un caballo, y el otro en un camello exactamente igual á este. Caminan con lentitud y parecen mirar con atencion alrededor.

—¡Ah! ¡He aquí lo que yo temia!, exclamó Bill. Esos son los propietarios del animal y van en su

busca. Por fortuna la arena cubre sus huellas; si no fuera así no tardarian en llegar junto á nosotros. Bajad la cabeza, señor Colin; que no sobresalga nada por encima de la duna.

Colin comprendió la justicia de la observacion del marino, é inmediatamente retiró su cabeza. Este incidente colocaba á nuestros aventureros en una posicion á la vez fatigosa y alarmante. La curiosidad les impulsaba á mirar por el anteojo para vigilar los movimientos de los que se aproximaban. No sabian cuándo podrian levantar las cabezas por encima de la duna, y corrian peligro de mostrarla en el momento en que los caballeros estuvieran en posicion de distinguirlos.

El menor objeto negro del tamaño de una pieza de seis peniques, elevándose sobre la blancura de nieve de la duna, debia necesariamente verse, y era evidente que si alguno de los jóvenes se determinaba á mirar serian irremisiblemente descubiertos.

Miéntas discutan se pasaba el tiempo. Las personas que temian se aproximaban. Los temores de los náufragos aumentaron como era de esperar. Sabian que los hijos del desierto tienen mucho instinto, ó por lo ménos una experiencia que les permite conocer la más ligera alteracion en el aspecto de uno de los sitios conocidos de ellos.

La situacion de los jóvenes estaba, pues, llena de

peligros; pero, por fortuna, encontraron el medio de salir de ella cuanto ántes. Colin habia encontrado el medio de evitar la dificultad.

—¡Ah! exclamó, tengo una idea. Yo vigilaré á los árabes sin que absolutamente puedan vernos; yo respondo de ello.

—¿Cómo? preguntaron los demas.

Colin no se entretuvo en una explicacion verbal. Introdujo su telescopio en el parapeto de arena de manera que la extremidad del tubo salia por el otro lado. Despues miró y anunció en voz baja que se veian los caballeros.

IV.

**Las huellas en la arena.—El buque del desierto.—
Una cabalgadura difícil.—Viaje á pié.—Viento
en popa.—Una danza interrumpida.**

El tubo del telescopio, sólidamente retenido por la arena, se mantenía sólo, pero era necesario inclinarle de un lado ó de otro para que los recién llegados fuesen vistos en su marcha. De este modo los jóvenes pudieron seguir todos sus movimientos sin

riesgo ninguno de ser vistos. Cada cual se puso á su vez á mirar por el anteojo para satisfacer su curiosidad. Despues se dejó el instrumento á su propietario, que permaneció sin apartar la vista de los árabes, comunicando de vez en cuando las observaciones que hacia á sus compañeros.

—Ya distingo sus fisonomías, y por cierto que son bastante feas. Uno es amarillo y el otro negro. Este último monta un camello exactamente igual al que tenemos á nuestro lado. El hombre amarillo, que es el que va á caballo, tiene barba, aunque poco espesa, y la mirada penetrante y dura. Debe ser el amo del negro, puesto que le veo sus ademanes que parecen órdenes. ¡Ah! ¡Se han detenido! ¡Y miran hácia aquí!

—¡Pobres de nosotros! exclamó Bill; han visto el anteojo.

—Es verdad, observó Terencio; eso nada tiene de particular porque el cristal debe brillar á causa del sol y ser visible para el ojo de un árabe.

—¿No haríamos bien en retirar el anteojo?, preguntó Bill.

—Cierto, contestó Colin; pero creo que es tarde. Si es eso lo que les ha causado su detencion no adelantamos nada con ocultarlo.

—Retíradlo dulcemente de todos modos. Si no ven más el reflejo puede que sigan su camino.

Colin iba á poner en práctica este consejo, pero echó una última mirada por el antejo, y observó que los viajeros continuaban su camino á lo largo de la playa, como si nada hubieran visto que les hiciera desviarse de su ruta.

Por fortuna para los náufragos, no era el reflejo del cristal lo que habia causado la detencion de los árabes. Una garganta abierta á través de la cadena de las dunas, mucho más ancha que la que ocupaban nuestros marinos, desembocaba en la playa á poca distancia de los árabes. Estos se detuvieron, y según observó Colin, por sus ademanes se comprendía que hablaban y dudaban sobre si dirigirse por el nuevo camino que se les ofrecia, ó seguir por el que llevaban. Por fin el coloquio terminó. El hombre amarillo puso su caballo á galope, y el negro le siguió en su camello.

Era evidente que los árabes buscaban alguna cosa; el meharí, probablemente.

—Ya pasaron, exclamó Colin cuando les vió traspasar algunas dunas.

—¿Crees que no han visto brillar el cristal?, preguntó Harry.

—Creo que si le hubieran visto estarian aquí ya en estos momentos. En vez de eso han dejado la playa y se han internado; ya no se les ve.

—¡Gracias á Dios!, exclamó Terencio elevando su

cabeza por encima de la duna, lo cual repitieron los demas.

—Bien podemos congratularnos, añadió Bill..... Pero ¡ah! ¡Qué locos somos! Nos hemos olvidado de las huellas.

Y Bill señaló á la playa en la direccion en que habia hecho su excursion. Las huellas estaban distintamente señaladas en la arena húmeda. Hubiérase dicho que un gran cocodrilo se habia arrastrado por allí.

La verdad de esta indicacion sorprendió á todos. Solamente una gran casualidad habia impedido que fueran descubiertos.

Hubiera bastado á los árabes dar cien pasos más hácia la orilla para ver la doble huella.

Pero los dos caballeros se habian alejado, y la playa se mostraba de nuevo desierta á la vista de nuestros jóvenes.

A pesar de esto los marinos creyeron prudente no salir de la garganta, ni aún levantar las cabezas sino por intervalos, para asegurarse de que la playa estaba perfectamente libre; hecho lo cual volvieron á ocultarse de nuevo.

Quizá parezcan exageradas estas precauciones, pero ya hemos dicho las poderosas razones que tenían para procurar no ser vistos. Los hombres que encontráran no podían ser más que enemigos, quizá

verdugos. Bill lo afirmaba; Colin y Harry habian aprendido por las lecturas hasta qué punto el marino decia verdad. Terencio era el único incrédulo.

Sin embargo, á pesar de su natural desenvoltura se plegó á la opinion de sus compañeros, y hasta la hora en que el crepúsculo empezó á envolver en tinieblas la tierra nadie dió un paso fuera del escondrijo.

El camello no se habia movido; además, los marineros habian tomado sus precauciones para que no pudiera alejarse, y le habian trabado sólidamente. Por la noche el animal fué ordeñado como por la mañana, y reanimados por la leche los náufragos se prepararon á abandonar aquel sitio.

Sus preparativos se hicieron en poco tiempo. No tenian más que desligar al camello y ponerle en camino, ó como Harry decia riendo, levar anclas y empezar á bogar en el buque del desierto.

Los últimos rayos del sol ya habian abandonado las crestas de las dunas, cuando salieron de la cavidad en que habian estado ocultos, y empezaron un viaje del cual no sabian, ni la duracion, ni los peligros.

De la direccion que debian tomar sólo tenian una vaga idea. La costa está situada de Norte á Sur, y á uno de estos dos puntos cardinales debian dirigirse. Si hubieran apreciado mejor su situacion acaso ha-

brian dejado á la casualidad el cuidado de decidir. El viejo marinero creia más firmemente que sus compañeros que habia dos fuertes portugueses á lo largo de la costa, principalmente al Sur, y que siguiendo la orilla los encontrarían. Los fuertes existían en efecto, y existen todavía, pero no tan próximos que pudieran llegar á ellos náufragos hambrientos, á pesar de su perseverancia.

Ignorando la inutilidad de sus esfuerzos acometieron la empresa con un ánimo y un ardor dignos de mejor éxito.

Durante algun tiempo el meharí fué conducido por Bill. El reposo que todos habian disfrutado en el dia los tenía bien dispuestos para la marcha.

Sin embargo, como la marea empezaba á mojar las arenas secas, para evitar este inconveniente se veían precisados á marchar por lo más alto de la playa, y avanzaban lentamente. Al cabo de un rato empezaron á experimentar fatiga y se pensó en el meharí, que marchaba sobre la superficie movediza con la ligereza de un gato. Podía montar cada uno un rato.

En seguida se puso en ejecucion este proyecto. Terencio, el autor de la proposicion, se encaramó sobre el animal; pero aunque estaba acostumbrado á la silla desde su infancia, el balanceo, como decían los marinos, de babor á estribor, de popa á proa y

de alto abajo, hizo bien pronto gritar á Terencio, que descendió con mayor deseo de caminar á pié que lo habia tenido para montar en el camello.

Harry Blount ocupó su lugar; pero aunque el jóven inglés era un excelente ginete, vió con sentimiento que su experiencia en este punto no le servia para sostenerse sobre la joroba de un meharí, y se vió obligado á abandonar aquella incómoda montura.

El jóven escocés le sucedió. Sea por amor propio, ó porque tenia mayor paciencia, lo cierto es que Colin ocupó su asiento más largo tiempo que sus camaradas. Pero al cabo sus nervios escoceses no pudieron soportar aquel traqueteo, y Colin concluyó por declarar que despues de todo preferia hacer el viaje á pié. Diciendo esto se deslizó de un salto al suelo, y dejó el camello para que lo condujera como ántes el viejo Bill, que no habia abandonado la brida.

Las tentativas infructuosas de sus jóvenes compañeros hubieran debido desanimar al marino en su intento de subir al camello, sobre todo confesando al mismo tiempo que jamás se habia colocado en una silla. Pero tenia sus motivos para no renunciar á este proyecto. Por mal que el viejo lobo de mar se sintiera sobre la montura, peor, mucho peor se sentia á pié, es decir, en tierra.

Colocadle en el puente de un barco, y ningun hombre de la marina de Inglaterra guardará tan

54 p 8

bien como él el equilibrio; pero en tierra no vereis nunca á Bill ir delante, y le podreis comparar por sus movimientos á un gran pez que avanza sobre la playa; al verle andar cualquiera creeria presenciar una locomocion parecida á la de un manatí ó una foca, más que á la de un bípedo humano. Además, como el viejo lobo marino habia pasado cinco dias arrastrándose sobre la arena húmeda, estaba profundamente convencido de que cualquier otro medio de locomocion era preferible; así es que apenas descendió el jóven escocés se encaramó Bill á lo alto del camello.

No tuvo muchos esfuerzos que hacer porque el meharí estaba bien adiestrado y se arrodillaba cuando se le queria montar. El marinero acababa de asegurarse sobre la silla cuando la luna envió sus rayos sobre la tierra casi compitiendo con la luz del dia. En medio de aquel desierto, sobre la blanca arena, las sombras del camello y del jinete se dibujaban tan caprichosamente y formando tan cómicas figuras, que los midshipmen, olvidando toda idea de peligro, se pusieron á reir sonora y estrepitosamente.

Todos habian visto camellos, al ménos en estampas; pero ninguno de esos animales conducia un marinero. La idea de un dromedario lleva consigo la de un árabe, un individuo delgado, nervioso, de fisonomía dura y de color, y vestido con un traje pinto-

resco; albornoz ancho flotando alrededor de su cuerpo, y turbante enrollado á su cabeza. Pero el meharí montado por un marinero de chaqueta de paño constituía un grupo bastante grotesco; y los midshipmen continuaron en su hilaridad, y haciendo resonar en el Sahara las carcajadas más sonoras. Bill se mostraba satisfecho de la alegría de sus compañeros, y encargándoles que marcháran alrededor del camello, soltó la brida que llevaba, y el meharí partió rápidamente.

Durante algun tiempo sus compañeros pudieron seguirle haciendo grandes esfuerzos, pero en breve la distancia entre sí se fué aumentando de tal manera que Bill tuvo que pensar en contener el paso del animal, so pena de separarse de sus compañeros.

Pero no era empresa facil. Es verdad que tiraba de la brida, pero esto era poca cosa sin duda para el camello; y el viejo marinero se consideraba tan inhábil para dirigir el camello como si se encontrára enfrente de la rueda de un buque de setenta toneladas, teniendo desmontada la barra del timon. El meharí marchaba como un buque, tan pronto derivando sobre aquel Océano de arena mojada, como descendiendo las pendientes arenosas, ó subiéndolas de la misma manera que si fueran olas.

—¡Por San Telmo!, gritaba el viejo, ¡Dios me proteja! ¡Dónde me lleva este condenado? A ver, vengan

las amarras. Que me cuelguen si no tengo que llamar á toda la tripulacion para que me ayude la gente á amainar velas. ¡Eh!, compañeros, ¿por dónde navegais? Podeis reir cuanto gustéis, pero creed que esta no es una embarcacion facil de gobernar. ¡Rayos y truenos! No me faltaba más que una carrera semejante. Parece que va viento en popa.

Miéntas el marinero hablaba así, el animal redobló su velocidad y lanzó un grito extraño, una especie de gruñido, cuya causa no podia proceder del ginete.

El camello iba ya más de cien pasos delante de los peatones, pero despues del grito tomó una carrera tal que se colocó á una gran distancia de los jóvenes.

Estos, al cabo de algunos instantes, no vieron más que la sombra de animal y ginete que desaparecian tras de las dunas.

Los midshipmen se pusieron en persecucion de los fugitivos. En realidad el camello llevaba algun objeto; ¿pero cuál? No era facil adivinarlo. Los jóvenes sabian que el animal corria á razon de siete ú ocho millas por hora, y que en vez de seguir la costa, direccion que era necesario seguir, habia vuelto la espalda al mar y marchaba hácia el interior del país.

Bill no tardó en comprender que no podia nada contra el mehari; habia tirado de la brida y gritado

¡alto! hasta el punto de que sus manos y su garganta apenas podían ya repetir la operación. El animal hacía poco caso de las órdenes; por lo visto hacía oídos de mercader, y despreciaba las indicaciones de la brida. Solamente se le veía alargar su cuello de una manera provocativa.

Los esfuerzos hechos por el marinero para detenerle no eran ya vigorosos ni mucho menos, porque apenas podía tenerse sobre la joroba, sentado como iba á la usanza árabe, y con los piés apoyados sobre el cuello del animal. Esta posición, como podrá comprenderse, no era muy segura; pero ninguna otra es posible sobre un meharí.

Bill había podido dejarse caer con cuidado ántes que el meharí hubiera tomado tal carrera; pero calculó que entónces el animal se escaparía, y prefirió seguir montado para retenerle.

Cuando vió que no podía de ninguna manera sujetarle, era ya demasiado tarde para descender sin peligro, porque el camello no marchaba ya sobre arena mojada, sino por una garganta profunda, cuyo fondo era de piedras y rocas agudas. El camello seguía corriendo como si disputára algún premio en el hipódromo.

Habiéndose dado cuenta perfectamente de su situación, Bill sólo pensó en detener á su cabalgadura, y continuó tirando de la brida y gritando; despues,

viendo que no conseguia nada, se resignó á guardar silencio durante aquella extraña carrera.

¿Dónde iba el camello? Esta era la principal pregunta que se hacia. Una idea se presentó á su imaginacion inspirándole verdadero terror. El animal iba evidentemente con alguna direccion fija; quizá al campamento de que se habia escapado; acaso á la tienda de su amo; y su amo sería, segun todas las probabilidades, uno de los habitantes del desierto, contra los cuales debian estar los marinos tan en guardia.

La incertidumbre de Bill no fué de larga duracion, porque el mehari llegó á lo alto de una colina, y entónces apareció un espectáculo que justificó los temores del marinero.

Un pequeño valle rodeado de montañas se extendia delante de él. En el centro una media docena de objetos sombríos se elevaban algunos piés sobre el nivel del suelo; en su tamaño, en su forma y en su color, Bill reconoció un campamento de beduinos. El viejo lobo marino no habia visto jamás un campamento de esta clase, pero no podia desconocerle á pesar de la rapidez de la carrera que le impedia ver bien.

Sin embargo, en pocos segundos estuvo á buena distancia para distinguir mejor; era un círculo de cerca de veinte metros de diámetro, en medio del

cual se movían hombres, mujeres y niños. Alrededor de ellos había animales de diferentes especies; caballos, camellos, carneros, cabras y perros. Oíanse voces, gritos, cantos, y una especie de música procedente de algun grosero instrumento. El meharí se dirigió violentamente hácia el círculo. El campamento tocaba la base de la montaña. Bill acababa de decidirse á arrojarle á tierra á toda costa, pero no tuvo tiempo. Antes de haber podido hacer un movimiento para conseguirlo comprendió que estaba descubierto. Los gritos que salieron de todas las tiendas no le dejaron duda alguna. Era demasiado tarde para intentar huir, y permaneció pegado á la silla, mudo de estupor. El camello contestó con un gruñido al llamamiento de sus compañeros, y se lanzó derecho hácia el círculo de los que danzaban. Entónces, en medio de las exclamaciones de los hombres, de los gritos de las mujeres y de los niños, de los relinchos de los caballos, de los balidos de los carneros y cabras, de los ladridos de una veintena de perros, el camello se detuvo tan bruscamente que Bill se vió obligado á dar un salto peligroso, apeándose por la cabeza del animal. De esta manera hizo su entrada el viejo marinero en el campamento árabe.

V.

Una recepcion que deja mucho que desear. — El campamento árabe. — Dos alfanges para una cabeza. — Rifa del marinero y de sus vestidos. — El jefe negro. — Martirio horrible.

Ocioso es decir que la llegada del extranjero produjo alguna sorpresa entre la tropa de Terpsícore, en medio del cual habia caído con tan poca ceremonia. Sin embargo, la sorpresa de los árabes no fué tan grande como pudiera suponerse. Un marinero inglés vestido de pantalon y chaqueta hubiera debido ser una especie de fantasma para hombres vestidos de albornoces, largos trajes de colores chillones, babuchas y turbantes. Pero ni el traje de marinero, ni el color de su cara parecieron cosas extrañas á los que le rodeaban. ; Sin duda estaban acostumbrados !

La sorpresa que experimentaban procedía solamente de la singular manera de la presentacion, y áun esta sorpresa cedió en breve á otro sentimiento. Una inmensa carcajada salió de la multitud, y hasta los animales parecieron participar de la hilaridad

general, especialmente el meharí, cuya cabeza hacia grandes y cómicas reverencias. El marinero se puso en pié en medio de las exclamaciones. Una recepción de esta naturaleza era para desconcertar á cualquiera que hubiera conservado sus sentidos para comprender lo que pasaba; pero aturdido por el golpe, el marinero sólo se puso de pié con la intencion de huir á toda costa de tan mala compañía.

Despues de dar algunos pasos volvió en sí y comprendió claramente su situacion; era un delirio pensar en la huida, puesto que era prisionero de una banda de beduinos. El marinero experimentó una gran sorpresa al ver muchas cosas que le eran familiares. A la entrada de una tienda, la mayor de todas, observó un monton de objetos que procedian evidentemente de un buque náufrago.

Bill desde luégo reconoció á qué buque pertenecian aquellos objetos. Allí habia palos y cuerdas del aparejo de la corbeta, y hasta objetos que pertenecian personalmente al marinero. En otro lado del campamento, cerca de otra tienda grande, estaba un segundo monton de equipos de marinería, guardados como los otros por un centinela. Bill miró alrededor con la esperanza de ver alguna gente de la tripulacion; algunos marineros podian haber conseguido como él y sus compañeros acercarse á la orilla en barriles, maderos, etc. Si así era habian escapado

á los bandidos de la costa, ó en todo caso no se hallaban en el campamento, á ménos que estuviesen en el interior de las tiendas. Esto último no parecía probable. ¡Acaso habian sucumbido entre las manos de aquellas fieras!

Bill hacia estas suposiciones en la situacion más aterradora, puesto que le habian cogido entre dos individuos armados de largos y encorvados sables, que al parecer se disputaban el derecho de cortarle la cabeza. Estos dos hombres debian ser *skeiks*, así lo entendió el marinero, y ambos parecían tener mucha prisa por despacharle.

Bill veía su cabeza tan comprometida, que durante algunos segundos estuvo dudando si ya se la habian cortado. No comprendía una palabra de lo que hablaban entre sí los dos rivales, aunque á decir verdad, la verbosidad y la abundancia era tal que entre los dos pronunciaron bastantes palabras para llenar una sesion de cualquier parlamento.

Después de algun tiempo, el marinero concluyó por adivinar, no por sus discursos, sino por sus gestos, lo que pasaba entre ellos. Las largas cimitarras no amenazaban por el momento al pobre viejo, sino que se amenazaban entre sí. Bill ya no pudo dudar que se disputaban su persona las dos tribus en que parece se dividía el campamento, y que probablemente estarían unidas con alguna mira de pillaje.

Era evidente, á juzgar por las dos partes de botín separadas cuidadosamente y guardadas delante de la tienda de cada jefe, que se habian distribuido los despojos de la corbeta. La situacion de Bill era de las más graves. Veiase disputado tenazmente por dos hombres, y podia presumir con seguridad que cada uno de ellos deseaba tomar posesion de su persona.

Los dos jefes que se disputaban el dominio sobre Bill eran bastante diferentes. Uno era pequeño, de color amarillo oscuro y facciones duras y angulosas, en las cuales se reconocia el origen árabe. El otro tenía la piel negra como el ébano, cuerpo hercúleo, fisonomía ancha, labios gruesos y cabeza enorme forrada de grandes y ásperos cabellos lanosos y erizados.

El skeik árabe queria apoderarse del marinero porque sabia que llevándole hácia el Norte podia venderle ventajosamente á los mercaderes judíos ó á los cónsules europeos en Mogador. Esto revela que no era el primer náufrago de las costas del Sahara que volvia de esta manera á sus amigos y á su patria, no por ningun sentimiento de humanidad, como puede comprenderse, sino por el provecho que de ello resultaba.

El negro tenía tambien una idea parecida, solamente que era á Timbuctoo donde se proponia llevar

á su cautivo. Por poco estimado que fuera un hombre blanco entre los mercaderes árabes, cuando era considerado como simple esclavo, el negro sabia que al Sur del Sahara se le daría un buen rescate.

Despues de algunos minutos trascurridos en palabras y amenazas, los dos rivales cesaron de blandir sus cimitarras, y la paz pareció restablecida.

El asunto no parecia resuelto sin embargo. Los dos jefes hablaban todavía, y aunque Bill no comprendia una palabra de la discusion, creyó conocer que el árabe apoyaba sus pretensiones en que el camello que habia llevado al prisionero le pertenecia.

El negro señalaba á los dos montones de objetos, y parecia alegar que su parte habia sido la más pequeña.

En aquel momento se presentó un tercer personaje, un jóven, que parecia ejercer algun influjo sobre ambos. Bill comprendió que era un mediador. Cualquiera que fuese la proposicion que hizo pareció satisfacer á las dos partes contendientes, preparándose á dilucidar la cuestion de otra manera.

Los dos skeiks se dirigieron acompañados del tercero á un terreno arenoso situado al lado del campamento. Trazóse en la arena un cuadrado, dentro del cual se hicieron varias filas de agujeros redondos; los rivales se colocaron cada uno á un lado del cuadrado. Ambos se habian procurado cierto número

de bolas de estiércol de camello, que fueron colocando en los agujeros, y el *helga* empezó.

Bill era el premio.

El juego consistía en el cambio de bolas de un agujero á otro, como se cambian las fichas en un juego de damas. Ni una palabra se pronunció por ninguno de los adversarios. Estaban embebidos en el juego, uno enfrente de otro, con la misma gravedad que dos jugadores de ajedrez. Cuando se concluyó la partida empezó el ruido de nuevo, producido por las exclamaciones de triunfo de parte del vencedor y sus partidarios y las maldiciones del vencido. Bill comprendió que pertenecía al *skeik* negro. Este no tardó en presentarse inmediatamente á buscarle.

Pero el marinero habia sido jugado sin duda contra sus vestidos, porque se le despojó de todas sus prendas, incluso la camisa, y fueron entregadas al otro jefe.

Después fué conducido el cautivo á la tienda de su amo y colocado, como un nuevo objeto de botín, sobre el monton de objetos que se hallaba en la entrada.

Durante el juego, Bill habia sido objeto de observacion por parte de las mujeres, y sobre todo de los niños. El marinero hambriento expresaba en vano su tortura por medio de gestos. Pero no sufrió ningun desengaño; conocia el carácter de aquellas sirenas

del Sahara y la manera de conducirse con los desgraciados que caen entre sus manos.

Quizá no exista en el mundo país alguno donde las mujeres carezcan por completo de bondad y de compasion como en la comarca de que hablamos. Esclavas abyectas, áun cuando llevan el título de esposas, son peor tratadas que los animales de que ellas tienen que ocuparse, y que sus propios sirvientes, con los cuales viven bajo un mismo pié de igualdad. Esas mujeres parece que encuentran algun alivio á sus miserias imitando la crueldad de sus maridos.

El pobre Bill tuvo que sufrir injurias atroces; miéntras unos se divertian en arrojarle polvo á los ojos, otros le azotaban el rostro, y algunas mujeres le daban golpes en todo el cuerpo con largos palos. Pero no era esto todo; le causaron varias heridas, le arrancaron las patillas hasta la dislocacion de las mandíbulas, y por último se divirtieron en separar de su cráneo los cabellos á puñados. Y todo esto en medio de los mayores gritos y carcajadas.

El viejo lobo marino lanzaba en vano los juramentos más enérgicos. ¡Dejadme!, gritaba; pero sus vociferaciones y sus súplicas no hacian más que excitar el furor de sus verdugos. Entre todos se hacia notar por su ferocidad una mujer que se llamaba Fátima. A pesar de su nombre poético era una de las criaturas más asquerosas que se pueden ver. Sus col-

millos sobresalian de tal manera en las encías que la obligaban á tener la boca abierta; sus dientes superiores se encontraban así al descubierto y mostraban su blancura de marfil con una expresion de hiena, lo cual era considerado como un gran mérito y no menor atractivo por sus compatriotas. Collares de perlas negras adornaban su pecho, y otros adornos de hueso, brazaletes y círculos se hallaban repartidos por todo su cuerpo. En su traje y en sus maneras se comprendia que era una autoridad, una sultana, ó una reina.

En efecto, cuando el skeik negro se acercó á Bill para garantir de todo daño su nueva propiedad, Fátima le siguió á su tienda con todas las demostraciones que indicaban, si no á la favorita, al ménos á la presidenta del haren.

VI.

Las huellas de Bill.—La retirada.—Un animal extraño.—Las carcajadas.—La hiena risueña.—Un asilo húmedo.—Más risa.

Ya hemos dicho que la hilaridad de los midshipmen no habia sido de larga duracion. Cesó con la desaparicion de Bill. Los tres se detuvieron entónces, y miraron alrededor con inquietud.

Habian comprendido perfectamente que el meharí llevaba á Bill contra la voluntad de éste, puesto que los gritos del marinero probaban que el *buque del desierto* no obedecia á su piloto.

Sorprendiéronse al pronto de que el marinero no se hubiese dejado caer á tierra; pero luégo reflexionaron que no habria querido dejar escapar el camello. Extrañaron tambien la fogosa carrera del animal, y dedujeron que debia obedecer á una causa nueva. Hasta entónces habia marchado con lentitud y docilidad; sin duda conocia la proximidad de sus amos.

Pasado el primer momento de sorpresa los midshipmen celebraron consejo. ¿Esperarian el regreso de Bill, ó seguirian sus huellas para intentar reunírsele? ¿Volveria el marinero? Si habia sido conducido á un campamento de bárbaros sería hecho cautivo, segun todas las probabilidades; pero ¿no habia motivo para suponer que Bill no sería tan tonto para permitir al meharí que le arrastrára al medio de sus enemigos?

Los tres jóvenes permanecieron miéntras se consultaban con los ojos fijos en la abertura por la cual habia desaparecido el meharí. Los claros rayos de la luna formaban un gran reflejo en la blanca arena. De repente creyeron oir voces de personas y gritos de animales. Colin afirmaba que no se equivocaban. Sin

el ruido incesante de las olas que llegaban casi hasta el sitio en que se hallaban no hubieran abrigado duda alguna. Colin declaró que aquellos sonidos discordantes salían de un campamento, y sus compañeros que sabían cuán exquisito era su oído, dieron completo asenso á su palabra.

De todas maneras los jóvenes no debían permanecer donde se hallaban. Si Bill no volvía, el deber les obligaba á buscarle. Si por el contrario regresaba hacia ellos, le encontrarían sin duda alguna en el pasaje por donde había desaparecido.

Resuelto este punto, los tres midshipmen se pusieron en marcha hacia el interior del país; pero no lo hicieron sin tomar varias precauciones. Colin se mostraba más prudente que sus compañeros. El joven inglés no tenía tanta desconfianza como él de los naturales del país. O'Connor persistía en creer que no podía haber gran peligro, si había alguno, en encontrar hombres, y hasta miraba este acontecimiento con cierto deseo.

—Colin cree, dijo Terencio, que ha oído voces de mujeres y de niños. Seguramente el relato de las crueldades que se atribuyen á las gentes de este país son cuentos de marineros. Si por aquí hubiera un campamento haríamos bien en acercarnos para pedir hospitalidad. ¿No habeis oído hablar de la hospitalidad árabe?

—Tienes razon, añadió Terencio.

—Por lo visto no sabeis nada de lo que yo he leido con referencia á testigos presenciales, dijo Colin. Pero callad, y escuchemos.

El jóven irlandés se detuvo, y sus compañeros hicieron lo mismo. Oíanse gritos de mujeres, niños y animales. Era el momento en que los dos skeiks se disputaban la posesion de Bill; pero á todo el ruido sucedió un silencio profundo; los jefes jugaban al *helga*.

Durante aquel momento de tranquilidad, los midshipmen avanzaron un poco por el barranco, trepando despues por las colinas que rodeaban el campamento. Ocultos por las mimosas y favorecidos por la luna pudieron ver lo que pasaba entre las tiendas.

Entónces los incrédulos hicieron justicia á los temores manifestados por Colin. Vieron á Bill desnudo en medio de una banda de mujeres, mejor dicho, furias infernales, que no se cansaban de prodigar al pobre marinero todo género de crueldades. Aunque testigos tambien del momento de reposo que proporcionó á Bill la intervencion del jefe, no mejoró por eso la poca confianza que ya tenian en los árabes. Comprendian los jóvenes que el marinero era considerado como un objeto de botin, como un despojo del naufragio.

Comunicáronse en voz baja sus impresiones. De-

jar al marinero en tales manos era lo mismo que abandonarle en la arena estando subiendo la marea; peor todavía, porque las olas son ménos terribles que los árabes.

Pero ¿qué podían hacer los jóvenes oficiales armados con sus pequeños puñales contra un número tan grande de enemigos? Todos tenían escopetas y cimitarras. Hubiera sido una locura tratar de salvar á Bill.

Era preciso abandonar al marinero á su suerte. Los jóvenes no podían hacer más que votos al cielo. Además, debían pensar en escapar cuanto ántes de aquel sitio, huyendo á la mayor distancia posible del campamento árabe.

El barranco por el cual el meharí había conducido al marinero se dirigía perpendicularmente hácia la orilla del mar, y casi en una línea recta desde la playa al campamento de los árabes. No se podía decir, sin embargo, que el barranco desembocaba en el valle. A su final el simoun había formado una barrera y reunía las dos montañas paralelas que formaban los lados del barranco. Esta barrera no era tan alta como las montañas, pero sí tenía unos cien piés de elevación. Su cresta, vista de perfil, tenía la curva de una silla, la concavidad hácia arriba.

Los midshipmen habían reconocido el campamento desde la cresta que acabamos de describir, y

si hubiera sido de día no hubieran tenido necesidad de avanzar más para ver lo que pasaba. A la luz de la luna habían podido observar formas de caballos, de hombres y de niños, pero no tan distintamente como se necesitaba para darse cuenta de sus acciones.

Al descender de nuevo para ganar la playa, los midshipmen pusieron un gran cuidado, aunque no tanto, sin embargo, como cuando estaban más cerca del campamento; su deseo de huir lo más pronto posible de los bárbaros les había quitado la calma que las circunstancias exigían. Sin embargo, llegaron al pié de la duna sin motivo alguno que les hiciera sospechar haber sido vistos.

Pero todavía no habían franqueado el sitio más peligroso. Hasta entónces no habían corrido gran peligro de ser vistos; la luna no podía alumbrar el sitio en que se encontraban. No era, pues, al subir la pendiente cuando ellos temían verse descubiertos, sino al pasar sobre la cumbre de la gran barrera de arena, porque entónces la luna les alumbraba de lleno, y sabido es que los árabes del desierto tienen una vista privilegiada. Los jóvenes se sorprendían, sin embargo, de no haber sido descubiertos ya, y atribuían esta circunstancia á que los beduinos se encontraban muy ocupados con Bill para pensar en otra cosa.

Pero pronto se cambió esta situación; la calma se

habia restablecido en el campamento; y si por casualidad un árabe miraba hácia el Oeste en el momento en que ellos atravesáran la cresta, estaban perdidos.

¿Qué habian de hacer? No habia otro camino para salir del valle, que estaba rodeado por todos lados de dunas escarpadas, no bastante áridas para ser infranqueables, pero alumbrados por la luna. Un gato no hubiera podido correr por ellas sin ser visto desde las tiendas.

Los jóvenes se consultaron rápidamente, y reconocieron que no mejoraban de situacion retrocediendo ni inclinándose á derecha ó izquierda. No habia, pues, otro camino ni otro partido que tomar que atravesar la cresta de arena con la mayor velocidad posible.

Sin embargo, aún quedaba un recurso; esperar la desaparicion de la luna. Esta idea se le ocurrió al prudente escocés, y sus compañeros hubieran hecho bien adoptándola, pero no quisieron; lo que habian visto hasta entónces les habia inspirado un violento deseo de alejarse lo más pronto posible.

Colin no insistió, y los tres empezaron á franquear el paso.

A la mitad del camino hicieron alto, no para tomar aliento, sino porque acababan de ver un animal de una forma tan extraña, que ninguno de los tres habian encontrado nunca. Acordábanse, sí, de

haber visto en el Museo un cuadrúpedo parecido á aquel, pero no sabian su nombre.

No era más gordo que un perro del monte de San Bernardo, un *new-foundland*, ó un mastin, pero parecia más largo. Tenía la forma de la raza canina, pero su cabeza era excesivamente grotesca, ancha y cuadrada. Las patas delanteras, más largas que las de atrás, daban á la columna vertebral una brusca inclinacion hacia la cola; ésta era corta, llena de pelos y redondeada. Gruesos mechones de cerdas duras y pelos ásperos cubrian todo su cuello gordo y corto, y hasta las orejas.

El animal se encontraba en la cumbre de la montaña, hácia la que los jóvenes se dirigian. La luna brillaba, y ninguno de los movimientos del animal podia pasar desapercibido. Marchaba de una manera directa sin separarse de la línea de la cumbre de la duna.

Además de la sorpresa que la presencia de este animal causó á los midshipmen, habia algo en el aspecto del mismo que daba miedo. Quizá si hubieran sabido su nombre no estarian tan atemorizados por su presencia. En vez de seguir se detuvieron los jóvenes.

No se puede negar que habia motivos para reflexionar. Un animal que la luz de la luna y los temores quizá hacian parecer tan grande como un

toro, no era un obstáculo despreciable, sobre todo dispuesto como parecía estar á disputar el paso á los marinos. El mismo Harry Blount se sintió intimidado.

Si no hubiera existido peligro en volver hácia atrás, quizá los jóvenes se hubiesen decidido á descender de nuevo al valle. Era preciso tomar una resolución; los midshipmen sacaron sus puñales y se adelantaron en línea de batalla hácia la duna. El diablo mismo hubiera retrocedido ante un asalto semejante. ¡Inglaterra, Escocia é Irlanda unidas! ¿Habría en la tierra animal que pueda resistir á esta carga? Si lo habia no era seguramente el que oscilaba en la cresta de arena como el péndulo de un relój.

Pero ántes que los marinos hubieran avanzado un poco más, el animal habia desaparecido, no sin saludarles con grandes carcajadas, que sorprendieron á los jóvenes haciéndoles dudar si sería el mismo Satan, ó alguno de sus satélites etíopes.

Desaparecido el fantasma, nuestros héroes no pensaron más que en franquear la duna sin ser vistos del campamento. Guardaron sus puñales y continuaron avanzando con precaución.

Quizá hubieran realizado su designio sin una circunstancia en que no habian pensado. Los árabes habian oido las risas del extraño cuadrúpedo, y se

pusieron á mirar al sitio de donde salieron; pero aquel ruido no tenía nada de extraño para ellos; era el grito bien conocido de la *hiena risueña*.

En el campamento se habia obrado una confusion extraordinaria. Los muchachos empezaron á gritar y las madres salieron de las tiendas para reunirlos alrededor como polluelos y protegerlos. La proximidad de una hiena hambrienta de aquella especie era bastante alarmante, porque iba con la intencion de engullirse algun jóven ismaelita. Muchos árabes prepararon sus escopetas y salieron en su persecucion; la piel les serviria para adornar sus tiendas, y la carne para comer.

Pero como corrian hácia el lado en que habian oido las carcajadas se encontraron, no una hiena, sino tres seres humanos, que la luna alumbraba de lleno. Sus vestidos de paño azul, sus botones amarillos y sus gorras fueron reconocidos desde luégo por los árabes como de marinos. Todos, pues, se lanzaron fuera del campamento en medio de aclamaciones de júbilo y sorpresa.

Algunos partieron á pié como si fuesen á dar caza á la hiena; otros montaron en sus camellos, y muchos ensillaron sus caballos, partiendo al galope.

Inútil es decir que los midshipmen sabian perfectamente lo que les amenazaba. Habian oido los

clamores de los árabes , y les veían correr agitando sus brazos como locos.

Permanecer donde se hallaban hubiera sido exponerse indudablemente á ser cogidos , y ya habían podido juzgar por lo que habían visto qué clase de suerte les esperaba. Bajo la impresion de esta idea los jóvenes volvieron las espaldas al campamento y se precipitaron hácia el barranco de que tan imprudentemente se habían alejado.

En la precipitacion de su retirada se dirigieron hácia el mar sin saber por qué, no teniendo probabilidad alguna de escapar en esta direccion ni en otra alguna. La noche era demasiado clara para ocultarse, sobre todo en un país en que no había ni áun arbustos.

Sin embargo, había un medio de escapar á los árabes; internarse en las dunas y seguir alguno de los pequeños canales laterales llenos de agua que cortaban la playa como para penetrar en el mar. Al efecto tendrían que trepar por los bordes de las dunas de rodillas, ó como pudieran, cada vez que la marea al subir les obligára á repetir esta maniobra.

Este estado de cosas hubiese sido soportable sin una circunstancia, de que no tardaron en comprender la gravedad; no solamente se aproximaban así á sus enemigos, sino que el agua cerca de la orilla estaba completamente tranquila y no formaba espu-

ma, lo cual facilitaba que se pudiese ver á los jóvenes desde la playa.

Para evitar en lo posible esta eventualidad no avanzaban á la orilla más de lo estrictamente necesario, y casi se dejaban cubrir sus cabezas por la marea.

En una situación como aquella muchos hombres se hubieran abandonado á la desesperacion y á una suerte que parecia inevitable.

Se encontraban en una especie de estanque sobre arena blanca tan trasparente, que los jóvenes podian ser vistos de la misma manera que tres cuervos en medio de un campo cubierto de seis piés de nieve.

Pero no desmayaron. El agua salada les entraba por la boca y les cegaba á ratos, y ellos se animaban mutuamente haciendo grandes esfuerzos para permanecer quietos. Se encontraban apenas á la distancia de un cable de la orilla, pero podian hablar sin ser oidos, porque el ruido de la resaca cubria sus voces.

Sin embargo, su situación era cada vez más peligrosa. Ya hemos dicho que hasta entónces se habian ido acercando á la orilla arrastrándose sobre las rodillas, y procurando tener fuera del agua las tres cuartas partes de la cabeza.

De repente el agua se hizo más profunda hasta cubrirlos. Adelantando hácia la orilla se exponian al peligro de ser vistos por sus enemigos, y de este

modo los midshipmen se encontraron con este dilema terrible: ó permanecer donde estaban corriendo riesgo de ahogarse, ó avanzar hácia la orilla y sufrir las consecuencias de ser vistos.

Miéntras hacian esfuerzos colosales para sostenerse sin adelantar ni retroceder, observaron que les faltaba tierra bajo sus piés. ¡Arena movediza!, pensaron con terror.

Por fortuna los árabes, obedeciendo á un terror religioso, se habian alejado, y los jóvenes pudieron encontrar un terreno más firme, pero más cerca de la orilla. Aunque llegaron á convencerse de que los enemigos habian desaparecido, no se atrevieron á arriesgarse en la playa. Los árabes podian volver y la luna brillaba todavía con gran esplendor.

Dejaron todavía trascurrir bastante tiempo, y cuando creyeron la playa libre se pusieron de pié y empezaron á andar hácia tierra. No se creian espías, pero procedian con gran prudencia y no se atrevian ni aún á hablar. Unicamente se oia el ruido de sus dientes que chocaban unos con otros como castañuelas.

Estaban helados hasta los huesos. La brisa fria de la noche traspasaba sus vestidos y hasta sus miembros.

En el momento de poner el pié en la orilla el extraño animal que les habia querido interceptar su

retirada sobre la duna se presentó de nuevo. ¿Era el mismo, ú otro? De todos modos parecia dispuesto á interrumpirles otra vez el paso.

Paseaba por la playa muy cerca del agua y con su asquerosa cabeza siempre vuelta hácia los jóvenes. Estos pudieron verle mejor que ántes, porque la luna les alumbraba entónces por detrás; pero esta circunstancia no les hizo formar mejor opinion del animal. Juzgando por lo que habia pasado en el primer encuentro, los midshipmen se adelantaron resueltamente, y con efecto la hiena partió á escape, perdiéndose en las sinuosidades del barranco y lanzando los mismos extraños gritos que la primera vez.

Suponiendo que no tenian nada que temer los jóvenes consultaron entre sí lo que debian hacer, y todos fueron de opinion que debian seguir á lo largo de la playa, manteniéndose tan lejos como fuese posible de las tiendas árabes. Partieron, pues, hácia el Sur tan rápidamente como les permitian sus piernas temblorosas y sus vestidos mojados.

Habian salido por el momento de un grave peligro, pero su situacion continuaba siendo difícil, y no tardaron en conocer que les amenazaba otro nuevo riesgo. No habian recorrido mucho camino cuando se vieron obligados á detenerse al oír cierto ruido por el lado de la garganta. Era una especie de gruñido que parecia proceder de algun animal, y supu-

sieron que sería el extraño cuadrúpedo de la duna y de la playa. Pero observaron atentamente en la dirección del ruido y se convencieron de su error. Una enorme corpulencia descendía de la duna, y en sus formas reconocieron un camello. Su vista desconcertó á los jóvenes, porque sobre el camello vieron un hombre armado de una larga cimitarra, que dirigía hácia ellos su cabalgadura.

Los midshipmen comprendieron al primer golpe de vista que no podían abrigar esperanza alguna de continuar su camino. Extenuados de fatiga y embargados sus movimientos por los vestidos mojados, no podían luchar en velocidad con un camello. Resignándose, pues, con su suerte, esperaron impasibles la llegada del árabe.

VII.

Un jefe astuto. — Un encuentro singular. — La huida. — La sorpresa. — El aduar al amanecer.

Esperando el camello los náufragos, habían creído un instante reconocer en el caballero á su camarada Bill; pero el viejo marinero no había tenido la fortuna de escapar á sus verdugos. El hombre que

montaba el meharí, porque era este animal el que se acercaba, tenía formas angulosas y una piel amarilla plegada como un pergamino.

Parecía de unos sesenta años de edad. Su traje, y sobre todo cierto aire de autoridad, revelaban á uno de los jefes de banda. Era, en efecto, el sheik árabe dueño del camello.

Habia recorrido, como los demas, los alrededores, pero en vez de volver al campamento con sus compañeros, se había quedado rezagado en la garganta, y favorecido por la oscuridad su ausencia no se había notado.

No había obrado así sin objeto. Ménos supersticioso que el otro sheik reflexionó que debía tener alguna explicacion natural la desaparicion de los tres náufragos. Pero no se inspiró sólo en la curiosidad. No pudiendo consolarse de haber perdido á Bill en el juego del helga, deseaba una compensacion capturando á los tres fugitivos.

Aunque no tenía seguridad en la manera de la ocultacion, el viejo jefe había adivinado la verdad. No creía en nada sobrenatural; pero en vez de comunicar sus suposiciones á los suyos, guardó prudentemente silencio. Segun las leyes del Sahara, un esclavo cogido por alguno de la tribu, pertenece, no al jefe, sino al que le coge.

Confiando en su destreza y en su escopeta, per-

maneció en un sitio de la garganta, desde el que se dominaba toda la costa; su faccion no tardó en ser recompensada. Vió á los tres marinos salir del seno de las aguas, y lanzó al meharí fuera de su punto de observacion. En algunos segundos se colocó cerca de los midshipmen, haciéndoles con su escopeta señas que debian revelar una intimacion á que les siguieran al campamento.

El primer movimiento de los náufragos fué obedecer. Terencio y Colin habian hecho ya un signo de aquiescencia. Blount se sublevó.

—¿Qué es eso?, exclamó. ¡Obedecer á un viejo mono como ese! ¡Seguirle vergonzosamente! Jamás lo consentiré. Si caigo prisionero no será sin haber combatido.

Terencio, avergonzado de haberse sometido tan fácilmente, pasó de un extremo al otro, y sacando su sable gritó con furor:

—¡Por San Patricio, lucharé contigo, Harry! Morir ántes que rendirse.

Colin ántes de seguir á sus compañeros en sus demostraciones hostiles, miró alrededor y hácia la embocadura de la garganta para asegurarse de si el árabe estaba sólo.

—¡Vaya al diablo! exclamó despues de hacer el exámen. Si nos coge es preciso que luche. Llega, pues, viejo mono, y encontrarás verdaderos lobos

bretones dispuestos á luchar con veinte como tú.

Los jóvenes se colocaron en forma de triángulo para rodear al meharí.

El sheik, que no esperaba semejante recepcion, parecia irresoluto acerca de lo que debia hacer. Despues en el colmo de su furor, y no pudiendo contener su exasperacion, apuntó su escopeta hácia Harry Blount, el primero que le habia amenazado.

Una nube de humo rodeó al jóven.

—¡Nada! dijo una voz con calma.

—¡Dios sea loado! exclamaron Terencio y Colin; ya estamos seguros de nuestro hombre, que no puede volver á cargar. ¡A él, compañeros!

Los tres camaradas se precipitaron sobre el meharí. El árabe, á pesar de su edad, no pareció dominado por la inferioridad. Agil como un tigre arrojó al suelo su escopeta, ya inútil, y empezó á blandir alrededor el sable que sostenia con mano crispada.

Así armado tenía una gran ventaja sobre los asaltadores, porque miéntras él podia alcanzar á uno ó dos con un sólo movimiento, ellos no podian aproximarse sin grave riesgo, viéndose obligados á permanecer á cierta distancia, desde la cual no podian servirles sus armas cortas.

El sheik desde su elevado asiento se encontraba naturalmente al abrigo de los ataques.

—¡Matemos el camello!, gritó Harry Blount; de

esta manera el miserable estará á nuestro alcance, y entónces.....

Pero Terencio habia adoptado otro medio y estaba en vias de ejecutarlo.

El jóven habia tenido en el colegio sobre sus compañeros una gran superioridad en los saltos. Recordó de pronto su destreza en este punto, y pensó aprovecharse de ella. Escogió el momento en que el meharí le presentaba la cola, y colocándose á regular distancia para tomar vuelo y bastante violencia, cayó de repente á caballo sobre el camello.

Por fortuna para el sheik, el jóven habia dejado caer su arma; sin esta circunstancia el meharí no hubiera soportado largo tiempo doble carga.

Los dos adversarios estaban colocados de tal manera sobre el meharí que éste parecia montado solamente por una persona. El delgado caparazon del árabe desaparecia completamente entre los brazos de Terencio, tanto le apretaba éste, y el sable amenazador cayó á la arena á los piés de los midshipmen.

Pero no por eso terminó la lucha, que continuó sobre el meharí.

El árabe se mantenía firme, sabiendo que una vez en tierra estaria á merced de los jóvenes, con los cuales habia pensado hacer un buen mercado. Colin blandía el sable dispuesto á usarlo contra su propietario, y el sheik se apretaba fuertemente contra el

animal, mientras que el irlandés se esforzaba en derribarlo. El árabe comprendió que la huida era su único recurso; necesitaba á todo trance separar á su enemigo de sus dos compañeros.

Lanzó un grito. Al oírle el meharí se volvió rápidamente y partió á la carrera hácia la garganta, donde desapareció.

Colin y Harry quedaron consternados al ver á su compañero llevado por el animal sin poder detenerle. En vano gritaron á Terencio que dejara al sheik y se arrojara á la arena.

El jóven irlandés, ocupado en desmontar á su enemigo, no advirtió la señal. Cuando vió el peligro cesó en su proyecto y se ocupó en el de dejarse caer; pero sus esfuerzos hubieran sido inútiles sin una circunstancia que vino en su socorro.

La brida del animal arrastraba por el suelo; ocupado el árabe de su enemigo habia olvidado apoderarse de ella. El nudo de la cuerda se introdujo en una de las hendiduras de la enorme pata del animal, y éste se arrojó al suelo despues de luchar un rato. La carga se volcó al suelo de un solo golpe, y los dos adversarios quedaron un momento sin sentido.

Todavía no habian vuelto en sí cuando Harry y Colin se precipitaron sobre ellos. Pero casi al mismo tiempo una banda de extraños seres les rodeó lanzando gritos como demonios.

El disparo de la escopeta del sheik habia sido oido en el campamento, y los árabes corrieron hácia la garganta.

La resistencia era imposible. Los midshipmen cogidos por sorpresa se dejaron atar y conducir á las tiendas.

Los jóvenes se aproximaron al aduar con la misma repugnancia que Bill una hora ántes. Les despojaron de sus vestidos y les dejaron únicamente las camisas como pertenecientes á su piel para los efectos del reparto entre los árabes, que se distribuyeron sus vestidos. El sheik reclamó á sus tres cautivos, y despues de discutido el asunto por la extraña asamblea se le concedió lo que pedia.

En traje primitivo se encontraron los jóvenes frente á frente de Bill, cuyo equipo no valia más. No les dejaron que se acercáran á Bill, y como éste, tuvieron que sufrir el furor de las mujeres y los chiquillos, hasta que temiendo por el deterioro de su botin, el amo puso término á la diversion, poniéndolos al abrigo de su tienda, donde pudieron concluir la noche bastante tranquilamente.

Como ya hemos dicho, en el momento en que Bill llegó al campamento, los dos sheiks de comun acuerdo se disponian á levantar sus tiendas. El hijo de Jafet se dirigia hácia el Norte á los mercados de Marruecos, y el descendiente de Kam iba al Sur, á Tembuctoo.

Las capturas inesperadas del marinero y de los tres midshipmen cambiaban sus proyectos, dejando la partida para otro día y retirándose todos á sus tiendas para descansar.

El aduar estaba silencioso. Los clamores de las mujeres y de los niños habian cesado. Oíase solamente el ladrido de un perro, el relincho de un caballo ó el gruñido de los meharís.

Los midshipmen hablaban entre sí; de vez en cuando alzaban la voz para ser oídos de Bill, retenido en el otro extremo del campamento, cuando ellos tenian necesidad de conocer su opinion.

Los árabes no comprendian una palabra de lo que decian, y les dejaron libres de continuar su conversacion.

—¿Qué te han hecho, Bill? preguntaron los jóvenes.

—Todo lo que se puede imaginar para causar la desgracia de un viejo lobo marino. No hay sitio alguno en mi cuerpo que no tenga una herida.

—Naturalmente, dijo el escocés. No podemos esperar otra cosa. Supongo que querrán hacernos sus esclavos.

—Probablemente, dijo Harry.

—De seguro, añadió Bill. El campamento está dividido entre dos jefes, el viejo color de arenque ahumado, y un negro más negro que el diablo. Este

último es mi amo. Los dos se han disputado la posesion de mi persona, y por último me han jugado. ¡Madre de los judíos! ¿Quién hubiera creido que un viejo marino breton pudiera ser esclavo de semejante negro?

—¿Dónde crees que nos lleven, Bill?

—Dios lo sabe. Lo que puedo asegurar es que estamos destinados á ser embarcados.

—Pero ¿será posible que nos separen?

—Por mi sangre, señor Colin, lo temo mucho.

—¿Por qué lo crees así?

—Por lo que he oido y visto. Creo que querian tomar dos caminos diferentes. Yo no comprendia gran cosa de lo que decian, pero les oí hablar mucho de Tembuctoo y de Tock-Atoo, dos grandes ciudades de negros, y me presumo que mi amo va á navegar hácia alguno de estos puertos.

—Pero ¿por qué crees que nosotros debemos ser conducidos á otra parte?

—Porque perteneceis al viejo sheik, que es árabe, y debe dirigirse hácia el Norte.

—Es bastante verosímil, dijo Colin.

—Ya lo veis, señor Colin, son dos tiburones de tierra que nos han atrapado, y podemos estar seguros que nos venderán al que quiera comprarnos.

—Espero, dijo Terencio, que te equivoques. La cautividad sería muy dura de soportar separados.

Juntos podemos suavizar nuestra suerte. Espero que no nos separarán.

La conversacion concluyó de esta manera, y á pesar de la tristeza de su situacion, no tardaron en quedarse dormidos.

Hubieran podido dormir veinte y cuatro horas si lo hubiesen permitido, pero desde que los primeros rayos del sol se extendieron sobre la tierra, todo el aduar dió señales de vida. Las mujeres y los chicos de las dos hordas hormigueaban como sombras en medio de las tiendas; las primeras ocupadas en ordeñar los camellos, y los muchachos arrodillados delante de las cabras recogiendo la leche, que forma su principal alimento; otros encerraban en odres el precioso líquido.

Las matronas de la tribu, que parecian hechiceras, preparaban el desayuno, consistente en *saugleh*, especie de caldo hecho con maíz cocido al fuego lento de estiércol de camello.

El *saugleh* era para los que podian suministrar leche, sea de camello, sea de cabra, leche que se empleaba sin colarla, llena casi siempre de pelos, y ágría ya al salir del receptáculo.

En un lado se veian hombres ordeñando sus camellos ó aproximando sin ceremonia sus labios á la teta del animal, miéntras otros se ocupaban de quitar las tiendas para trasportarlas á algun oasis nuevo.

Los tres midshipmen contemplaban este espectáculo en camisa, y lo mismo que Bill temblaban de frio; por caliente que sea el clima del Sahara, el caso es que de noche y por la mañana la temperatura baja tanto que es frecuente ver hielo.

Esto no impedía á los jóvenes enterarse de lo que pasaba alrededor y hacer en voz baja las observaciones que necesitaban. El joven escocés habia leído muchos libros relativos á las *praderas* de América y á sus habitantes. Lo que veía, sin embargo, le recordaba sus costumbres. La misma opresion de las mujeres; á ellas correspondia el trabajo de llevar los objetos más pesados y el cuidado de los asuntos domésticos, ayudados únicamente por los miserables esclavos que tenían la desgracia de encontrarse en poder de sus amos comunes. Los hombres, recostados en las sillas de sus camellos, ó tendidos en pieles de animales, fumaban tranquilamente con el convencimiento de su superioridad sobre todo lo que les rodeaba.

Pero Colin no tuvo tiempo de filosofar largo rato, sino que fué rudamente arrancado á sus pensamientos, lo mismo que sus compañeros. A los tres se les ordenó ayudar á sus amos en los preparativos de partida.

Bill tambien habia sido despertado al amanecer por un puntapié de su propietario. Si el sheik negro hubiera comprendido el inglés hubiera oido á su esclavo enviar al maldito negro á todos los diablos.

VIII.

Un dromedario obstinado.—Los camellos aguadores.—Envidias y cálculos.—El ajedrez del desierto.—En marcha.—Golah.

El desayuno de la mañana fué tan pronto comido como preparado. La sobriedad de aquellas gentes sorprendió á los marinos. Los individuos más importantes de la horda participaron de una pequeña porcion de leche y de *saugleh*. Las clases inferiores y los esclavos negros tuvieron que contentarse con ménos de una pinta de leche ágría para cada uno, la cual mezclada con agua tiene el nombre de *chení*.

Esta comida, ¿era el almuerzo? Harry Blount y Terencio no podían creerlo. Colin les quitó su ilusión refiriéndoles que había oído hablar de la maravillosa sobriedad de los hijos del desierto; que un hombre se alimenta todo un día con lo que en nuestros países no basta para un niño de seis años, y que permanecen muchos días sin comer, y sólo toman leche por todo alimento. En efecto, este fué el único alimento repartido hasta la noche.

Pero, ¿dónde estaba el almuerzo de Colin y de sus compañeros? Esto les interesaba vivamente. Es-

taban hambrientos como hienas, y parecía que nadie pensaba en ellos. Por desagradable que fuera la mezcla preparada por las mujeres, los midshipmen se preguntaban con envidia si les llegaría su parte. Concluyeron por expresar su deseo por signos; pero no consiguieron más que hacer reír á los árabes. En cambio si sus estómagos estaban condenados á la inercia, sus brazos y sus piernas no debían permanecer inactivos. Fueron cargados con fardos pesados, y se les hizo comprender por medio de amenazas que toda resistencia sería inútil. No cabía duda, eran esclavos.

Al plegar las tiendas fueron testigos de muchas cosas curiosas. El singular equipo de los animales, las cestas de forma ovalada colocadas sobre los camellos para llevar las mujeres y los niños; los pequeñuelos atados con correas en las espaldas de las madres; los dromedarios arrodillándose para recibir la carga, todo esto hubiera interesado vivamente á los midshipmen en otras circunstancias.

Un incidente les demostró la habilidad de sus amos para conducir sus animales domésticos.

Un camello recalcitrante que, según su costumbre, se había arrodillado para recibir su carga, rehusó levantarse después de cargado. El animal juzgaba quizá que era mucho peso; sea porque estos animales tienen el sentimiento de la justicia muy

desarrollado, ó por un capricho de mula falsa, el caso que indicó su resolucion de resistir á su propietario y permanecer arrodillado.

El amo empleó las caricias y las amenazas, despues los golpes y los malos tratamientos; pero nada consiguió. El animal obstinado parecia insensible.

El árabe exasperado por esta resistencia, cogió un viejo albornoz y le echó sobre la cabeza del animal, tapándole con él la respiracion. El camello no se hizo esperar más y se levantó inmediatamente, con gran diversion de las mujeres y los chicos.

En corto tiempo las tiendas fueron recogidas, y el aduar con todo lo que contenia trasladado al lomo de los animales.

Ya habian llenado todos los odres que tenian; pero esta provision de agua podia no ser suficiente á las necesidades del viaje, y era preciso *llenar* los camellos. Esta operacion era muy importante, y se tomaron varias precauciones para que los animales bebiesen la mayor cantidad posible del precioso líquido. Quizá un secreto presentimiento advertia á los árabes que podrian tener necesidad de todos estos recursos.

El único depósito de agua que habia en un espacio de cincuenta millas estaba casi agotado; la gran sequía que se habia experimentado en aquella parte del desierto le habia convertido en una simple cisterna. La estancia de las dos tribus asociadas le

había disminuido bastante; uno ó dos dias más, y hubieran corrido riesgo de sufrir sed. Algunas veintenas de galones quedaban en el momento de la partida; justamente la cantidad necesaria para *llenar* los animales.

Cada árabe condujo por turno su camello á la orilla del estanque, pero en lugar de permitirle beber le echaba la cabeza hácia atrás, le introducía en las narices un embudito de madera, y por este medio se trasladaba el agua al estómago de los camellos.

La razon de este procedimiento es impedir al camello, que tiene la costumbre de mover la cabeza al beber, que pierda inútilmente una gota del precioso líquido.

Después de beber los camellos hasta que estuvieron llenos, es decir, hasta que el agua les salía por las narices, se preparó la partida.

Los marinos observaron entónces la diferencia que existía entre las dos bandas. Como ya hemos dicho, el jefe negro representaba el verdadero tipo africano, y la mayor parte de sus subordinados pertenecían á la misma raza; algunos, sin embargo, debían ser caucacianos; pero éstos, según todas las apariencias, eran esclavos.

La banda del otro sheik se componía de árabes como él, con leves excepciones.

Terminados todos los preparativos, las dos hordas

sólo tenían que cambiar el saludo de despedida: «La paz sea con vosotros.» Pero este adiós no se oía todavía. Hubiérase dicho que los sheiks sentían separarse, pero que sus sentimientos recíprocos no eran de los más cordiales. En efecto, si se hubiera podido leer en sus corazones, he aquí lo que habría resultado:

—Ese negro es un pícaro (el árabe es el que habla), que el diablo le lleve. Envidia mi botín y quisiera estos muchachos, ya lo sé; el sultán de Tembuctoo le ha pedido esclavos blancos. Mi lote le vendría mucho. Creo que no está muy satisfecho con el viejo marino que me ha ganado al *helga*. Su Majestad de la ciudad de murallas de cieno no hará gran caso de su adquisición. Estos son jóvenes, que lo mismo pueden servir para el trabajo que para figurar en las ceremonias. Yo podría vendérselos, pero á buen precio; sí, muy caro, porque los vestidos, que les hemos quitado indican que son de gente rica. Tenían galones dorados en las levitas, y son sin duda hijos de jefes. En Wedmora el viejo judío los compraría, y también los mercaderes de Susa; pero quizá haría mejor en llevarlos á Mogador; el cónsul de su país pagaría ciertamente buenas monedas por ellos..... ¡Sí, esto es preciso!

—El sultán daría sesenta de sus mejores negros por esos tres blancos, decía mientras el marido de Fátima, el feroz negro.

—Pues entónces, contestaba la mujer, ¿por qué no nos apoderamos de ellos?

—¡Ah! eso es bien facil de decir; pero difícil de hacer. Pertenecen al viejo árabe, al ménos él los reclama; sin derecho, por supuesto, porque si yo no hubiera llegado á tiempo, los blancos le hubieran cogido á él. En fin, le pertenecen por las leyes del Sahara.

—¡Vayan al diablo las leyes del Sahara!, exclamó Fátima; esas son tonterías. No hay leyes en el Sahara, y además nosotros no tenemos necesidad de volver por aquí. El precio que tú sacarias de esos tres jóvenes nos pondria á cubierto para el resto de nuestra vida. Quítaselos por la fuerza á ese viejo de rostro amarillo, si no hay otro medio mejor; por ejemplo, puedes ganárselos al *helga*. Tú sabes que ganarás; y si rehusa puedes proponerle jugar dos negros contra un blanco.

Así aconsejado por la amiga de su corazon, el sheik, en vez de saludar con el *saleik aloum* al árabe, levantó la voz y le pidió una entrevista para un negocio de importancia.

La conversacion de los dos sheiks fué, como puede suponerse, ininteligible para los midshipmen, pero las miradas que el árabe y el negro echaron sobre ellos y sus gestos animados les hicieron comprender que eran el objeto de la discusion.

Para los jóvenes no había elección posible entre los dos amos. Ambos parecían igualmente salvajes y crueles. Todo lo que los náufragos podían esperar de una nueva distribución era reunirse á Bill. Pero también corrían peligro de verse separados entre sí los tres jóvenes, y esta idea les aterraba mucho más, porque eran camaradas ántes de su entrada en la marina. Así es que esperaban el resultado de la conversación con una ansiedad extraordinaria.

Al cabo de media hora pareció que habían tomado una determinación. El árabe se dirigió hácia el sitio en que el jefe negro tenía sus esclavos, y después de haberlos examinado cuidadosamente escogió tres de los más fuertes, gordos y jóvenes negros y los hizo colocar en un sitio separado.

—Vamos á ser cambiados, murmuró Terencio. Per-
teneceremos al negro y no nos separaremos de Bill.

—Espera un poco, dijo Colin; esto no ha terminado todavía á lo que creo.

El jefe negro se adelantó hácia los tres cautivos é interrumpió su conversación.

¿Qué quería? Llevarlos consigo como había hecho el árabe con los tres negros.

Con gran sorpresa de todos, O'Connor únicamente fué el escogido por el africano; los otros dos tuvieron que permanecer en sus puestos en vista de los gestos amenazadores de su amo. Las condiciones

del cambio eran, pues, tres negros contra un blanco.

Terencio fué conducido por su nuevo amo al lado de los tres negros; éstos, lejos de tomar lo que pasaba tan seriamente como el jóven irlandés, abrieron sus grandes mandíbulas y enseñaron sus blancos dientes al lanzar sonoras carcajadas.

Pero el negocio no habia terminado. El viejo Bill, despues de lo que habia visto ya y los preparativos que se hacian, gritó á sus jóvenes camaradas:

—Van á jugar los jefes, y me alegro. Vendreis conmigo, porque la piel negra ganará á la piel amarilla; estoy seguro.

Compusieronse los agujeros en que se habia jugado al *helga* el dia anterior, y empezó la partida.

La prediccion de Bill salió al pié de la letra. El sheik negro ganó á Terencio O'Connor.

El árabe parecia vivamente contrariado, y se conocia en sus inquietos movimientos que no se conformaba con la suerte.

Dos blancos le quedaban todavía, y con ellos podia tomar su revancha. Así lo intentó, pero sin éxito.

Los tres midshipmen fueron á reunirse á Bill cerca del jefe negro, y veinte minutos despues estaban marchando á través del desierto para Tembuctoo.

La caravana se componia de diez y seis personas

y seis ó siete muchachos. Todos eran de la propiedad del sheik negro.

Los cautivos supieron bien pronto que éste se llamaba Golah, nombre que procedia sin duda por corrupcion de Goliah.

Golah era ciertamente un hombre inteligente, hecho para mandar. Tenía tres mujeres, y todas tenían una facilidad de hablar extraordinaria; pero una palabra, una mirada, un gesto bastaba para hacerlas callar. La favorita Fátima debía su influencia á la habilidad que desplegaba en adivinar los deseos de su amo y en amoldar todos los suyos á la voluntad de Golah.

Este poseia además siete camellos, de los cuales cuatro servian para llevarle á él, sus mujeres, sus hijos, sus tiendas y sus equipos.

Los otros tres dromedarios iban cargados con el botin recogido despues del naufragio.

Doce de los adultos de la banda estaban obligados á marchar y seguir el paso de los camellos como pudieran.

Uno de ellos era el hijo de Golah, jóven de unos diez y ocho años. Iba armado de un largo mosquete, de un sable español y de un puñal cogido á Colin.

Su principal ocupacion parecia ser la de guardar los esclavos, con la asistencia de otro jóven hermano, como los midshipmen supieron despues, de una de las mujeres de Golah.

Este último iba armado de un mosquete y de una cimitarra. Tanto él como el hijo de Golah parecían convencidos de que sus vidas pendían de la mejor ó peor manera con que guardáran los esclavos, los cuales eran seis, además de Bill y sus compañeros, todos en marcha hácia algun mercado del Sur.

Dos de estos esclavos, segun Bill, debían ser kroomans, ó africanos. Los había visto frecuentemente empleados como marineros en los buques procedentes de la costa de Africa. Los demas eran de color ménos acentuado, y el viejo marinero les llamaba los portugueses negros. Todos parecían que llevaban bastante tiempo de esclavitud.

Los cautivos blancos sentían una violenta indignación. A este sentimiento se unían los sufrimientos del hambre, la sed y la fatiga que experimentaban al caminar sobre la abrasada arena bajo un sol ardiente.

—Ya he visto bastante, dijo Harry Blount á sus compañeros. Esto puede durar muchos días, y no tengo curiosidad de saber cuántos. Tengo un proyecto.

—Habla, dijo Terencio.

—Somos cuatro, añadió Harry; cuatro de esa nación que se gloria de no ser jamás esclava. Además tenemos seis compañeros de cautividad. ¿Creeis, pues, que debemos estar sometidos á tres negros como esos?

—Justamente eso pensaba yo, dijo Terencio. Si no matamos al viejo Golah y nos escapamos con sus camellos no merecemos salir de la esclavitud.

—Bien dicho, exclamó Harry. Lo intentaremos cuanto ántes.

—Hay siete camellos. Tomaremos uno cada cual; pero ántes de partir comeremos y *beberemos* los otros tres animales. Estoy hambriento y muero de sed.

—Fija el plan y lo adopto á ojos cerrados. Estoy dispuesto, dijo Terencio.

—Espérad, Sr. Terencio, dijo el viejo marinero; no sabeis lo que decís; el Sr. Colin es el único que ha dado prueba de buen sentido. Doy por supuesto que se logre matar al jefe y á sus hijos; ¿qué haremos despues? No tenemos ni mapa ni compás, y en este caso, ¿no veis que un viaje en el desierto sería lo mismo que un viaje en el mar sin brújula? El negro grande, nuestro capitan, puede navegar en estos parajes con seguridad; pero nosotros no podemos hacerlo. Es preciso dejarnos conducir por él á algun puerto, y entónces intentaremos escaparnos.

—Tienes mucha razon, dijo Colin, al calcular que no podriamos encontrar el camino que debiéramos seguir; pero debemos preveer todas las eventualidades que pudieran presentarse. Despues de haber llegado á un puerto como dices, quizá nos encontremos en una posicion todavía más difícil, porque tendremos

que entendernos con gran número de esas bestias.

—Es muy probable, replicó el marinero, pero podemos esperar vencer esas dificultades, mientras que aquí nada podemos hacer sino entregarnos en manos de la Providencia.

—Bill tiene razón, exclamó Terencio.

Durante esta conversacion los náufragos observaron que uno de los krooman estaba bastante cerca y parecia que les escuchaba. Sus ojos brillantes demostraban el mayor interés.

—¿Comprendes nuestra conversacion?, le preguntó Bill con severidad.

—Un poco, contestó el africano sin fijarse en la cólera del marinero.

—Y ¿por qué escuchas?

—Para entender lo que decís; deseo huir tambien.

Bill y sus compañeros entendieron, no sin alguna dificultad, el lenguaje del krooman. Habia servido en buques ingleses, y sabia un poco este idioma. Estaba cautivo hacia cuatro años á consecuencia de un naufragio.

Tranquilizó á los marinos diciéndoles que Golah no tenía recursos para mantener á sus esclavos, y por lo tanto debia venderlos á la mayor brevedad á cualquier cónsul inglés de la costa.

El krooman añadió que él no tenía las mismas esperanzas, porque su país no rescataba los esclavos,

por cuya razon en cuanto observó que Golah tenía prisioneros ingleses abrigó la esperanza de ser rescatado con ellos, teniendo á ello algun derecho porque habia servido á Inglaterra.

Durante el camino, los esclavos negros que ya sabian su obligacion, fueron recogiendo trozos secos de estiércol de camellos, lo cual debia servir de combustible en el aduar durante la noche.

Al ocultarse el sol Golah mandó hacer alto; los camellos fueron descargados y las tiendas armadas en pocos minutos. Poco despues se distribuyó á los esclavos la cuarta parte de la racion de *saugleh* que necesitaba cada cual, y como no habian comido desde la mañana, este alimento les pareció delicioso.

Despues de haber examinado su propiedad y satisfecho de las condiciones en que se encontraba, Golah se retiró á su tienda, dentro de la cual se oyeron, despues de algunos minutos, sonidos que parecian los ecos de una tormenta.

Los dos jóvenes, su hijo y su cuñado se relevaron durante la noche para vigilar el campamento.

Pero su faccion era inútil; cansados y casi moribundos de hambre y de sed los cautivos blancos no pensaban más que en el reposo, de que tenian tanta necesidad.

IX.

Un día de agonía.—Fortuna de Colin.—Un caballo improvisado.—La experiencia del marinero Bill.—Hambre y sed.

Al amanecer del día siguiente dióse de beber á los esclavos un poco de *chentí*, y continuo la marcha. Al elevarse el sol por el cielo despejado, lanzaba rayos más abrasadores que los del día anterior: ni el más ligero soplo de viento cruzaba por la estéril llanura. Tan caliente y tan inmóvil estaba la atmósfera como la arena que pisaban. Apenas sentían el hambre, porque la sed imperiosa y abrasadora apagaba todas las demas sensaciones.

Al arrastrarse por el arenal les corría el sudor por todo su cuerpo, y á pesar de aquella humedad que les salía por todos sus poros, estaban tan secas sus gargantas y sus lenguas que las tentativas para hablar sólo producían sonidos roncós é incoherentes. Golah y su familia montados en camellos iban delante. El sheik no se cuidaba de saber si le seguían ó no los demas. Sus dos parientes formaban la retaguardia de la *kafila*, y el esclavo que se retrasaba

recibia tales advertencias que no se las hacia repetir.

—Decidles que es preciso que beba ó que muera, murmuró Harry al krooman con voz estrangulada. Yo valgo dinero, y si Golah me deja morir de sed es un loco.

El krooman se negó á trasmitir este deseo al jefe, porque, segun observó, sólo serviria para proporcionar á Harry malos tratamientos.

Colin llamó al hijo de Golah y le hizo comprender por señas lo que deseaba, y el negrillo por única respuesta le hizo un gesto burlon, pues no le inspiraba ninguna simpatía una necesidad que él no experimentaba.

La piel de los negros frotada con aceite parece que rechaza los abrasadores rayos del sol, y la costumbre les habia dado fuerza para sufrir el hambre y la sed hasta un extremo admirable. Parecian más bien enormes reptiles que seres humanos.

La arena en el camino seguido el segundo dia era más movediza, y sólo el esfuerzo necesario para levantar las piernas producia una fatiga comparable á los más duros trabajos. Por la mente de los desgraciados náufragos cruzaban pensamientos de muerte, supremo remedio de las miserias humanas. Sin embargo, sólo siguiendo á sus jefes podian esperar algun alivio á sus sufrimientos. Con Golah tenian la

esperanza de una ración de *saugleh* y de algunas gotas de agua.

Una de las mujeres del sheik tenía tres hijos, y como cada madre está obligada á velar por su progenitura, no podia hacer el viaje sin alguna más fatiga que sus compañeras. Necesitaba gran vigilancia para impedir que sus tres indóciles hijos bregando sobre el lomo del camello no cayesen al suelo. No le agradaba, pues, aquel modo de viajar, y ya habia atestiguado con algunas insinuaciones el deseo de que se la ayudase.

Su propósito consistia en que uno de los esclavos llevase al mayor de sus hijos, que tenía cuatro años de edad.

La víctima escogida por ella fué Colin, y vanos fueron cuantos esfuerzos hizo el jóven escocés para librarse de la responsabilidad de que se veía amenazado. La mujer estaba resuelta, y Colin debia obedecer, aunque se resistió hasta el punto de que se le amenazase con llamar á Golah. El argumento le pareció tan concluyente que dejó le colocasen sobre los hombros el muñeco, que cruzó las piernas alrededor del cuello y se agarró fuertemente á los cabellos de su conductor.

Como se acercaba la noche, los dos negros que servian de guardianes se adelantaron para escoger un sitio donde levantar las tiendas.

No habia temor de que ningun esclavo intentára fugarse, pues todos ellos estaban deseosos de recibir la pequeña cantidad de alimento que les prometia la parada durante la noche.

Molestado por el chiquillo y agobiado de fatiga, Colin se habia quedado atrás. La madre del chico, atenta al bienestar de su primogénito, acertaba el paso de su camello, y le dirigió hácia el jóven escocés.

Descargados los camellos y colocadas las tiendas, Golah vigiló la distribucion de la comida. Las porciones eran más pequeñas, pero los cautivos las devoraron con mayor placer que la víspera.

Bill declaró que el corto momento empleado en comer algunos bocados de *saugleh* le compensaba de todas las fatigas de la jornada.

— Ah, Sr. Harry, dijo, ahora es cuando aprendemos á vivir, aunque durante el dia haya pensado con frecuencia que aprendiamos á morir. ¡Qué bien sabe todo cuando se tiene hambre!

— El *saugleh* es el alimento más delicioso, dijo Terencio; su único defecto consiste en que no haya bastante.

— Entónces tomad lo que me queda, dijo Colin, porque yo no soy de vuestra opinion.

Harry, Terencio y el marinero miraron al jóven escocés con expresion de alarma y de sorpresa. Colin no habia comido la mitad de su racion.

— ¿Qué teneis, Colin? Preguntó Bill con tono inquieto y amistoso; si no os alimentais, morireis. ¿Estais enfermo?

— No, me siento bien, contestó; he comido todo lo necesario; podeis tomar el resto.

Los tres compañeros de Colin se negaron á aprovechar la porcion sobrante de la racion de éste, esperando que el apetito le volveria, y que entónces la comeria con placer. Todos tres se alarmaron seriamente al verle rechazar un alimento de que ellos sentian necesidad áun despues de la comida.

Al dia siguiente, cuando la carabana se puso en camino, el chiquillo negro fué de nuevo confiado á Colin, quien no siempre tenía que llevarlo á hombros, pues el muchacho corria con frecuencia á su lado.

Durante la primera parte del dia el escocés y su carga continuaron al paso de los demas viajeros, y áun á veces iban delante. Golah advirtió las atenciones del escocés hácia el niño, y su rostro mostró algun sentimiento humano, gracias á un gesto que queria parecerse á una sonrisa.

A la mitad del dia Colin parecia fatigado y empezó á quedarse atrás como la víspera. La madre inquieta paró su camello y esperó á que el escocés y el niño se les unieran.

Mucho habia sorprendido á Bill la conducta de

Colin durante el dia anterior, sobre todo la paciencia con que se habia sometido á velar por el niño. Veía en ello un misterio incomprensible, que tambien llamó la atencion de Harry y de Terencio, á pesar de sus preocupaciones personales.

Poco despues de medio dia la mujer condujo á Colin á la *kafila*, haciéndole marchar delante de ella, dando agudos gritos y administrándole algunos golpes con la trenzada punta de la cuerda que le servia para hacer andar á su camello.

Al poco tiempo fastidiado Golah por los gritos de la mujer la ordenó callar y que dejase al esclavo continuar en paz su camino.

Aunque incapaz de comprender la significacion de las palabras de la mujer, Colin debia imaginar, seguramente, que no eran cumplimientos y agasajos los que en aquel tono le decia; además, caso de dudar, los cordelazos se lo hubieran probado. Recibia, sin embargo, las injurias y los malos tratamientos con una resignacion filosófica que sorprendia á sus compañeros.

Cuando las exigencias de su estómago no absorbian por completo sus pensamientos, procuraba Harry hablar con el *krooman*, y en uno de estos momentos preguntó la explicacion de las injurias que proferia la negra contra el escocés.

El *krooman* contestó que le habia llamado puer-

co, perezoso, perro cristiano, é infiel, y que amenaza-
ba matarle, á ménos que no marchase con la *kafila*.

El tercer día de viaje el calor no fué tan grande, y por consiguiente los esclavos tuvieron que sufrir ménos.

—Amigos míos, dijo Terencio; jamás olvidaré, después de mi experiencia de la noche última, que cuanto mayor es el deseo de beber, más grande es el placer que se experimenta al satisfacer esta necesidad, y la idea de esta satisfacción contribuirá mucho en lo porvenir á ayudarme á soportar el sufrimiento.

—Tan cierto es lo que decís, añadió el marinero, que no dejo de pensar en lo buena que nos pareció anoche la cena, y sólo deseo que esta noche nos parezca tan deliciosa.

—Algo hemos aprendido de nuevo, yo al ménos, dijo Terencio, y ya sabré cómo vivir en adelante. Hasta ahora he sido un niño, comiendo y bebiendo, no porque tuviera necesidad, y sí por no tener otra cosa mejor que hacer. Paréceme que á Colin le gusta la moda árabe, y que espera tener mejor apetito para saborear con mayor placer la comida.

Las miradas de los tres compañeros volviéronse al mismo tiempo hácia el jóven escocés, que de nuevo se habia quedado atrás, y á quien seguia esperando la madre del niño.

Harry y Terencio continuaron la marcha creyendo ver á su compañero tan maltratado por la negra como la víspera. Bill se detuvo cual si le interesase la escena que amenazaba á su amigo. Las cosas pasaron en efecto del mismo modo que el día anterior.

—Ya no me admiro, dijo á sus compañeros, por qué Colin muestra tanto interés hácia ese monigote.

—¿Por qué, Bill? ¿Qué habeis adivinado?, preguntaron Harry y Terencio.

—Porque Colin no ha comido anoche.

—¿Y qué?

—El furor de la negra contra él es una farsa.

—Os equivocais, Bill, dijo Colin, que con el niño á cuestras marchaba entónces al lado de sus compañeros.

—No, no me equivoco; esa mujer os favorece, señor Colin, y ella es la que os da de comer.

Viendo que era inútil ocultar su buena suerte por más tiempo, declaró Colin que la negra, cuando lo podia hacer sin que nadie la viese, le daba higos secos y leche, que llevaba en una botella de cuero.

A pesar de la opinion que acababan de expresar sobre el placer de saborear una comida largo tiempo esperada, los compañeros de Colin le felicitaron por su dicha, y se mostraron dispuestos á encargarse del negrillo, á condición de recibir igual recompensa.

No podían sospechar en aquel momento que pronto cambiarían de opinión y que la supuesta dicha de Colin iba á convertirse en fuente de males para todos ellos.

El calor se aumentó mucho en la tarde de aquel día, y Golah hizo caminar á su camello con tal velocidad que fué muy difícil á los esclavos seguirle.

Bill pensó no poder pasar más allá, pues si le quedaban todavía fuerzas, tenía agotada la paciencia.

Sentóse, pues, en el suelo y declaró que no pasaba adelante. Un diluvio de golpes cayó sobre él, sin que le hicieran variar de resolución. Los dos jóvenes parientes de Golah no sabiendo qué medio emplear acudieron al sheik.

Este volvió inmediatamente su meharí hácia el esclavo recalcitrante.

Antes de que llegára al sitio donde se encontraba Bill, sus tres camaradas emplearon con éste toda su influencia para persuadirle á que se levantára sin esperar al tirano.

—Por amor de Dios, exclamó Harry; si te es posible sigue el camino.

—Inténtalo al ménos, dijo Terencio; nosotros te ayudaremos. Anda, Bill, un esfuerzo por amistad á nosotros. Golah llega.

Hablando así Terencio y Harry, ayudados por Colin, cogieron á Bill y procuraron ponerle en pié;

pero el viejo marino persistió obstinadamente en permanecer donde estaba.

—Acaso podría marchar un poco, dijo, pero no quiero. Ya he andado bastante. Quiero subir en el camello y que Golah camine á pié un rato, puesto que está en disposicion de hacerlo mejor que yo. No cometais la locura de inquietaros por mí; lo único que debéis hacer es mirarme, porque así aprenderéis algo; si no soy jóven y bello como Colin para proporcionarme un favor, me valdré en cambio de mi edad y de mi experiencia.

Al llegar al sitio donde el marinero estaba sentado se informó Golah de lo que pasaba, y de que el acostumbrado remedio no habia producido efecto.

No pareció descontento por lo que se le comunicaba, y áun su fisonomía manifestó cierta satisfaccion, mandando tranquilamente al esclavo que se levantára y continuase el viaje.

Agobiado por la fatiga y muerto de hambre y de sed, el marinero habia llegado al colmo de la desesperacion. Dijo, pues, al sheik por medio del krooman que continuaria su camino, pero sobre uno de los camellos.

Al saberlo Golah le dijo:

—¿Entónces quieres que te mate? Si imaginas robarme lo que he dado por tí te equivocas. Yo, Golah, lo digo.

Bill repitió jurando que no se movería de aquel punto y que no se le obligaría á ir más lejos, como no fuera sobre un camello.

Trasmitida por el krooman esta contestacion hizo meditar al sheik.

Despues de meditar un instante sobre lo que debia hacer dibujóse en sus labios una terrible sonrisa.

Cogiendo la brida de su camello ató una punta á la silla y con la otra las muñecas del marinero. Bill quiso en vano resistirse, pues era un niño en comparacion del forzado sheik negro.

El hijo y el cuñado de Golah estaban á los lados de éste con sus armas preparadas y dispuestos al primer movimiento de los compañeros del marinero. Cuando éste estuvo atado mandó el jefe á su hijo que llevara el camello hácia adelante y el animal arrastró á Bill por la arena.

—Ya vais adelante, exclamó Golah en la exaltacion de su triunfo, y he ahí un nuevo modo de ser conducido. Así comprendereis que soy vuestro amo.

Viajar de este modo era tortura demasiado grande para poderla resistir largo tiempo. Decidióse, pues, Bill á levantarse y á andar. Estaba convencido, pero en castigo de su rebelion el sheik le mantuvo atado todo el resto de la jornada.

Ninguno de los esclavos blancos hubiera jamás creído que fuera posible someterse á tales tratamien-

tos ó dejar á un camarada sufrir tal humillacion. A ninguno de ellos, sin embargo, le faltaba verdadero valor, pero éste cedía ante la fuerza superior del hambre y de la sed. Golah habia contado con ella para someter á sus esclavos, y sólo así triunfaba de ellos, pues en otro caso hubiesen disputado su libertad hasta el último extremo.

X.

Un descubrimiento peligroso.—El amor de una negra.—Una recompensa injusta.—Un pozo seco.—Desaliento.—Encuentro de otra caravana.—¡Agua!—Los ladrones del desierto.

Al día siguiente por la mañana Golah dijo á sus cautivos que iban á llegar despues del medio día á un sitio en que habia una cisterna ó arroyo, y allí permanecerian dos ó tres días.

Esta noticia fué trasmitida á Harry por el krooman, y todos se pusieron tan contentos ante la expectativa del descanso y de la abundancia de agua.

Harry habia tenido una larga conversacion con el krooman, y este último expresó su sorpresa de que los cautivos blancos se sometieran tan fácilmente á la voluntad del sheik. El krooman añadió que el camino que seguian conducia al interior del

país, probablemente á Tembuctoo; y él aconsejaba á los marinos que pidieran á Golah el cambio de direccion, con objeto de llegar á cualquier puerto de la costa, donde podrian ser rescatados por un cónsul inglés.

El krooman prometió obrar como intérprete cerca de Golah y hacer todo lo que estuviera en su mano para favorecer el comun deseo. Podia persuadir al sheik diciéndole que haria mejor negocio llevando los cautivos á un punto donde los buques llegan y parten, más bien que en el interior del país.

El hombre añadió con aire misterioso que todavía tenia que hacer al marino otra advertencia sobre otro asunto. Obligado á explicarse el intérprete pareció muy embarazado, pero concluyó por decir que su amigo Colin no abandonaria jamás el desierto.

—¿Por qué? preguntó Harry.

—Porque el sheik le matará.

Harry suplicó al krooman que le dijera su opinion, y en qué la basaba.

—Si Golah ve á la madre del niño dar á vuestro camarada solamente un higo, una gota de agua, estad seguro que matará á los dos. Golah no es tonto, y lo ve todo.

Harry prometió advertir á su camarada del peligro, á fin de salvarle ántes que se despertáran las sospechas de Golah.

—Malo, malo, añadió el krooman.

Para explicar estas palabras, el intérprete dijo á Harry, que si el jóven escocés rehusaba cualquier favor de la mujer, la vanidad herida de la negra cambiaría su simpatía en ódio, y entónces ella misma trabajaria para excitar contra el jóven la cólera de Golah, cólera que sería ciertamente fatal á su víctima.

—Entónces, ¿qué debemos hacer para salvarle?, preguntó Harry.

—Nada, contestó el krooman. Vos no podeis hacer nada; solamente advertirle del peligro en que se halla. La mujer de Golah le ama, y morirá, estoy bien seguro de ello.

Harry informó al marinero y á Terencio de esta conversacion, y los tres celebraron consejo.

—Yo creo que el negro tiene razon, dijo Bill. Si Golah se apercibe de la preferencia de una de sus mujeres hácia el Sr. Colin, ¡ay del pobre muchacho!

—Es bastante probable, añadió Terencio. Yo veo que cualquier partido que tome nuestro compañero está en peligro. Es preciso advertirle en cuanto se nos reuna.

—Colin, exclamó Harry, cuando su compañero con el niño acuestas estuvo más cerca de ellos; ten mucho cuidado en permanecer alejado de la negra, porque se la observa. El krooman acaba de prevenir-

nos, y si Golah la ve darte cualquier cosa, eres hombre muerto.

—Pero ¿qué puedo yo hacer?, contestó el joven midshipmen. Si esa mujer te ofreciera leche é higos cuando vas muerto de hambre y de sed, ¿lo rehusarias?

—No; lo confieso, y deseo que semejante alternativa no se presente; pero arréglate de manera que estés lo más lejos posible de ella. No debes quedarte atrás, sino cerca de nosotros.

Ninguno de los compañeros de Colin podía quejarse; no sólo una falta de delicadeza, sino hasta un crimen es excusable para escapar á las torturas del hambre y de la sed en una proporción tan devoradora como la sufrían los jóvenes.

El calor fué aumentando aquel día poco á poco, y los sufrimientos de los midshipmen llegaron á ser insoportables. Bill parecía más abatido y más enfermo que sus compañeros.

El pobre marinero no podía dar un paso sin gran dificultad. Su garganta se hallaba tan seca que no podía articular una palabra, y no hacía más que extender sus manos suplicantes hácia Colin.

Este le comprendió, y le colocó el niño sobre los hombros. Bill quería saber si la negra le recompensaría á él también, y con este objeto se quedó un poco más atrás que todos. El hijo de Golah y el otro

guardian habian observado la debilidad del marinero, y se opusieron á que cargára con el pequeño. Designaron con el dedo á Harry y Terencio; pero Bill insistió en continuar con su carga, y concluyeron por dejarle en libertad, llamándole porfiado y perro infiel. Poco tiempo despues la madre del niño detuvo su camello. El viejo marinero se puso á marchar con toda la velocidad que le permitian sus fatigadas piernas para recibir la recompensa esperada; pero el pobre hombre debia experimentar un amargo desengaño.

Cuando la mujer se apercibió del cambio de portador, pronunció dos ó tres palabras con una voz acre y furiosa. El negrillo la comprendió, y bajándose de los hombros del marinero echó á correr hácia ella.

La recompensa de Bill fué una lluvia de invectivas acompañada de golpes que le administraba la negra con la cuerda de la brida del camello. Bill quiso evitar la correccion apresurando el paso, pero el camello parecia que se habia puesto de parte de su ama, y tomó una especie de carrera que permitia á la mujer alcanzar á su víctima. Esto duró hasta que Bill se reunió á sus compañeros. Su piel enrojecida y acardenalada atestiguaba la crueldad de la negra.

Colin tomó al negrillo. La mujer al pasar cerca del jóven escocés le arrojó una mirada que parecia

decir: «Me habeis hecho traicion;» y se reunió á su marido á la cabeza de la caravana.

Los esclavos negros parecian muy divertidos con la desventura del marinero, y prosiguieron su camino con más animacion que ántes.

El desengaño de Bill tuvo, sin embargo, un buen resultado para él; recobró la voz, y al seguir á sus compañeros se le podian oír murmurar maldiciones.

Golah pensaba llegar aquella tarde temprano al sitio donde esperaba encontrar agua, y toda la caravana estaba animada con esta esperanza. Bill y sus compañeros se arrastraban á pesar de su debilidad, que crecia por momentos. Por fin, al ponerse el sol, llegaron al pozo.

¡Estaba seco!

¡Ni una gota del líquido tan deseado!

El marinero y sus compañeros cayeron de rodillas sobre la arena, haciendo plegarias porque una muerte pronta pusiera término á sus sufrimientos.

Golah estaba furioso. Sus mujeres, sus hijos y sus esclavos, que conocian la ferocidad de su carácter en estos momentos, huían por todos lados para no encontrarse á su paso.

De repente pareció que tomaba una decision, y su cólera se calmó. Sacando el último odre que llevaba llenó una copa para cada uno de los individuos de la

kafila, á quienes se dió tambien una porcion de *saugleh* y un puñado de higos secos.

Despues de esta comida ordenó la marcha hácia el Oeste, y se puso como siempre á la cabeza de la caravana.

El nuevo camino formaba ángulo recto con el que hasta entónces habian llevado.

Algunos esclavos manifestaron que no podian dar un paso más; pero despues de recibir algunos golpes, observaron que se habian equivocado, ó que el látigo de Golah les habia infundido una energía que ellos no creian tener.

A dos millas de la cisterna seca Golah se detuvo y dió algunas órdenes en voz baja á sus servidores.

Los camellos fueron inmediatamente colocados en círculo, y se les hizo arrodillar para descargar los fardos.

Miéntras esto pasaba los cautivos blancos oyeron un ruido de voces y pasos de caballo.

El oido fino del sheik habia reconocido la aproximacion de gente extraña, y por esta razon habia mandado hacer alto. Cuando el ruido estuvo más cerca, Golah dijo en árabe:

—¿Es gente de paz?

—Sí, sí, le contestaron; y al llegar los extraños se cambiaron las saluciones de costumbre.

La caravana que habian encontrado se componia

de quince ó veinte hombres, caballos y camellos. El sheik que la mandaba preguntó á Golah de dónde venia.

—Del Oeste, contestó, dándole á entender al mismo tiempo que hacia el mismo camino que él.

—Entonces ¿por qué no vais hasta el pozo?

—Está muy lejos, contestó Golah, y estamos fatigados.

—No hay más que media legua de aquí, dijo el jefe; hareis bien en continuar vuestro camino.

—No, pienso que hay más de dos leguas, y descansaremos aquí hasta por la mañana.

—Nosotros no nos detenemos, porque creemos poder llegar al pozo ántes de la noche.

—Bien, dijo Golah. Id y que Dios sea con vosotros. Pero un instante, señor: ¿podeis venderme un camello?

—Sí, uno muy bueno, solamente que está fatigado; pero mañana ya estará bien.

Golah creia que el camello debia ser un animal inservible, pero entraba en sus cálculos que los otros creyesen que le habian engañado.

Despues de haber discutido el precio del camello durante algunos minutos, concluyó por obtenerle mediante un par de mantas, una camisa y el sable cogido á Terencio.

Los recién llegados, hecho el cambio, partieron

en direccion al pozo, y apenas habian desaparecido, Golah ordenó de nuevo la marcha. Queriendo animar á los esclavos á continuar el viaje les prometió que el camello que habia comprado sería muerto al dia siguiente para el desayuno, y que tendrian todos un largo descanso á la sombra de las tiendas durante el dia siguiente.

Esta promesa hizo el efecto esperado por el sheik, y animó á los desgraciados, que marcharon casi hasta rayar el alba. El camello comprado la víspera se acostó sin ceremonia, y resistiendo filosóficamente á todos los medios que se emplearon para obligarle á continuar el viaje, dió así la señal de parada. Se levantaron las tiendas, y todos los preparativos anunciaron una detencion bastante larga.

Se encendió lumbre y Golah se preparó á cumplir su promesa de dar á los esclavos alimento á discrecion.

Con un nudo corredizo se sujetó la mandíbula inferior del camello, y echándole la cabeza hácia atrás se le ató fuertemente á la cola la cuerda del nudo.

Fátima se colocó al lado del animal con una gran vasija de cobre, miéntras que Golah abria una vena del cuello del animal. Un caño de sangre empezó á correr, y ántes que el camello dejára de vivir la vasija estaba llena hasta más de la mitad.

Colocada la vasija al fuego se movió bastante la sangre, hasta que se puso bien espesa á fuerza de hervir. Entónces se la retiró del fuego, y cuando estuvo fria la sangre parecia por el color y la consistencia el hígado de un toro.

Distribuyóse este almuerzo á los esclavos, que lo devoraron con avidez.

Golah mandó cocer el corazon y el hígado para su familia; y la poca carne que se encontró sobre los huesos fué cortada en trozos y extendida al sol para que se secára.

Una parte del estómago encerraba todavía galon y medio de agua, que fué vertida cuidadosamente en un saco de piel, y conservada para las necesidades del porvenir.

Durante el dia Harry y Terencio pidieron una entrevista á Golah, y se les permitió sentarse á la puerta de la tienda miéntras conversaban con él.

Harry suplicó al krooman que informára á su amo, que si les llevaba á algun puerto de mar obtendria por ellos un fuerte rescate.

Golah contestó que dudaba de la verdad de esta asercion; sus negocios no le llevaban en esa direccion, y deseaba llegar á Tembuctoo lo más pronto posible. Añadió que si todos sus esclavos fueran perros cristianos, podria arriesgar el viaje á la costa; pero la mayor parte de ellos pertenecian á paises que

no rescataban los cautivos, y por lo tanto no tenía necesidad de hacer viaje y gastos inútiles, proporcionando quizá á los infieles ocasion de escaparse.

Estos le hicieron preguntar en seguida si consentiria en venderlos á ellos y al krooman á un mercader que los condujera hácia la costa.

Golah no quiso prometer nada; dijo que para eso necesitaria hacer la venta en el desierto, y que de esta manera sólo obtendria la mitad del precio.

La única contestacion positiva que obtuvieron es que verian la tan renombrada ciudad de Tembuc-too; es decir, la verian si tenian fuerzas para soportar las fatigas del viaje.

Despues de haber dado gracias á Golah por su condescendencia, el krooman se retiró con los mid-shipmen, que comprendieron entónces toda la extension de su desgracia.

Un alimento abundante y un dia de descanso calmaron los sufrimientos fisicos y permitieron á los náufragos pensar en el porvenir; pero este porvenir no era nada consolador.

Harry Blount y Terencio, despues de su entrevista con Golah encontraron á Colin y Bill que esperaban con ánsia su vuelta.

— ¿Qué noticias traeis?, preguntó el marinero cuando se aproximaron.

— Malas , contestó Terencio. No hay esperanza para nosotros. Vamos á Tembuctoo.

— No , exclamó Bill. ¡ Jamás ! ¡ jamás !

Por la mañana temprano la caravana se puso en marcha dirigiéndose siempre hácia el Oeste; Golah se veía obligado á tomar esta direccion para buscar agua , aunque no se aproximára á su destino.

Dos dias de fatigas se pasaron ántes de llegar á otro pozo. El sheik , contrariado de la demora que esto le ocasionaba, se mostraba de mal humor , y reñía fuertemente á sus mujeres , á quienes decia que iban despacio , y á los esclavos á quienes acusaba de quedarse atrás. Su hijo y su cuñado recibian de vez en cuando maldiciones solemnes por no saber hacerse obedecer mejor de los cautivos.

Antes de llegar al pozo los cuatro náufragos estaban ya en una situacion lamentable. Sus piés desgarrados y quemados por la arena no podian conducirlos.

Ya se habia comido la carne del camello , y no quedaba ni una gota del agua encontrada en su estómago.

Colin habia vuelto á ganar el favor de la mujer del sheik , y continuaba cargando con el negrillo; pero el poco alimento y agua que recibia los pagaba bien caramente.

El negrillo pesaba bastante; además, al agarrarse

á la cabeza del escocés cuando iba sobre sus hombros, le habia arrancado una gran cantidad de cabellos, lo cual hacia su cráneo excesivamente sensible al calor.

Hambrientos, alterados, debilitados, cojos y estropeados, los cautivos se fueron arrastrando hasta que llegaron al pozo.

Al llegar á la vista de una pequeña colina, en la cual crecian dos ó tres arbustos, Golah se volvió hácia su caravana, y les señaló con un gesto aquel sitio. Todos comprendieron la señal, y renacieron á la esperanza. Encontraron la energía como por milagro; apresuraron el paso, y llegaron pronto al pié de la colina.

La precipitacion de los esclavos por saciar la sed hubiera debido excitar la compasion de su amo; pero éste parecia querer darles todavía otra leccion de paciencia. Mandó descargar los camellos y levantar las tiendas. Miéntras se ocupaban en este trabajo, otros fueron á buscar madera. En seguida el sheik mandó reunir todas las vasijas del agua, y las colocó junto al pozo; hecho lo cual ató una cuerda á un vaso grande de cuero, y fué llenando las vasijas con mucho cuidado para que no se derramára ni una gota del precioso líquido.

Terminados todos estos preparativos, llamó á sus mujeres y sus hijos, sirvió á cada uno una pinta de

agua, y despues de haberles dado algunos segundos de término para beberla los mandó partir.

Todos se alejaron sin murmurar y satisfechos en la apariencia.

Los esclavos se aproximaron en seguida y hubo una verdadera confusion. Cada cual cogia los vasos con furor y los vaciaba en un momento. La cantidad de agua que bebieron Bill y sus compañeros hizo declarar á Golah que no habia más que un Dios, que Mahoma era su profeta, y que los cuatro esclavos blancos eran perros cristianos.

Golah enseñó en seguida la cantidad de agua que juzgaba suficiente para un individuo, bebiendo cerca de una pinta; es decir, la quinta parte de lo que habia bebido cada uno de los esclavos blancos. Largos años de privaciones habian acostumbrado al sheik á contentarse con poco, conservándose á pesar de ello fuerte y activo.

Dos horas despues de la parada cerca del pozo, y cuando acababan de llenar los camellos, llegó otra caravana. Su jefe fué saludado por Golah con la fórmula de costumbre.

Los recién llegados se pusieron á levantar su campamento.

Por la mañana del día siguiente Golah tuvo una larga conversacion con el sheik, y despues regresó á su tienda con aire contrariado.

La caravana recién llegada se componía de once hombres, ocho camellos y tres caballos. Llegaban del Noroeste, pero ¿con qué designio? Esto es lo que ignoraba Golah; las explicaciones que le había dado el jefe no eran en manera alguna satisfactorias.

Aunque tenía pocas provisiones, Golah resolvió no abandonar el pozo aquel día, y el krooman supo que tomaba esta resolución por el miedo que le inspiraba la otra caravana.

— Si les teme, dijo Harry, eso sería una razón más para que procuráramos huir de aquí cuanto antes.

El krooman contestó que si los árabes eran ladrones, piratas del desierto, respetarían á Golah mientras permaneciera cerca del pozo.

Y el krooman tenía razón; los ladrones no atacan á sus víctimas en los albergues, sino en los caminos; los piratas no persiguen los buques en los puertos, sino en alta mar.

— Quisiera que fueran ladrones y nos robáran, dijo Colin; quizá entónces iríamos hácia el Norte, donde se nos rescataría tarde ó temprano; mientras que si vamos á Tembuctoo no saldremos jamás de Africa.

— No iremos á Tembuctoo; ¡jamás!, exclamó Terencio. Antes que eso nos convertiremos en ladrones, yo al menos, y entónces Golah será robado por uno de sus esclavos.

— Y ese esclavo ¿ será el Sr. Terencio O' Connor, de verdad?, preguntó Bill.

— Sí, de verdad.

— Entónces, no lo hareis mejor que el Sr. Colin, que le ha robado ya dos veces la afeccion de su mujer y la de su hijo.

— Calla, Bill, dijo Colin, á quien no gustaban las alusiones á la negra. Tenemos que ocuparnos de otra cosa. Ya sabemos que la intencion de Golah es llevarnos á Tembuctoo, y por lo tanto ya es tiempo de obrar. No debemos obedecer.

— Eso por supuesto, contestó Harry: ¿pero podemos hacerlo?

— Es preciso pensar algo inmediatamente. Nuestra marcha hácia el Sur nos aleja cada vez más de nuestra patria, ó de la probabilidad de volver á ella algun dia. Quizá esos árabes pudieran comprarnos y conducirnos al Norte. Se lo diremos al krooman para que les hable.

Todos consintieron en la proposicion. Se llamó al esclavo, é informado éste de los deseos de los náufragos, contestó que no queria que le viesen hablar á los árabes. Hizo notar lo que los midshipmen habian observado tambien, esto es, que Golah y su hijo no les perdian de vista, así como tampoco á los extranjeros, y manifestó su opinion de que era imposible encontrar ocasion de aproximarse al otro sheik.

Miéntras el krooman daba estas explicaciones, el sheik se dirigia hácia el pozo, visto lo cual por el esclavo se levantó y le siguió; pero Golah observó esta maniobra y le mandó volver con un tono amenazador. El africano no se dió prisa por obedecer, y manifestó que necesitaba beber.

A su vuelta dijo á Harry que habia hablado al sheik de la otra caravana, y que le habia dicho: «Compradnos y obtendreis buenos rescates más tarde.» Su respuesta habia sido: «Los esclavos blancos son perros y no valen lo que se dé por ellos.»

— Entónces ¿debemos abandonar toda esperanza por esta parte?, exclamó Terencio.

El krooman movió la cabeza en sentido negativo, como si no participára de la opinion que el jóven O'Connor acababa de expresar.

— ¡Qué! ¿Creeis que hay alguna esperanza?

El africano hizo un signo afirmativo.

— ¿Cómo? ¿De qué manera?

El krooman no contestó.

A la puesta del sol los árabes levantaron sus tiendas y partieron en direccion al pozo seco que Golah y su caravana acababan de abandonar. Cuando desaparecieron tras la colina el hijo de Golah fué á colocarse en la cumbre para seguir vigilándolos, miéntras las mujeres y los esclavos cargaban los camellos y recogian las tiendas.

Golah esperó que las sombras de la noche se hubiesen extendido completamente sobre la tierra, y entónces dió orden de continuar la marcha en direccion al Sur-Este, alejándose cada vez de la costa y quitando á los esclavos toda probabilidad de recobrar su libertad.

El krooman, por el contrario, pareció satisfecho de seguir este camino.

XI.

Se descubre el pastel. — Proyecto de sublevacion. — ¡Enterrados vivos! — La venganza del jefe y del marido. — Aparicion de los ladrones.

A pesar del viaje durante la noche, Golah seguia temiendo ser alcanzado por los árabes, y tan grande era su deseo de apartarse de ellos todo lo posible, que no se detuvo hasta dos horas despues de la salida del sol. Su favorita Fátima marchaba desde hacia algun tiempo á su lado hablándole con grande animacion. Advertíase en los gestos y en el fruncido ceño del señor que se le comunicaba algo importante.

Colocadas las tiendas ordenó á la negra, madre

del niño que llevaba Colin, le presentase el saco de higos confiado á su guarda.

La mujer se levantó temblando para obedecer. El krooman dirigió á los cautivos una mirada de espanto, y aunque éstos no comprendieron la órden de Golah, supusieron que iba á pasar algo terrible.

La mujer presentó el saco, que estaba medio vacío.

Los higos servidos tres dias ántes cerca del pozo agotado provenian de otro saco guardado por Fátima.

El que la segunda esposa presentaba en aquel momento debia estar intacto. Golah preguntó por qué no lo estaba.

La negra respondió temblando que ella y sus hijos se habian comido los higos.

Al oir aquella respuesta Fátima sonrió con aire burlon y pronunció algunas palabras, que hicieron estremecer á la negra.

—Os voy á repetir, dijo el krooman, sentado cerca de los esclavos, lo que dice á Golah. «El perro cristiano ha comido los higos: Golah le matará como á esta mujer.»

En opinion de los que viajan por el desierto, el mayor crimen que puede cometerse es el de ocultar y aprovecharse de la comida ó del agua, comiendo ó bebiendo cuando no lo puedan ver los compañeros.

El alimento que se confia á alguno de la cara-

vana debe ser guardado y conservado, áun á costa de su vida.

En ninguna circunstancia le es permitido disponer de la más pequeña parte sin el consentimiento general, y todo debe ser repartido igualmente.

Si lo que Fátima habia dicho era cierto, el crimen bastaba para poner en peligro la vida de la negra; pero la falta era todavía mayor, puesto que favoreciendo á un esclavo, á un perro cristiano, excitaba los celos de su señor.

Fátima parecia contentísima, porque se necesitaba nada ménos que un milagro para salvar la vida de la segunda esposa, su detestada rival.

Despues de desenvainar la cimitarra y de montar el fusil, ordenó Golah sentarse á sus esclavos formando una sola línea, y la órden se cumplió inmediatamente.

El hijo de Golah y el otro guarda se colocaron delante de ellos con sus fusiles cargados, y con órden de disparar contra el que intentase levantarse. El sheik dirigióse entónces á Colin, y cogiéndole por los cabellos, le puso aparte, dejándole un momento sólo.

Golah dió entónces á todos, excepto á la negra y á Colin, una racion de *cheni*.

El sheik juzgaba inútil dar alimento á los que debian morir. Veíase, sin embargo, que no habia decidido el género de muerte que les destinaba.

Los dos guardias, con los fusiles en la mano, vigilaban á los esclavos blancos, miéntras Golah hablaba con Fátima.

—¿Qué vamos á hacer?, preguntó Terencio. El viejo tunante medita alguna mala pasada; y ¿cómo impedirlo? Nosotros no podemos dejar matar á ese pobre Colin.

—Es necesario obrar inmediatamente, dijo Harry. Ya hemos esperado demasiado tiempo, y ahora vamos á tener la desventaja de encontrarles preparados. Aconsejadnos Bill.

—En ello estoy pensando, dijo el marinero. Si nos precipitamos sobre ellos á una voz, matariamos dos ó tres á la vez, y triunfariamos si esos esclavos negros quisieran unirse á nosotros.

El krooman, que oía estas palabras, propuso ser de la partida, y añadió que sus compatriotas harian lo mismo: de los demas negros no respondia, temiendo que los guardas comprendiesen las proposiciones que se les pudieran hacer.

—Bien; en tal caso, dijo Harry, seremos seis contra tres: ¿daré yo la señal?

—Sí; dadla, contestó Terencio sacando sus piés de debajo del cuerpo para estar más dispuesto á levantarse.

El plan era desesperado, pero todo parecia estar de acuerdo para emprenderlo. Desde que partieron

de los pozos estaban convencidos de que sólo podían escapar á la esclavitud por medio de un combate.

—Ahora que estamos todos dispuestos para no llamar la atención. ¡Una!

—¡Deteneos! exclamó Colin, que escuchaba atentamente la conversacion. No soy de vuestra opinion. Seríamos muertos todos: dos ó tres caerían fusilados inmediatamente, y los demas podría matarlos el sheik con su cimitarra. Más vale que me mate, si este es su intento, que sacrificaros los cuatro por salvarme.

—Lo hacemos no sólo por vos, dijo Harry, sino tambien por nosotros.

—Pues entónces sublevaros en mejores circunstancias, continuó Colin, pues ahora, sin poderme salvar, no conseguiriais más que arriesgar vuestra vida.

—Estoy seguro de que Golah medita matar á alguien, dijo el krooman fijando la vista en el sheik.

Este último continuaba hablando con Fátima, y su rostro tenía una expresion de crueldad alarmante.

La mujer acerca de cuya suerte deliberaban acariciaba á sus hijos, presintiendo sin duda que le quedaban pocos minutos para despedirse de ellos hasta la eternidad. Sus facciones tenían una expresion singular de calma y resignacion.

La tercera mujer se habia apartado con sus hijos

en los brazos, y miraba con curiosidad y pesar á la vez lo que ocurría.

— Colin, exclamó Terencio, nosotros no podemos permanecer aquí tranquilos y veros morir en nuestra presencia. Vale más que intentemos algo, ahora que tenemos alguna esperanza de buen éxito; dejad á Harry dar la señal.

— Pero es una locura, exclamó Colin. Esperad al ménos que sepamos lo que pretende hacer; acaso me guarde para una venganza futura, y en tal caso podreis intentar algo, pero no ahora que teneis dos hombres preparados á matar al que de vosotros se mueva.

Los esclavos conocieron que su compañero decia verdad, y esperaron en silencio con los ojos fijos en la tienda del sheik.

Al poco rato Golah se adelantó hácia ellos dibujándose terrible sonrisa en sus salvajes facciones.

Lo primero que hizo Golah fué coger las correas de cuero atadas á la silla de su camello, y en seguida, volviéndose á los dos guardianes de los esclavos, les pronunció un animado discurso, cuyo objeto era sin duda excitar su vigilancia, porque apuntaron sus armas contra los cautivos, y pareció que esperaban la orden de hacer fuego,

El sheik hizo señal á Terencio para que se le acercase. Este titubeó.

— Anda camarada, dijo Harry, no te quiere hacer daño.

En el mismo instante Fátima salía de la tienda de su marido armada con un sable, y al parecer deseando tener ocasion de valerse del arma.

Terencio, obedeciendo á la seña del jefe, se levantó; el krooman habia recibido la misma órden que él, y Golah condujo á ambos á su tienda; Fátima les siguió.

El sheik pronunció en seguida algunas palabras en africano, que éste tradujo al inglés; Golah le decía á Terencio que para salvar la vida necesitaba dar pruebas de una obediencia absoluta; le anunciaba que le iba á atar las manos, y le aconsejaba que no invocase la ayuda de sus compañeros. Si permanecía tranquilo, nada tenía que temer; pero el menor movimiento de resistencia ocasionaria la muerte de todos los blancos.

Terencio estaba dotado de una fuerza extraordinaria para su edad, pero en lucha con el coloso africano debia inevitablemente sucumbir: era, pues, locura la idea de pelear sólo con él.

Advertir á sus compañeros por medio de la señal convenida, ¿no era exponerlos á una muerte inmediata? Sus guardianes les fusilarian seguramente al primer signo de sublevacion. Sometióse, pues.

Golah salió de la tienda y volvió á ella con Har

ry Blount. Al ver á Terencio y al krooman atados precipitóse el jóven hácia la salida luchando por desembarazarse de la presion de la mano del negro. Sus esfuerzos fueron inútiles; vencido por su terrible adversario, que le preservaba al mismo tiempo del furor de Fátima, tuvo que dejarse amarrar tambien.

Terencio, Harry y el krooman fueron llevados de nuevo al lugar que ocupaban ántes.

Bill y Colin habian sido tratados de la misma manera.

— ¿Qué nos quiere este diablo?, preguntó el marinero miéntras Golah le ataba las manos. ¿Va á asesinarnos?

— No, contestó el krooman; no matará más que uno, y sus ojos se fijaron en Colin.

— Colin, Colin, gritó Harry. Ya ves lo que has hecho. Henos aquí reducidos á la impotencia, y sin poder intentar nada para salvarte.

— Tanto mejor para vosotros, contestó Colin, porque así no os sucederá ningun mal.

— Pero si no tiene malas intenciones con respecto á nosotros, ¿por qué nos ata así?, preguntó el marinero. Singular manera de demostrar su amistad.

— Sí, singular, pero cierta, porque no podeis desafiar el peligro con una loca resistencia á su voluntad.

Terencio y Harry comprendieron lo que queria

decir Colin, y la conducta del jefe habia querido impedirles que intercedieran é intervinieran en favor de las dos víctimas.

Durante esta conversacion de los náufragos se habia visto á Golah activamente ocupado en registrar el cargamento de un camello. El objeto de esta investigacion era encontrar dos azadas, que puso en manos de los esclavos, mandándoles hacer un grande agujero en la arena.

— Están haciendo una tumba para mí ó para esa pobre mujer, ó quizá para los dos, dijo Colin, observando el trabajo con calma.

Los otros dos náufragos participaban de la conviccion de su camarada, y se callaban.

Durante algun tiempo Golah no se ocupó más que de los preparativos de la partida.

Cuando los esclavos concluyeron de hacer una excavacion de cerca de seis piés de profundidad, el sheik les mandó hacer otra.

— Habrá dos víctimas, observó Colin.

— ¡Debia matarnos á los cuatro!, exclamó Terencio; somos unos cobardes que no hemos luchado por nuestra libertad.

— Sí, añadió Harry; locos y cobardes. No merecemos compasion en este mundo ni en el otro. Colin, amigo mio, si llega á verificarse contigo la desgracia que preveemos, juro vengarte á toda costa.

— Y yo juro lo mismo, añadió Terencio.

— No os preocupéis por mí, amigos míos, exclamó Colin, que era el más tranquilo de todos. Solamente os recomiendo que en cuanto podáis os libréis de ese mónstruo. Harry fijó su atención en Bill, que acababa de hacer seña á un esclavo para que le desatara las manos; pero el esclavo rehusó, temiendo sin duda ser visto de Golah.

La actitud de la pobre mujer amenazada por la venganza del jefe continuaba siendo tan resignada. Sus hijos la rodeaban llorando; los midshipmen, llenos de rabia y de vergüenza, guardaban un silencio fúnebre.

Fátima parecía triunfante.

El segundo agujero quedó abierto á poca distancia del primero y con la misma profundidad.

Durante este tiempo se habian plegado las tiendas y cargados los camellos, estando todo dispuesto para la partida.

Los dos guardianes tomaron su puesto delante de los cautivos blancos. Entónces Golah se acercó á la negra, que se separó de sus hijos y se acercó á su vez. Un silencio profundo reinaba en el campamento. ¿Iba á matarla? La incertidumbre no duró mucho.

Golah cogió á su mujer por los cabellos, la arrastró hácia una de las fosas, y la precipitó en ella; despues los esclavos recibieron orden de llenar el

agujero, dejando fuera la cabeza de la desgraciada.

—¡Dios tenga piedad de ella!, exclamó Terencio con horror. ¡Oh, el mónstruo la entierra viva! ¿No podemos salvarla?

—No somos hombres si no lo intentamos, dijo Harry poniéndose de pié.

Su ejemplo fué inmediatamente seguido por sus compañeros. Los esclavos apuntaron las escopetas sobre ellos, pero un gesto de Golah detuvo el disparo.

El hijo del sheik con órden de su padre corrió entónces á la fosa donde estaba la mujer, miéntras Golah se adelantaba hácia los amotinados. Estos fueron bien pronto reducidos á la obediencia, arrojándoles al suelo y atándolos sólidamente.

Hecha esta operacion, Golah se volvió hácia el agujero donde se hallaba la negra ya medio enterada. No habia intentado resistencia alguna, ni habia exhalado una queja; ántes al contrario parecia resignada. Su cabeza solamente salia de la tumba en que estaba condenada á morir de hambre. En el momento en que el sheik iba á alejarse, ella levantó los ojos y le dirigió algunas palabras, que no hicieron salir al bárbaro de su insensibilidad, pero que hicieron derramar lágrimas al krooman.

—¿Qué dice?, preguntó Colin.

—Le pide que sea bueno para sus hijos, contestó el krooman con voz temblorosa.

Golah abandonó á su mujer y se dirigió hácia Colin. Sus intenciones no eran ya dudosas: las dos personas que habian merecido su cólera iban á morir de la misma manera.

—¡Colin! ¡Colin! ¿Qué podemos hacer para salvar-te?, gritó Harry con desesperacion.

—Nada, contestó éste. No intenteis nada, porque sólo serviria para agravar la situacion. Dejadme sufrir mi suerte.

Despues de estas palabras, el jóven fué arrojado en la fosa, y sostenido en una posicion vertical por Golah, miéntras los esclavos la llenaban de arena.

Colin siguió el ejemplo de la negra; no hizo el menor movimiento de resistencia, ni profirió una queja. En pocos momentos se llenó la excavacion. Los compañeros del jóven estaban consternados.

El sheik se deslizó dispuesto á partir, y ordenó á un esclavo que montára en el camello que ocupaba la mujer enterrada para llevar á sus tres hijos.

Pero Golah se detuvo para poner en práctica una idea infame, digna de la mujer que le inspiraba; de Fátima.

Llenó un vaso de agua y le colocó entre las dos fosas, pero á una distancia en que era imposible tocarla á cualquiera de las dos víctimas. Al lado del vaso puso algunos higos. Esta idea satánica tenía

por objeto aumentar sus sufrimientos con la vista de lo que podia aliviarlos.

— ¡Vamos!, exclamó el feroz jefe al retirarse; aquí os dejo más alimento del que podeis consumir. ¿No soy clemente? Dios es grande, y Mahoma su profeta. ¿Qué podeis desear? ¡*Bismillah!* Dios es grande, y yo soy Golah, el bueno, el justo.

Y terminadas estas palabras dió la órden de partida.

—Resistámonos á partir, dijo Terencio; todavía podemos darle que hacer.

—Eso es, contestó Harry; no partiremos; no podemos dejar á Colin así. El sheik es demasiado avaro y no matará sus esclavos. No te muevas, Bill, y quizá podamos salvar á Colin.

—Haré lo que decis, añadió el marinero; pero creo que no sirve de nada. Golah tiene un buen medio de hacer marchar á las gentes, que quieran ó no; yo sé algo de eso.

Todos se pusieron en camino, excepto los tres cautivos blancos y las dos víctimas de Golah.

—Animo, muchacho, dijo Bill á Colin.

—Partid, partid, contestó el jóven; no me salvaréis, y os perdereis vosotros quizá.

Golah habia subido sobre su camello y tomado la cabeza de la caravana, cuando los esclavos fueron á advertirle que los cautivos blancos rehusaban marchar.

El sheik volvió atrás el camello con gran furor, y arrojándose sobre Terencio, que estaba más cerca, le dió tanto culatazo, que pronto cambió el blanco de su camisa en rojo fuerte de sangre.

—Levantaos; obedeced, gritó Colin. Por amor de Dios, id y dejadme. No podeis hacer nada para salvarme.

Ni las súplicas de Colin, ni los golpes de Golah pudieron decidir á los midshipmen á abandonar á su camarada.

El sheik se lanzó en seguida sobre Bill y sobre Harry, cogiéndolos á ambos y arrojándolos á tierra al lado de Terencio. Entónces envió á buscar un camello, y la órden fué prontamente ejecutada.

—Nos va á obligar á marchar á la fuerza, dijo Bill. Hé aquí el medio que tan buen resultado le dió conmigo el otro día. Nos ata al camello y tenemos que marchar al paso del animal.

Miéntas Golah ataba las manos de Harry, la voz penetrante de Fátima llamó su atencion. Las dos mujeres, que conducian los camellos cargados del botin del naufragio, habian avanzado unas doscientas yardas del sitio en que el amo se encontraba, y de pronto se vieron rodeadas, lo mismo que los esclavos negros, de una banda de hombres montados en meharís y en camellos.

62

XII.

El ataque de los árabes.—¡Todavía prisioneros!—
Una mujer infiel.—El jefe esclavo.—Dos mujeres
fieles.—La hospitalidad.

No sin razón había abrigado Golah un gran temor por la presencia de los árabes encontrados cerca del pozo.

Al aperebirse del ataque, Golah cogió su mosqueete, y abandonando á sus cautivos se dirigió, seguido de su hijo y de su cuñado, hácia los agresores, con objeto de defender á sus mujeres.

Era demasiado tarde. Cuando llegó, mujeres, esclavos y botín estaban ya en poder del enemigo. Una docena de escopetas le recibieron y le intimaron en nombre del Profeta que se acercára en paz.

Golah tuvo la prudencia de ceder.

Después de haber dicho con calma «es la voluntad de Dios», se sentó, é invitó á los vencedores á que le dijeran los términos de la capitulación.

Al ver la caravana cogida por los ladrones, el krooman se hizo desatar las manos por sus compañeros, y corrió al socorro de los esclavos blancos.

— Golah no es ya nuestro amo, dijo desatando á Harry.

Los midshipmen, libres de sus ligaduras, se dedicaron á desenterrar á Colin y á la negra. Para ello Harry necesitaba emplear la vasija de agua que el jefe habia dejado como tortura á sus víctimas.

— Vamos, bebe este agua, le dijo presentando la vasija á los labios de Colin; necesito el envase.

— No, no, sacadme de aqui ante todo, contestó el irlandés. Dejad el agua intacta; tengo un proyecto. Cuando esté libre quiero que el viejo sheik me la vea beber.

Bill, Harry y el krooman se pusieron á la obra, y Colin y la negra fueron prontamente salvados. Sacóse á Terencio del estupor en que se hallaba, echándole algunas gotas de agua en la cara. Colin tenía los miembros entumecidos por consecuencia de la posicion en que habia estado algun tiempo; pero esto no duró mucho.

El júbilo de la madre al abrazar á su hijo fué tan conmovedor, que los ojos del krooman se llenaron de lágrimas.

La conferencia de Golah con los árabes no terminaba. Estos le ofrecian dos camellos y una de sus tres mujeres, á su eleccion, con la expresa condicion de que habia de regresar á su país, prometiendo no volver más al desierto.

El sheik negro rehusó estas condiciones con cólera, y declaró que moriría por defender sus derechos.

Golah era un negro de pura sangre, y pertenecía á la clase de los traficantes, la más detestada por los árabes. Para éstos era un intruso, y violaba su dominio, el gran desierto. Su fortuna se habia hecho recogiendo el botin y los náufragos arrojados á la costa; y los ladrones habian resuelto no dejársela llevar á su país. Le acusaban de no obrar con lealtad y de no haber ido nunca al desierto con mercancías para cambiar, sino solamente con camellos que llevaba á su país cargados con objetos tomados en territorio que no le pertenecía.

Le acusaron despues de no ser un verdadero creyente, y declararon que el jefe negro debia considerarse muy dichoso con las condiciones que le otorgaban.

Golah se negó de nuevo, pero de una manera tan marcada y absoluta, que los ladrones creyeron conveniente desarmarle y atarle, aunque no lo consiguieron sin una violenta resistencia de parte del negro, que tuvo la satisfaccion de derribar á varios de sus adversarios. Por último, un culatazo le hizo ceder, y pudieron atarle los brazos.

Durante esta lucha los esclavos negros impidieron al hijo de Golah que le prestára socorros. El

cuñado y Fátima eran espectadores impassibles de aquella escena.

Una vez Golah preso, los esclavos se acercaron voluntariamente á sus amos. Colin, que llevaba en una mano la vasija de agua y en otra el puñado de higos, se acercó á Golah, y enseñándole ambas cosas con una mirada que parecia decir « muchas gracias, » se puso á comer y beber delante de él.

Las miradas del sheik fueron satánicas; pero una expresion de placer se dibujó en su fisonomía cuando un árabe arrancó vivamente el vaso de las manos de Colin y le vació de un trago. Colin no dijo una palabra.

Los árabes empezaron en seguida sus preparativos de partida. La primera medida que se tomó fué atar á Golah con una cuerda detrás de uno de los camellos. El gigante negro se vió de este modo obligado á viajar de la misma manera empleada por él para obligar á Bill á obedecerle.

Sus mujeres y sus esclavos comprendieron al instante el cambio que se habia operado, y se prestaron fácilmente á las circunstancias.

Pero la actitud de Fátima era la más notable. Desde la captura de su señor y amo habia permanecido alejado de él, sin mostrar la más ligera simpatía por su desgracia. Sus miradas parecian decir: « Su Alteza Golah ha caido, y no es digno ya de mi encantadora persona. »

La conducta de la mujer condenada por el negro á morir enterrada era muy diferente. La desgracia de su marido parecia reavivar su amor hácia él, y le miraba con dolor y compasion.

Los esclavos blancos, aunque iban hambrientos, moribundos de sed, estropeados y hasta ensangrentados, se consideraban dichosos al comparar su suerte presente á la que les esperaba una hora ántes.

Exceptuando, pues, á Golah, los árabes no tuvieron dificultad alguna con sus cautivos; los blancos y los negros sabian que viajaban en direccion al pozo, y la expectativa de saciar la sed era un estímulo poderoso para hacerles seguir de cerca á los camellos.

Por la noche temprano se hizo una parada y se repartió á cada cual una parte de agua. La vecindad al pozo hacia generosos á los árabes. Uno sólo rehusó con desden tomar parte en la distribucion: ¡era Golah! Aceptar comida y bebida de sus enemigos cuando él se hallaba en una posicion tan humillante, atado y tratado como un esclavo, era una degradacion á la cual el negro no queria someterse.

El árabe que le presentó el agua, al ver que la rehusaba, se contentó con decir: «Dios sea loado», y se la bebió de un trago.

Llegaron al pozo una hora despues de la media

noche, y cuando hubieron saciado la sed, los esclavos tomaron algun descanso, de que tenian tanta necesidad, despues de haber permanecido de pié y caminando cerca de treinta horas.

Al despertar por la mañana los náufragos supieron por el krooman que tenian un dia entero de parada. Tambien supieron que se mataria un camello para el alimento.

Los árabes se proponian distribuir entre sí los esclavos cogidos á Golah.

— ¡Qué desgracia, dijo Bill, que no hayamos sido capturados hace dos dias ántes de abandonar el pozo, y nos hubiéramos ahorrado muchos sufrimientos! ¿Por qué los árabes no nos atacarían entónces?

— Por la costumbre, contestó el krooman.

Esta contestacion no satisfizo completamente la curiosidad del marinero, que insistió para tener otra explicacion.

El krooman le dijo entónces que los ladrones del desierto estaban frecuentemente expuestos á encontrarse caravanas en los sitios en que hay agua, y que todo acto de violencia cometido allí producía á sus autores el desprecio y la enemistad de todos los viajeros del desierto. Para hacerse comprender mejor añadió, que si una caravana de cien árabes llegaba en aquel momento al pozo, y uno de ellos no queria tomar la defensa de Golah, se le consideraba

desde luégo como esclavo. Por el contrario, si la caravana entera entraba en lucha con los ladrones, todos tenían derecho á entrar en participacion.

Antes de distribuir el nuevo botin los árabes tenían que tomar alguna determinacion con el sheik. Este continuaba mostrándose indomable, y tenía centinelas de vista.

Los árabes no podían ponerse de acuerdo sobre la conducta que debían observar con él. Algunos creían que, á pesar del color de su piel, era quizá un verdadero creyente, y que á pesar de su manera de traficar y aumentar su fortuna, sistema casi tan deshonesto como el suyo, tenía derecho á la libertad y á cierta porcion de sus bienes.

Otros sostenían que podían hacer esclavos del jefe negro y de su numerosa familia; que no era árabe etíope, como la mayor parte de los hombres de sus costumbres, y que como esclavo debía valer un gran precio en todos los mercados.

Sin embargo, los que razonaban así estaban en minoría, y concluyóse por ofrecer á Golah sus mujeres y sus hijos, con varias cimitarras, y dos camellos.

El sheik negro rehusó este ofrecimiento con indignacion, causando gran sorpresa en los que habían tomado su defensa.

Esta resolucion produjo otro debate que terminó poniéndose en esclavitud á Golah.

Todo lo que éste poseía á consecuencia del naufragio fué puesto en venta. Examináronse los esclavos y todo lo que pertenecía á Golah, y despues se procedió á la distribucion, la cual fué causa de largas y animadas disputas. El dia se pasó en discusiones de este género.

El krooman, que entendia la lengua del desierto, estaba atento á todo lo que pasaba, y de vez en cuando se informaba de la situacion de los esclavos blancos. De este modo supo que cada uno de ellos iba á pertenecer á diferentes amos.

—Vos y yo, dijo á Harry, tendremos un mismo amo.

La confirmacion de estas palabras no se hizo esperar. Los esclavos fueron separados para entregarlos á los nuevos propietarios.

Hecha la distribucion de los esclavos, camellos y tiendas entre los once árabes, cada uno de éstos tomó lo que le correspondia, y no quedaba más que Golah, sus mujeres y sus hijos. Nádíe parecia desear la posesion del sheik, ni áun los que habian reconocido su alto precio en los mercados.

Lo cierto es que Golah causaba temor á todos y era muy difícil de conducir. Nádíe queria un hombre que rehusaba beber y comer, maldecia á sus vencedores, llamaba sobre ellos la venganza de Mahoma, y juraba por las barbas del profeta, que en

cuanto se viera libre mataría á todos los que se atrevieran á reclamarle como esclavo.

Decidióse que se intentaría venderle á cualquiera tribu con sus mujeres y sus hijos, y el dinero sería repartido. Este arreglo pareció satisfacer á todos, excepto á Golah que se mostraba ménos dispuesto que ántes á ceder á las circunstancias; pero llamó á Fátima y le mandó que le llevara agua.

La favorita rehusó con el pretexto de que se le habia prohibido darle nada. Y era verdad. Sus amos, despues de ofrecerle su parte de alimento, habian resuelto someterle por el hambre.

La desobediencia de Fátima causó á Golah una gran impresion; siempre acostumbrado á ser obedecido ligeramente, parecia volverse loco cuando su favorita resistió sus órdenes.

Fátima era una mujer astuta y egoista, que habia adquirido influencia sobre él adulando su vanidad y afectando un amor que nunca habia sentido.

Entónces fué cuando comprendió Golah que se hallaba cautivo; la mujer que le habia atestiguado siempre tanta obediencia y afecion rehusaba hacerle un servicio.

Despues de esfuerzos violentos y tentativas inútiles para romper sus ligaduras, Golah quedó inmóvil sin pronunciar una palabra.

El krooman no habia cesado de observarle.

—Morirá pronto, exclamó; no puede resistir la esclavitud.

Mientras Golah parecía petrificado por la traicion de Fátima, sus otras dos mujeres se acercaban hácia él; la que habia sido enterrada en la arena llevaba una calabaza llena de agua; la otra un plato de *saugleh*.

Uno de los árabes al ver la intencion de las mujeres, corrió hácia ellas y las mandó retirarse á sus tiendas; ellas persistieron en su proyecto, pero el árabe, para evitar violencias, les propuso que él mismo le serviría el agua y el alimento. Las mujeres consintieron; pero cuando la calabaza fué presentada á Golah por el árabe, rehusó de nuevo. El sheik negro no queria recibir nada de la mano de un amo.

El árabe comió el *saugleh*, vertió el agua en una vasija de cuero, y devolvió las dos calabazas vacías á las mujeres.

Ni el hambre ni la sed abrasadora podian distraer á Golah de sus siniestros pensamientos. Las dos mujeres fieles se adelantaron de nuevo con agua y *saugleh*, pero el árabe les impidió otra vez acercarse á su marido. Despues de haber intentado inútilmente franquear el paso, pidieron socorro á los jóvenes parientes del jefe; pero únicamente el hijo de Golah respondió á sus súplicas.

La buena voluntad del joven fué interceptada

por el árabe que le reclamó como su esclavo, mandándole permanecer tranquilo. El hijo de Golah no obedeció, y el árabe se vió obligado á emplear la fuerza. Aun así el jóven resistió, usando violencia contra su amo; crimen que merece la muerte, segun la ley del desierto. Sacado de su estupor por el ruido, Golah observó la inutilidad de la resistencia de su hijo, y le mandó obedecer y permanecer tranquilo. Pero el jóven continuó resistiendo á su amo, y ya iba á ser muerto por éste, cuando el krooman se adelantó y pronunció dos palabras árabes, que significan «padre é hijo». El árabe se detuvo porque comprendió los sentimientos del jóven, pero para impedir otra tentativa de su parte, le hizo amarrar y echar en el suelo al lado del sheik. Las dos mujeres tambien fueron amarradas y encerradas en la tienda.

Fátima habia presenciado esta escena; pero en vez de demostrar simpatía parecia muy divertida con lo que pasaba.

Esta conducta levantó una nueva indignacion en el viejo negro, que olvidó por un momento sus sufrimientos y su humillacion ante la amargura de verse despreciado y abandonado por la mujer á quien más habia amado. Este dolor le predispuso casi á ceder.

—El viejo Golah parece muy abatido, dijo Terencio; á no ser por los golpes que me dió el otro dia, creo que le tendria compasion. Cuando me pegaba

con la culata de su escopeta, juré que apenas mis manos estuviesen libres las emplearía en matarle; pero ahora, sin embargo, no tengo corazon para tocarle.

— Teneis razon, dijo Bill; no arrojemos al agua al que ya esta ahogado. Sin embargo, creo que aún ha de dar que hacer ántes que el diablo se lo lleve. Pero el que está allá arriba no necesita que nádie se mezcle en su obra.

— Creo, dijo Harry, que Golah es tan desgraciado como nosotros.

— ¿Qué dices?, replicó Colin. ¿Golah como nosotros? Nada de eso. Tiene más energía, más fuerza de voluntad, más corazon que todos tres reunidos.

— Su intento de hacerte morir de hambre ¿era una prueba de corazon?, preguntó Harry.

— No, pero es preciso partir de la base de su educacion bárbara. Sin acordarme de eso, mi admiracion hácia él es muy grande. ¿No le habeis visto cómo ha rehusado el agua que se le ha ofrecido varias veces?

— Hay algo sorprendente en él, es verdad, añadió Harry; pero no veo nada digno de admiracion.

— Ni yo tampoco, exclamó Bill. Golah pudiera estar ahora lo mismo que nosotros, y yo creo que un hombre está loco si no se hace dichoso cuando puede.

— Lo que llamas locura , continuó Colin , no es más que un noble orgullo , que le hace superior á nosotros todos ; él tiene bastante fuerza de voluntad para no someterse á la esclavitud , y nosotros no la tenemos.

En aquel momento el krooman llamó la atención de los jóvenes sobre el sheik cautivo.

— ¡ Mirad , exclamó ! Golah no permanecerá mucho tiempo en el desierto de Sahara sin que le veais morir muy pronto : observad.

El sheik negro acababa de levantarse , invitando á su amo á conferenciar con él.

— No hay más que un Dios , dijo ; Mahoma es su profeta , y yo soy su servidor. Yo no seré nunca esclavo. Dadme una mujer , un camello y mi cimitarra , y partiré. He sido robado ; pero Dios es grande , y esta su voluntad.

Golah habia cedido al fin , no por escapar á los sufrimientos del hambre y de la sed ; no por temor á la esclavitud ó á la muerte ; no porque su orgullo estuviera vencido , sino obedeciendo á un sentimiento más fuerte en él que todo eso ; el deseo de venganza. El sheik árabe consultó con sus hombres ; el trabajo que les daba su cautivo rebelde ; la dificultad de disponer de él , y la creencia de que era un buen musulman , eran argumentos en favor de su demanda. Decidióse devolverle su libertad , con la condicion de que

partiria inmediatamente. Golah consintió, y se le desataron las manos. Durante este tiempo el krooman se acercó al amo de Colin y le advirtió que vigilase á su esclavo hasta la partida del sheik.

Este aviso era inútil porque Golah tenía en su cabeza ideas más serias que su antigua animosidad contra el escocés.

— Soy libre, dijo Golah cuando tuvo desatadas las manos; somos iguales y musulmanes; reclamo vuestra hospitalidad; dadme de beber y de comer.

Adelantóse hácia el pozo, apagó su sed, y aceptó un trozo de camello asado. Miétras bebía, Fátima parecia consternada; le habia creído condenado á una vida de esclavitud, y en este concepto habia obrado.

La favorita se deslizó cerca del jefe árabe y le suplicó que la separase de su marido; pero la única respuesta que obtuvo fué que Golah se llevaria de sus tres mujeres la que eligiera, porque él, el sheik y sus compañeros, eran hombres de honor y no faltarian á su palabra.

Un odre lleno de agua, un poco de cebada para hacer *saugleh* y otras provisiones fueron colocadas en el camello destinado á Golah.

El sheik negro dirigió entónces algunas palabras á su hijo, llamó á Fátima y le ordenó que le siguiera.

La favorita habia quedado consternada. En vez

de mandar á las otras dos mujeres como acostumbraba, les suplicó encarecidamente que cuidasen de su hijo, y partió con su marido.

XIII.

Traicion y robo.—El cuerpo de Fátima.—Una nueva traicion.—Temor y ansiedad.—La venganza.

Al amanecer del dia que siguió á la partida de Golah, una noticia se extendió rápidamente por el aduar, causando gran sorpresa y terror.

El hombre que habia vigilado durante la noche habia desaparecido; uno de los mejores camellos, un caballo y dos escopetas faltaban tambien.

Los árabes reunieron inmediatamente los esclavos para contarlos, pero en vano se buscó al hijo de Golah. Su ausencia explicaba el robo, pero ¿qué se habia hecho del árabe encargado de hacer centinela? De seguro no habia huido con el nuevo esclavo; era rico y habia dejado en el campo todo lo que poseia.

No se trataba de perder el tiempo en congeturas, sino de obrar. Cuatro hombres se pusieron en busca de los ausentes. Suponíase que el hijo de Golah habia tomado al huir la direccion del Sur.

En contra de todas las suposiciones las huellas de los animales se encontraron hácia el Noroeste, y á cerca de doscientas yardas del campo se vió un objeto negro en el suelo. Despues de examinarlo se reconoció al árabe de guardia, y á su lado se encontró la escopeta. Adivinábase ya lo que habia pasado.

Sin duda alguna el esclavo habia ido á reunirse á su padre, y la manera con que lo habia realizado excitaba no sólo la sorpresa, sino la admiracion de los robados.

En la distribucion de los esclavos, Harry y el krooman habian correspondido al sheik. El africano, gracias á su conocimiento de la lengua árabe, ganó bien pronto el favor de su amo.

Miéntras se discutian las medidas que habia que tomar para vengar la muerte del centinela y recuperar los animales y las armas robadas, el krooman, que habia estudiado el carácter de Golah, ofreció dar su opinion, y dijo; mostrando al Norte, que por aquellado se encontrarían ciertamente las huellas de Golah.

— Pero ¿por qué su hijo no ha seguido el mismo camino?, preguntó uno de los hombres, designando las huellas que habia dejado el caballo robado y que se veían al Noroeste.

— Si vais al Norte, replicó el krooman, podeis estar seguro de encontrar á Golah, y si permanecéis aquí también tendreis noticias suyas.

—¡Cómo! No puede estar en dos sitios á la vez y aquí al mismo tiempo.

—No, pero os seguirá; esto es lo que queria deciros.

Los árabes creian que encontrarían mejor el caballo y el camello robados en la direccion que llevaban, y continuaron su camino.

Comprendieron, aunque tarde, cuán imprudente habia sido la conducta que observaron con Golah, el cual, probablemente, estaria ya fuera de su alcance, así como su hijo, que ya se le habria reunido. Era un enemigo contra el cual debian estar constantemente en guardia. Bajo la impresion de esta idea el viejo sheik juró por las barbas del profeta que no volveria á hacer gracia á nadie. Durante una hora fueron observando las huellas del camello, pero gradualmente fueron ménos distintas, hasta que desaparecieron. Una brisa bastante fuerte se habia levantado y el movimiento de la arena las habia borrado. Sin embargo, poco tiempo despues tuvieron una nueva prueba de que seguian el buen camino. El viejo sheik, que marchaba á la cabeza, mirando á su derecha, vió sobre la arena un objeto que excitó su curiosidad. Apresuró el paso de su camello, y seguido de la caravana llegó al sitio observado.

Era un cuerpo humano. La cara estaba vuelta hácia el cielo. Era el cadáver de Fátima. La cabeza de la desgraciada estaba separada del tronco.

Este fúnebre espectáculo enseñó á la caravana que Golah , despues de haber abandonado la direccion del Sur , habia desandado el camino y no debia encontrarse lejos. Vagaba sin duda alguna alrededor del camino que él creia debian seguir sus enemigos.

Al alejarse con su marido Fátima habia sin duda presentido la muerte que le esperaba , y por esta razon habia confiado sus hijos á los cuidados de las otras mujeres. Estas no manifestaron sorpresa á la vista del cadáver de Fátima ; las dos esperaban este fin de la favorita.

La caravana hizo una corta parada, que aprovecharon las mujeres para enterrar el cadáver.

El cuñado de Golah , que de hombre libre habia pasado á esclavo , no mostraba ningun disgusto por su cambio de posicion , y poniendo mucho cuidado en ser útil á sus nuevos amos , se dedicaba con afan á la tarea de descargar los camellos , levantar las tiendas y establecer el campamento.

Miéntas que los demas esclavos comian su pobre racion de *saugleh*, uno de los meharis, de los que habian pertenecido á Golah , se separó un poco del aduar. El cuñado del sheik negro corrió hácia el animal con el pretexto de hacerle regresar , pero no se tardó en conocer que llevaba otro objeto. Arrojóse con precipitacion sobre el camello , y lanzando un

grito, el fiel é inteligente animal, acostumbrado al sonido de su voz, partió rápidamente en direccion al Norte, y pronto se encontró lejos del campo. Este incidente causó una grande agitacion en el aduar, pero se temia tan poco de esta huida que ninguno de los árabes se cuidó de perseguir al fugitivo. Los tiros que se le dispararon no le alcanzaron, y sólo produjeron el efecto de acelerar la carrera del meharí.

Los árabes robados, el uno en su esclavo y el otro en su camello, se dispusieron á buscar el fugitivo, y esperaban encontrarle; sin embargo, las nieblas hacian la empresa bastante dificil.

Todo el campamento estaba sobre las armas. Despues de la partida de los que perseguian á los fugitivos, el sheik hizo reunir á los esclavos, y juró por las barbas del profeta que iba á matarlos á todos, empezando por los que le pertenecian, que eran Harry Blount y el krooman. Otros árabes se mostraban tambien muy irritados; el amo de Bill se desahogó pegándole, hasta que el marinero agotó todas las maldiciones de su vocabulario políglota.

Cuando el viejo sheik se calmó un poco tomó una gran cuerda de cuero, y declaró que iba á atar sus esclavos, y que los tendria así mientras fueran de su propiedad.

— Habladle, dijo Harry al krooman; decidle en su

lengua que Dios es grande, y que él es loco. Nosotros no tenemos el menor deseo de huir, y no pensamos en ello siquiera por ahora.

El krooman explicó al sheik, que ni los esclavos blancos, ni él, que habia servido en buques ingleses, pensaban en huir; su deseo era ser llevados hácia el Norte, donde podrian ser rescatados. No eran tan locos que pensáran huir de la caravana en un sitio donde abandonados á sí mismos moririan de hambre sin remedio. El krooman añadió, que estaban muy contentos con haber salido de las manos de Golah, el cual queria llevarlos á Tembuctoo, donde hubieran concluido toda su vida en la esclavitud. Miétras el krooman hablaba al sheik, los otros árabes se aproximaron y escucharon su conversacion. El negro les hizo saber que los esclavos blancos tenian amigos en Agader, en Swerah, en Santa Cruz y en Mogador, los cuales pagarian fuertes rescates por ellos. ¿Por qué habian de pensar en huir, si estaban en camino para las ciudades en que residian sus amigos? El krooman añadió todavía que el jóven que acababa de huir era cuñado de Golah, el cual, al contrario de ellos, yendo al Norte no podia esperar más que una esclavitud perpétua, y por esta razon sin duda habia querido reunirse á Golah y á su hijo.

Esta explicacion pareció tan razonable á los árabes, que todos los temores desaparecieron. Como

medida de prudencia, sin embargo, quedaron dos hombres vigilando el aduar durante la noche; pero la tranquilidad no se turbó, y llegó el día sin que los hombres que habian salido en persecucion del astuto fugitivo hubiesen vuelto. —

La distancia á que se encontraba la más próxima fuente de agua era muy grande para que pudiera pensarse en prolongar mucho la parada. La caravana, pues, se puso en marcha con la esperanza de encontrar en el camino á los dos ausentes.

El viejo sheik marchaba delante y examinaba el horizonte por todos lados. A cerca de dos millas del último campamento se dirigió de repente hácia un sitio que acababa de llamar su atencion; la caravana le siguió, á excepcion de las mujeres y los niños.

Los dos árabes que habian salido la víspera en persecucion del esclavo estaban tendidos uno al lado del otro, pero muertos; el uno por una bala, y el otro dividido por cimitarra. El fugitivo se habia reunido sin duda á Golah y su hijo, y entre los tres habian cometido las muertes. Los tres estaban bien montados y bien armados.

La cólera de los árabes no tuvo límites. Volvieron hácia las dos mujeres, esposas de Golah; pero éstas se arrojaron á sus piés pidiendo gracia. Querian matarlas; pero el viejo sheik, á pesar de su fu-

ror, se interpuso diciendo que ellas no eran responsables de los actos de su marido.

Los náufragos veían con sentimiento esta nueva desgracia ocurrida á los árabes, porque no podían pensar sin temor en la vuelta de Golah victorioso.

— Caeremos otra vez en sus manos, exclamó Terencio. Uno despues de otro matará á todos los árabes, recogerá lo que ha perdido ¡y nos llevará á Tembuctoo!

— Y lo habremos merecido, dijo Harry; si sucede tendremos en parte la culpa.

A la cólera de los árabes habia sucedido la inquietud. Sabían que el enemigo vagaba alrededor de ellos; era un enemigo de que ellos tenían que acusarse. Enterraron los cuerpos de sus compañeros, y continuaron su viaje hácia el Sur.

Los esclavos empezaban á sufrir hambre y sed, y la carrera que tenían que dar para seguir á los camellos les quitó las pocas fuerzas que les habia dado la parada anterior.

Al dia siguiente al en que se habia enterrado á los árabes, los náufragos declararon, uno despues de otro, que no podían ir más lejos; pero se equivocaban; ignoraban que el amor á la vida puede dar ánimo.

Al ponerse el sol se arrastraban trabajosamente en la arena levantada por una tempestad reciente, y era

tal la fatiga que ocasionaba este suelo móvil, que los árabes tuvieron piedad de ellos é hicieron una parada bastante temprano. Dos hombres fueron designados para guardar el campo como la noche precedente. Los náufragos, estropeados como estaban por el camino, cayeron en un profundo sueño. Alrededor de ellos y medio enterrados en la arena mojada dormian los árabes.

El descanso no se turbó ántes de esa hora, la más sombría de la noche, que precede al alba. Entónces se despertaron bruscamente al ruido de un tiro; á esta detonacion sucedió otra en direccion opuesta. Todo el aduar se puso en pié en seguida.

Los árabes cogieron sus armas y se precipitaron fuera de las tiendas. Uno de ellos se lanzó hácia el lado en que sonó el primer disparo, y viendo llegar sobre él un individuo á quien creyó un agresor, hizo fuego y mató á uno de los hombres encargados de vigilar el aduar durante la noche. El otro fué encontrado bañado en su sangre; no se pudo descubrir al enemigo; habia desaparecido. Muchos árabes hubieran querido ir en su busca; pero el sheik lo impidió, ordenándoles, por el contrario, que se reunieran alrededor de él.

Los dos heridos fueron llevados á una tienda. El que lo habia sido por uno de sus compañeros respiraba todavía, pero no tardó en exhalar el último

α suspiro. El otro tenía la espina dorsal atravesada; toda esperanza de curacion era inútil.

No tardó mucho en amanecer, y entónces se vió cómo el enemigo habia podido aproximarse tanto al campo sin ser observado.

Cerca de cien pasos del campamento habia una especie de barranco formado en la arena mojada. Este barranco se dividia en otros dos ménos profundos, que comprendian en su ángulo el campamento árabe y los centinelas que le guardaban.

Los asesinos se habian metido en esas zanjas cada uno por su lado, y así habian podido llegar cerca de los centinelas sin ser vistos.

En el fondo de uno de esos pozos, donde la arena estaba más compacta, se observó la huella de piés humanos; huella producida por alguno que habia saltado del barranco.

—Es la huella de Golah, dijo el krooman á Harry, despues de haberla examinado; y es su huella al huir despues de haber hecho fuego.

—Es probable; contestó Harry; pero ¿cómo cono-
ceis que este pié es el de nuestro antiguo amo?

—Porque los piés de Golah son los más grandes que hay en el mundo, y solamente los suyos pueden haber dejado semejantes huellas.

—Lo repito, dijo Terencio al escuchar estas pala-
bras: nos veremos obligados á seguir á Golah á

Tembuctoo. Ya casi le pertenecemos; los árabes serán muertos por él uno despues de otro.

Harry no contestó; la prediccion de su compañero le parecia bastante probable.

De los once hombres que componian la caravana de los árabes, cuatro habian sido muertos, y otro se estaba muriendo.

Bill declaró que Golah, su hijo y su cuñado darian fácilmente cuenta de los seis que restaban, porque el negro sólo valia por cuatro en fuerza, astucia y energía.

—Pero nosotros estamos aquí para apoyar á los árabes, y valemos algo.

— Sí, como mercancías, contestó Harry; pero solamente bajo ese punto de vista. Hemos sido hasta el presente tan incapaces de protegernos como los niños entre sí. ¿Qué hemos de hacer? La superioridad tan decantada de nuestra nacion no es verdad aquí en el desierto, ó nosotros estamos fuera de nuestro elemento.

— Es cierto!, exclamó Bill; pero no estamos lejos: que me cuelguen si no siento el olor de agua salada. ¡Por John! si continuamos marchando hácia el Oeste, ya vereis el mar ántes de la noche.

Durante este tiempo los árabes se consultaron sobre el partido que debian tomar. Dividir el campo y enviar un destacamento en persecucion del ene-

migo era mala táctica, porque ni de un lado ni de otro tendrían bastante fuerza para atacarle. En la unión solamente podían encontrar la fuerza.

Las huellas marcadas en la arena continuaban durante una milla en la dirección que ellos querían seguir. Las señales de los caballos y de los camellos eran igualmente visibles; evidentemente el enemigo había tomado el camino del Oeste.

Quizá hubieran podido evitar un encuentro con Golah yendo hacia el Este; pero por su conocimiento del desierto sabían que no podían encontrar agua por aquel lado sino después de cinco jornadas.

Por otra parte, ellos no deseaban evitar á Golah; tenían sed de venganza, y estaban impacientes por ponerse en camino, porque debían pasar uno ó dos días ántes de llegar al pozo más próximo.

Terminados todos los preparativos de la partida amenazaba retenerles un obstáculo; el compañero herido respiraba todavía. Se conocía que no podía vivir mucho tiempo; la parte inferior de su cuerpo estaba ya fría; algunas horas solamente le quedaban de sufrir; pero sus camaradas parecían que no querían esperar su último suspiro.

Abrieron un agujero en la arena cerca del moribundo, lo cual fué obra de algunos minutos; y dispuesta ya la fosa, todos los ojos se volvieron hacia el agonizante.

— ¡*Bismillah!*!, exclamó el viejo sheik, ¿por qué no morís, caro amigo? Estamos esperando que se realice vuestro destino.

—Esto es hecho, murmuró el herido.

El sheik puso una de sus manos en el pecho del herido.

—Sí, dijo: las palabras de nuestro camarada son ciertas: no hay más que esperar.

El hombre fué entónces colocado en la fosa, y empezaron á cubrirle de arena.

Miéntras que se llenaba la tumba, se oyó un gemido, y las manos del herido salieron por entre la arena; pero sus movimientos no fueron vistos de nádie, ó al ménos así lo afectaron, y sus gemidos tampoco fueron oídos.

Llena la fosa, la caravana se puso en marcha por órden del sheik.

XIV.

La mar.—La guardia de noche.—Una visita de Golah.—Un árabe ménos.—Huida de dos mujeres.—¡Fuego!

Las congeturas de Bill eran acertadas. Por la tarde de aquel mismo dia los náufragos vieron ocultarse el

sol tras un horizonte brillante, que no era el de la llanura de arena en que se arrastraban tanto tiempo. Esta aparicion lejana de su elemento favorito dió una profunda alegría al viejo marinero.

— ¡Es la patria!, exclamó. No seremos enterrados en la arena. Yo no quiero perder de vista mi elemento; yo quiero morir en el mar como un cristiano.

Los midshipmen se manifestaban tan gozosos como Bill. Sin embargo, el mar estaba todavía muy lejos para llegar ántes de la noche, y se levantó el aduar á cinco millas de la costa.

Durante la noche tres árabes permanecieron constantemente de centinela, y al día siguiente emprendióse de nuevo el camino, unos con la esperanza y otros con el temor de que Golah no apareciera más.

Los árabes deseaban encontrarle durante el día, esperando recobrar los animales perdidos; y segun todas las apariencias tenian esperanzas de que se realizase su deseo. No habia más que un sólo sitio en dos dias de marcha donde se pudiese encontrar agua, y si ellos llegaban á él ántes que Golah podrian esperarle, porque era evidente que el sheik negro tendría que acudir allí para que sus animales no muriesen de sed.

Al medio día se hizo alto no lejos de la orilla, pero la parada fué muy corta porque el viejo sheik estaba deseando llegar cuanto ántes al pozo. Este

descanso fué bien empleado por los midshipmen para reunir conchas y almejas y tomar un baño.

Refrescados así los náufragos pudieron marchar con más facilidad, y llegó la caravana al pozo una hora ántes de ponerse el sol.

El viejo sheik y otro árabe habian tenido la precaucion de echar pié á tierra á fin de examinar las huellas de los que pudieran haber ido á aquel sitio ántes que ellos. El exámen les dejó desanimados: Golah habia pasado ya. No se podia dudar de ello, y apenas habrian pasado dos horas porque las señales estaban frescas. El sheik negro no estaba, pues, lejos, y esperaba sin duda la ocasion de hacer una segunda visita nocturna á sus enemigos.

Los árabes en vista de esto dudaban sobre lo que debian hacer. Unos creian que debian permanecer en el pozo algunos dias hasta que la provision de agua que hubiese hecho el enemigo estuviera agotada; entónces Golah se veria obligado á volver al pozo. La idea era buena, pero desgraciadamente las provisiones no permitian una parada tan larga, y se resolvió partir inmediatamente.

Al levantar el campamento llegó una caravana de mercaderes procedentes del Sur, y el viejo sheik les preguntó si habian encontrado á alguien en el camino. Los mercaderes contestaron que tres hombres que viajaban hácia el Sur les habian comprado provisiones.

¿Sería posible que Golah hubiera renunciado á vengarse? No parecia probable.

El viejo sheik declaró que los bienes de los que habian perecido serian repartidos entre los supervivientes, y despues de esto la kafilá se puso en camino.

Despues de una marcha bastante corta se hizo alto, y los esclavos tuvieron permiso para recoger almejas. La mayoría de los árabes creia que el sheik negro habia partido por último para su país, satisfecho de la venganza que habia tomado; por lo cual no era necesaria la vigilancia nocturna.

El krooman no participaba de esta opinion, é hizo todo lo que pudo para persuadir á los árabes de que aquella noche estaban tan expuestos como las anteriores á una visita del enemigo. Fundaba su opinion en que si Golah habia formado el proyecto de destruirlos cuando estaba sólo, no abandonaria este deseo despues de haber muerto cerca de la mitad de los árabes y haber recibido el refuerzo de dos compañeros temibles.

— Decid á los árabes, dijo Harry, que si ellos no quieren vigilar, nosotros nos encargaremos de ello, con la condicion de que nos den algunas armas.

El krooman trasmitió esta proposicion al sheik, que se sonrió por toda respuesta. La idea de confiar la guarda de un aduar á sus esclavos, y sobre todo pro-

veerles de armas, parecía divertirle mucho. Harry comprendió la significacion de la sonrisa como una negativa.

— El sheik es un viejo loco, dijo al intérprete. Aseguradle que nosotros tememos tanto caer en las manos de Golah como él perdernos ó ser muerto. Hacedle comprender que nosotros deseamos ir al Norte, donde seremos rescatados, y precisamente por esta razon guardaremos el campamento con tanta vigilancia y fidelidad como los árabes mismos.

La fuerza de estas observaciones pareció convencer al jefe, que vió claro habia aquella noche el mismo peligro de ser atacado por Golah; así es que mandó formar una guardia, á la cual se unirían los esclavos blancos.

— Ireis al Norte y sereis vendidos á vuestros compatriotas, dijo el jefe, si cumplis vuestra palabra. Nosotros somos pocos, y es duro viajar todo el día para vigilar de noche. Si realmente temeís caer en poder de ese maldito negro; si quereis ayudarnos á defendernos de sus ataques, sea en buen hora; pero si uno sólo de vosotros intenta engañarnos, cortaré la cabeza á los cuatro inmediatamente. Lo juro por las barbas del profeta.

El sheik organizó, pues, la guardia, pero desconfiaba todavía bastante de los esclavos blancos para permitirles que la hicieran juntos. Preguntó al

krooman cuál era el que habia sufrido más de Gollah, y le designó á Bill.

— *Bismillah!*, exclamó el viejo árabe cuando supo lo que el marinero habia pasado; no tengo miedo de que nos haga traicion. Que empiece, pues, su faccion; despues de lo que acabais de decirme creo que el deseo de vengarse le impedirá cerrar los ojos durante un mes.

Uno de los centinelas se habia colocado en la playa á unas cien yardas al Norte del aduar, con la consigna de recorrer un espacio de cien pasos. Otro fué colocado á la misma distancia al Sur del campo. Bill debia pasearse á un lado y otro entre las rondas de los dos centinelas árabes. Cada uno de éstos al encontrarle al fin de su camino debia pronunciar la palabra *akka*.

El sheik entró en una de las tiendas y salió con una enorme pistola, que entregó al marinero, recomendándole, por medio del intérprete, que no la descargára sino cuando estuviera cierto de matar á Gollah ó á uno de sus compañeros.

Bill tenía un ódio tan grande hácia su antiguo tirano, que á pesar del cansancio que experimentaba prometió hacer una vigilancia exquisita. Los dos árabes encargados de hacer centinela con él sabian por experiencia, que si atacaban aquella noche á la kafilá, ellos serian los más expuestos, y esta con-

vicción les daba mayores bríos para una activa vigilancia. Uno de ellos, el que habia sido colocado al Sur del aduar, concentraba toda su atención del lado de tierra, creyendo al campamento bien protegido por la mar. Se equivocaba.

Golah habia usado el recurso empleado por los midshipmen, introduciéndose en el agua y dejando sólo fuera su ensortijada cabeza; de esta manera observaba sin ser visto los menores movimientos del centinela.

Si el árabe hubiera temido algo por la parte de la mar le hubiera sido muy fácil descubrir al enemigo; pero ya hemos dicho que concentraba toda la atención hácia el interior del país.

Empezaba su ronda por la centésima vez, cuando Golah, aprovechando el momento en que volvía la espalda á la orilla, se lanzó detrás de él; el ruido de sus pasos se perdía con los gemidos de las olas.

Golah no tenía más que una cimitarra, pero en sus manos era un arma terrible. Se acercó cuanto pudo al centinela, levantó su potente brazo, y el árabe cayó exhalando un suspiro, que no se oyó.

El asesino cogió el fusil del árabe y marchó en la dirección que éste llevaba. Avanzaba sin cuidado porque suponía que el ruido de sus pasos sería atribuido á su víctima. No encontrando á nadie se detuvo é intentó ver en la oscuridad; pero no pudién-

dolo conseguir se tendió en el suelo para escuchar.

Despues de haber observado algunos momentos, concluyó por distinguir un objeto negro, pero no podia formarse idea de lo que fuera, y continuó arrastrándose hasta que reconoció un hombre acostado, que parecia escuchar como él. ¿Por qué razon? No sería para espiar la aproximacion de su compañero, porque no tenía motivo para desconfiar de él. Debe estar dormido, pensó Golah.

Si así era, la fortuna le favorecia, y despues de esta nueva reflexion continuó arrastrándose hácia el hombre.

Aunque no hacia ningun movimiento, Golah no estaba seguro de que dormia. Hizo una nueva pausa y sus penetrantes ojos se fijaron sobre el cuerpo con gran atencion. Si no dormia ¿por qué dejaba acercarse tanto á un enemigo? ¿Qué objeto tenía aquella inmovilidad? ¿Cómo no daba la señal de alarma? Golah pensó que si podia quitar de en medio á este centinela como al otro, sin ruido, podia con sus dos compañeros, que esperaban el resultado de la aventura, introducirse en el aduar y tomar todo lo que habia perdido.

Adelantóse más y vió que el hombre estaba echado sobre un lado, con la cara hácia él y medio oculta por uno de sus brazos.

El sheik no vió fusil entre sus manos; por consi-

guiente, aunque hubiera sido descubierto, poco peligro podia ofrecer. Golah tomó su sable en la mano derecha, creyendo despachar á esta segunda víctima de un sólo golpe como la primera.

La hoja de acero brilló en la oscuridad, y.....

Pero ántes de seguir adelante debemos referir lo que habia pasado para que Bill estuviese en una observacion tan atenta y peligrosa, ó lo que era peor todavía, dormido.

Despues de haber pasado dos horas paseando y oyendo la palabra *akka*, sin ver más que la arena, Bill empezó á sentirse fatigado y á deplorar que el sheik le hubiera dado aquel encargo.

Durante la primera hora no habia perdido de vista la costa, ni su deber de centinela; pero poco á poco su vigilancia empezó á debilitarse y se puso á pensar en el pasado y en el porvenir, cosa que no le sucedia con frecuencia; despues, para distraerse, examinó el arma que se le habia confiado.

—He aquí un famoso pistolon, decia; espero que no tendré necesidad de usarle. El cañon parece de un mosquete, y la bala que tenga en su interior debe ser del grueso de un huevo, y hará un agujero tremendo; pero quizá no esté cargada esta pistola: me aseguraré.

Despues de haber buscado alrededor el marinero, concluyó por encontrar una varita con la cual midió

la longitud del cañon en el interior y en el exterior, encontrando que estaba cargado, pero no con bala.

—Comprendo, dijo: el viejo sheik quiere solamente que yo haga ruido con esto en caso de que tenga que luchar. No ha querido poner una bala dentro por temor de que se emplee contra su gente; ¡he aquí su confianza! Quiere que ladre, pero que no muerda. Pero esto no me agrada; voy á buscar una piedra, y la echaré en el cañon.

Diciendo estas palabras, buscó en la playa una piedra del grueso conveniente, pero tardó algun tiempo en encontrarla. Miétras se hallaba ocupado en esta operacion, le pareció que marchaba del lado opuesto al que creia oir la palabra *akka*.

Observó bien en todas direcciones, pero sólo vió la superficie blanquecina de la playa. Desde que vivia en el desierto, habia observado que muchas veces los árabes se tendian en el suelo para escuchar, y empleó este medio. Eu esta posicion creyó ver á mayor distancia que de pié. El suelo le parecia más claro que mirando á cuatro ó cinco piés de elevacion, y los objetos lejanos se ofrecian más distintamente entre sus ojos y el horizonte.

Entónces oyó un ruido de pasos del lado de la orilla; pero persuadido que eran los del centinela, no hizo atencion en ello. Escuchaba solamente si se repetian los sonidos que habia creido oir en direccion

opuesta, y concluyó por suponer que se había equivocado.

Pero lo cierto es que la centinela de babor se aproximaba á él más que de costumbre, y la palabra *akka* no había sido pronunciada todavía.

Bill volvió sus ojos hácia la orilla. El ruido de los pasos cesó; pero vió á poca distancia la forma de un hombre que estaba de pié mirando atentamente alrededor.

Este hombre no podía ser el centinela. El árabe era más pequeño. En vez de permanecer de pié y pronunciar la palabra consabida, el desconocido se bajó, puso el oído en tierra, y escuchó.

Durante algunos minutos, su atención parecía fija en otra parte; el marinero aprovechó el tiempo para llenar de arena el cañon de su pistola. ¿Debia dar la señal de alarma y correr hácia el campamento? No; podia equivocarse y tomar por un enemigo lo que quizá era el centinela tratando de asegurarse de la tranquilidad.

Miéntras Bill permanecia en esta indecision, Gollah avanzaba arrastrándose hasta llegar á unos diez pasos del marinero; de repente se levantó.

Bill entónces supo con certeza que el que tenía delante no era el centinela árabe sino el sheik negro.

Nunca había experimentado el marinero un terror

tan grande. Pensó en descargar su pistola y en correr hácia el aduar; pero reflexionó que sería alcanzado ántes de llegar, y el temor le detuvo. Golah se aproximó todavía más, y el marinero tomó el partido de obrar.

Apuntó su pistola sobre el negro, disparó, y en el mismo instante se puso de pié.

Oyóse una larga detonacion seguida de un grito horrible.

Bill no se detuvo á ver el efecto de su disparo, y corrió con todas sus fuerzas hácia el campamento, donde encontró á los árabes despiertos y en la mayor confusion.

Del lado en que Bill habia disparado se oyó gritar frenéticamente:

—¡Muley! ¡Muley!

—Es la voz de Golah, exclamó el krooman en árabe. Llama á su hijo.

—Quieren atacar el aduar, dijo el sheik árabe.

Estas palabras sembraron la consternacion en el campamento. En la confusion, las dos mujeres de Golah recogieron sus hijos y se escaparon sin ser vistas. Habian oido el grito de angustia del amo tiránico, á quien temian en los dias de prosperidad y compadecian entónces.

Los árabes se habian preparado á un encuentro con el temido jefe; pero el tiempo pasó, y el enemigo

no pareció. El silencio sucedió al ruido, y podía creerse que la alarma que acababa de poner en pie todo el aduar no era más que un pánico infundado.

Al amanecer, el sheik árabe pensó en hacer la inspeccion del aduar y de su gente.

Dos hechos importantes le inducian á creer que la alarma tenía su razon de ser. El centinela colocado al Sur del aduar no parecia, y las dos mujeres de Golah habian desaparecido.

La conducta de estas últimas se explicaba: habian huido para reunirse al hombre que llamaba á Muley. Pero ¿y el árabe? ¿Sería una nueva víctima de Golah?

XV.

Muerte de Golah. — Dos cadáveres. — Al No-roeste. — Otra caravana. — Un naufragio. — Pesca singular. — Las piedras.

Despues de hacer su guardia Bill se fué á dormir. El sheik mandó al krooman que le despertase.

— Preguntadle, dijo á este último, para qué ha disparado la pistola.

— ¿Para qué? Para matar á Golah, ese viejo tu-

nante; y mucho me engaño si no lo he conseguido.

Traducida al sheik esta contestacion, apareció en sus labios una sonrisa de incredulidad, é hizo preguntar á Bill si habia visto al sheik negro.

— ¿Si le he visto?, exclamó el marinero. Seguramente. Apenas estaba á cuatro pasos de mí cuando he disparado contra él. Os aseguro que ese acabó.

El sheik movió la cabeza y la misma sonrisa de incredulidad reapareció en sus labios.

Estas preguntas fueron interrumpidas por el descubrimiento del cuerpo del centinela, que todo el mundo rodeó.

La cabeza de aquel hombre estaba casi completamente separada del cuerpo, y evidentemente el sheik negro era quien le habia herido. Cerca del cuerpo se veian señales de pasos, que sólo los piés de Golah podian haber dejado.

Era ya de dia, y los árabes, mirando hácia el Sur, hicieron otro descubrimiento. Vieron á una media milla de distancia dos camellos y un caballo. Dejando á un árabe para guardar el aduar, el sheik, seguido de todos los suyos, partió inmediatamente con la esperanza de recobrar su propiedad perdida.

Al llegar al sitio donde se habian visto los camellos encontróse al cuñado de Golah que les guardaba. Estaba echado en la arena, pero al acercarse los árabes se levantó bruscamente y les tendió ambas

manos. No estaba armado, y su gesto significaba

« Paz. »

Pachi = Paz

Las dos mujeres, rodeadas de sus hijos, se encontraban cerca de él y parecían muy afligidas. Al acercarse el anciano sheik, ni siquiera alzaron la vista.

Las armas habían sido arrojadas al suelo. Uno de los camellos estaba muerto, y el joven negro devoraba un pedazo de carne cruda sacado de la giba del animal.

El sheik árabe preguntó por Golah, y aquel á quien la pregunta se dirigía señaló, sin contestar, al mar, donde dos cuerpos flotaban en la resaca cuando las olas se rompían en la orilla.

El sheik mandó á los tres ingleses que fueran á buscarlos.

Los cadáveres eran los de Golah y de su hijo Muley. El rostro del sheik negro parecía haber sido horriblemente lacerado, y no tenía ojos.

Preguntóse al cuñado la explicacion de aquellas dos muertes.

— Yo habia oido al amo llamar á Muley despues de una detonacion, y deduje que le habian herido: Muley acudió á su llamamiento para socorrerle, miéntras que yo guardaba los animales..... ¡Tengo hambre!

Casi inmediatamente volvió Muley seguido de su

padre, que parecia poseido de un espíritu maléfico. Corria de un lado á otro blandiendo su cimitarra en todas direcciones, y procurando matarnos á los dos y á los camellos. Como no veia pudimos guardarnos de él..... ¡Tengo hambre!

El jóven negro no dijo más, y mordiendo de nuevo en la carne cruda del camello la devoró, lo que probaba la verdad de su exclamacion.

— Acaba de hablar, le dijo el sheik, y despues comerás.

— ¡Gloria á Allah!, dijo el negro reanudando su narracion: Golah llegó hasta uno de sus camellos y le mató, despues de lo cual quedó tranquilo. El espíritu maléfico le habia abandonado y se sentó en la arena. Entónces sus mujeres se acercaron á él y les habló con bondad; puso la mano sobre la cabeza de cada uno de sus hijos, y les llamó por sus nombres. Las mujeres gritaron al verle, pero él les dijo que no se asustáran, que iba á lavar su semblante, y que no les atemorizaria más. Un chico le condujo á la orilla del agua, y entró en la mar tan lejos como pudo. Iba allí para morir. Muley acudió para salvarle; pero ambos fueron arrastrados por las olas, y se ahogaron. Yo no pude socorrerles..... ¡Tenía hambre!

La cara y el cuerpo descarnados del negro probaban la verdad de su historia; habia caminado cerca

de una semana de noche y de día y no podía resistir el hambre y la fatiga.

Los esclavos, por mandato del sheik, enterraron los cadáveres. Viéndose libre de su terrible enemigo, el jefe árabe resolvió descansar un día, con gran contento de los esclavos, entre quienes repartió la carne del camello.

Quedaba por descifrar un misterio en la muerte de Golah, y se acudió de nuevo á los servicios del krooman como intérprete.

Cuando el sheik supo cómo Bill habia hecho de su pistola un arma efectiva llenándola de arena, manifestó gran satisfaccion por el modo como el marinero habia cumplido con su deber.

En recompensa del servicio que le habia prestado prometió no sólo á Bill, sino tambien á sus camaradas, que serian conducidos á Mogador y devueltos á sus amigos.

Despues de caminar dos largos días, que fueron para los esclavos siglos de sufrimiento, y durante los cuales el hambre, la sed, la fatiga y un calor abrasador les hicieron conocer toda clase de torturas, llegaron á otro estanque.

Nuestros aventureros reconocieron el sitio por ser el en que habian caido en manos de Golah.

— Dios nos proteja, exclamó Harry Blount; ya hemos estado aquí; temo que no encontremos agua,

pues apenas quedaba la otra vez, y como no ha llovido desde entónces, el estanque debe estar seco.

Retratóse la desesperacion en las facciones de sus compañeros, pero su inquietud duró poco, pues encontrando agua en abundancia, pudieron apagar por completo la sed. Pocos dias ántes habia descargado una tempestad en aquel pequeño valle.

Las pocas provisiones de boca que les quedaban no les permitió detenerse mucho tiempo, y al dia siguiente por la mañana se pusieron en camino.

Los árabes no mostraban ningun resentimiento contra el jóven que habia ayudado á Golah á matar á sus compañeros. El negro formaba parte de los esclavos y parecia resignado á su suerte, puesto que sólo habia cambiado de dueño.

Ocho dias trascurrieron sin dejar de marchar en la direccion del Noroeste, y fueron para los esclavos ocho dias de agonía, pues sólo se encontró en el camino un sólo estanque, y el agua era infecta, repugnante al gusto y su superficie llena de insectos muertos, á pesar de lo cual tuvieron la dicha de apagar con ella su sed.

Como se habian apartado de la orilla del mar no podian los aventureros alimentarse con mariscos. Los árabes tenian prisa de llegar á cualquier sitio donde pudieran encontrar comida para sus animales.

El viejo marinero no hubiese podido continuar su

Angel F. ygel

viaje á no permitirle los árabes montar sobre un camello. El servicio que les habia prestado les hacia complacientes.

Durante los dos últimos dias los esclavos blancos notaron un cambio en el país, que les dió alguna esperanza. El terreno era ménos desigual, y de vez en cuando se veian arbustos y yerbas.

La kafilá habia llegado al lindero septentrional del gran Sahara, y dentro de algunos dias debia encontrar verdura, bosquecillos y arroyos en abundancia.

En la tarde del octavo dia encontraron el lecho de un arroyo recientemente seco, y aunque no habia en él corrientes, sí quedaban aguas estancadas. Próximo á uno de estos pequeños pantanos establecieron el aduar.

Al Norte, y sobre una colina, crecian algunos arbolillos ; llevaron allí á los camellos, y las hojas primero, y despues las ramas, y hasta los troncos, los devoraron.

Cuando levantaron las tiendas quedaba tan sólo la luz del crepúsculo, y en aquel momento vieron dos hombres que venian del campo conduciendo un camello cargado de odres de piel de cabra, y cuyo objeto sin duda era tomar agua. Al encontrar los estanques ocupados por los extranjeros mostráronse sorprendidos y poco satisfechos.

Observando que no podían escapar sin ser vistos los dos hombres, avanzaron atrevidamente y empezaron á llenar sus odres. Durante este tiempo dijeron al anciano sheik que formaban parte de una caravana detenida cerca de aquel sitio, y que al día siguiente por la mañana continuarían su viaje hácia el Sud.

Después de su partida los árabes tuvieron una conferencia.

—Nos han engañado, dijo el viejo sheik. No van de camino, porque si así fuera se hubieran detenido aquí cerca del agua. Por las barbas del profeta, ellos han mentido.

Todos fueron de esta opinion. Supúsose que los dos hombres pertenecían á un campamento establecido cerca de la ribera y ocupado en recoger el botín de algun buque náufrago.

No convenia perder la ocasion, y los árabes resolvieron tener su parte en la buena fortuna que aprovechaban sus vecinos; pero como el proyecto podía ofrecer algunas dificultades, el sheik ordenó esperar al día siguiente por la mañana para obrar, pues así podían saber á qué atenerse sobre las probabilidades de buen éxito, caso de que el combate fuera inevitable.

Por la mañana temprano, la kafila se puso en marcha hácia la orilla del mar, que no estaba lejos. Un aduar de siete tiendas se elevaba en la playa.

Muchos hombres se adelantaron para recibir á la caravana.

Cambiáronse las saluciones ordinarias, y los recién venidos comenzaron á mirar alrededor. Muchos pedazos de madera amontonados en la playa probaban que no se habian equivocado pronosticando un naufragio.

—No hay más que un Dios, y es igualmente bueno para todos, dijo el viejo sheik. Él arroja los buques de los infieles sobre nuestras playas; y venimos á reclamar nuestra parte en esos favores.

—Bien venidos seais para todo lo que podais reclamar con justicia, contestó un hombre de alta estatura que parecia el jefe. Mahoma es el profeta del que nos envia el bien y el mal. Visitad la costa y tratad de encontrar alguna cosa.

A esta invitacion, los camellos de la kafila fueron descargados y las tiendas levantadas. Los recién venidos se pusieron entónces en busca de restos del naufragio; pero no descubrieron más que algunas berlingas y trozos de madera que no tenian valor para ellos.

El viejo sheik celebró consejo con su gente. Estaban convencidos de que un buque encallado se hallaba cerca de allí, y que no tenían más que espiar los pasos de sus rivales para saber dónde se encontraba. Cesaron, pues, de buscar y se pusieron en ob-

servacion. Conocida esta maniobra de los otros árabes, el jefe pidió una entrevista al sheik.

—Yo soy Sidi-Amet, dijo, y los que veis conmigo son amigos y parientes. Todos somos miembros de la misma familia y fieles servidores del profeta. Dios es grande y ha sido bueno para nosotros. Nos ha enviado sus favores, y nosotros estamos seguros del punto en que debemos recoger los dones de su bondad. Haced vuestro camino y dejadnos en paz.

—Yo soy Riaz-Abdallah-Yessed, contestó el viejo sheik, y ni mis compañeros ni yo somos indignos del favor de Dios. Tambien tenemos derecho al botin cuando Dios quiere hacer pedazos los buques en nuestra costa.

En respuesta á esta pretension, Sidi-Amet pronunció una larga arenga, diciendo al sheik, que si un buque naufragaba en la costa miéntras ellos estuvieran allí, Riaz-Abdallah-Yesset y su gente tenían el mismo derecho que ellos á recoger las riquezas; pero desgraciadamente eso no sucedia en el caso presente. El casco de un buque que contenia un cargamento se encontraba, es verdad, bajo el agua, cerca de allí; pero ellos le habian descubierto, y por lo tanto eran los dueños de cuanto contenia. La gente de Sidi-Amet se componia de diez y siete hombres robustos y bien armados; podian, pues, hablar sin temor de ser atacados.

Dijeron que habian trabajado catorce dias en sacar el cargamento, y, sin embargo, su obra no estaba terminada, ni áun en su mitad, porque las mercancías eran muy dificiles de extraer.

El viejo sheik preguntó en qué consistia el cargamento, pero no recibió respuesta alguna. ¿Sería un misterio? ¡Diez y siete hombres trabajando catorce dias para descargar un buque, y no se veian én ninguna parte las huellas de las mercancías!

El viejo sheik y su gente estaban dominados por la curiosidad. Habian oido hablar de cajas llenas de plata encontradas en buques náufragos; marineros que despues de haber naufragado en la costa y enterrado riquezas, concluian por confesar dónde estaban, en virtud de las torturas á que eran sometidos.

El buque en cuestion ¿llevaria plata en cajas, y habrian enterrado éstas apenas colocadas en la arena? Los árabes resolvieron esperar y tratar de averiguar la verdad para reclamar su parte si habia derecho.

Sidi-Amet y su gente estaban demasiado impacientes de recibir las riquezas para esperar la partida del viejo. El número de la gente de éste les ponía á cubierto de todo temor, y por lo tanto empezaron de nuevo á descargar el casco sumergido.

Avanzaron hácia la orilla llevando consigo una larga cuerda que encontraron atada á las berlingas.

En un extremo de esta cuerda hicieron un nudo corredizo, cogiéndola un hombre que nadó á unas cien yardas. Al llegar á esta distancia, poco más ó ménos, capuzó en el agua para atar á la cuerda algun objeto del cargamento.

Un minuto despues su cabeza reapareció en la superficie, y esta fué la señal para que sus compañeros empezáran á tirar de la cuerda.

Terminada esta operacion, se vió que sacaban un gran pedazo de roca de cerca de treinta libras de peso. Los midshipmen miraban con curiosidad los movimientos del nadador y de sus compañeros. Cuando el trozo de piedra quedó sobre la arena, sus fisonomías expresaron la mayor sorpresa. ¿Qué objeto podia tener aquella pesca? Los náufragos no podian adivinarlo. Si los trabajadores no habian dicho al viejo sheik qué clase de cargamento extraian del mar, sería porque no lo sabian ellos mismos.

Creyendo que los esclavos blancos estarian mejor informados que ellos, la gente de Sidi-Amet examinó con atencion la fisonomía de los jóvenes en el momento en que la piedra llegaba á la arena.

La sorpresa que se pintó en las caras de Bill y sus compañeros confirmó á los árabes en la creencia de que habian descubierto alguna cosa de gran valor. Esta idea aumentó el ardor de los trabajadores.

El krooman intentó entónces desengañar á su

amo, diciéndole que aquello no tenía más valor que el de una simple piedra; pero su afirmacion fué recibida con una sonrisa de incredulidad.

Los hombres de Sidi-Amet pensaron que el krooman era un engañador, ó un loco, y continuaron su trabajo con el mismo afan.

El viejo sheik, despues de haber oido al krooman persistir en su idea, sacudió su cabeza. Creía que no podia haber hombres tan locos que emprendiesen un largo viaje por mar para trasportar piedras sin valor. Además, como á bordo del buque no se encontraba nada que pareciera cargamento, las piedras debian ser preciosas. Así razonaba el árabe.

Miéntas el krooman intentaba explicar al sheik la utilidad de las piedras en el buque, uno de los árabes de la banda de Sidi-Amet fué á informarle que un blanco enfermo se hallaba en una de las tiendas, y pedia hablar á los esclavos infieles, cuya llegada habia sabido.

El krooman informó á los náufragos de este incidente y se acercaron al enfermo, esperando encontrar algun compatriota que, como ellos, habia tenido la desgracia de naufragar en las costas del Sahara.

XVI.

Otro esclavo blanco.—El tesoro escondido.—El hermano de Bill.— ¡Once años en el desierto!— Un rio viviente.—La langosta.

Al entrar en la tienda que se les habia indicado, los náufragos encontraron acostado en el suelo un hombre de cerca de cuarenta años. Aunque estaba delgado hasta el punto de asemejarse á un esqueleto, no parecia enfermo; y en cualquier otra parte que no fuera Africa no pasaria seguramente por un blanco.

— Sois los primeros ingleses que he visto hace treinta años, les dijo, porque estoy seguro que sois de ese país, y por lo tanto compatriotas míos. Yo he sido blanco tambien alguna vez, y vosotros sereis tan negros como yo cuando esteis quemados como yo durante cuarenta y tres años por el sol del Africa.

— ¡Qué!, exclamó Terencio, ¿sois esclavo en el Sahara hace cuarenta y tres años? En ese caso ¡que Dios nos proteja! ¿Qué esperanza podemos abrigar de vernos libres nunca?

La voz del jóven irlandés tenía el acento de la desesperacion.

— Es poco probable que volvais jamás á vuestra patria, jóven, contestó el enfermo. Sin embargo, yo tengo una esperanza, y vos tambien, de escapar á la servidumbre, si alguno de vosotros no la destruye. Por amor de Dios no digais á esos árabes que hacen mal en esperar un precio del lastre de ese buque náufrago. Si lo decís estoy perdido, porque yo les he persuadido de que esas piedras tienen un gran valor, á fin de hacérselas llevar á algùn sitio donde yo pueda intentar huir. Es la única esperaza que me queda despues de muchos años. No la hagais ilusoria si os mueven á compasion las desgracias de un compatriota.

El esclavo refirió en seguida como habia recorrido el desierto más de cuarenta veces con cincuenta amos distintos.

— Solamente hace algunas semanas que estoy con estas gentes, dijo. El mástil de mesana que sobresa-
lia del agua es lo que nos ha hecho descubrir el buque náufrago. Era el primer buque que mis amos encontraban sin carga, y creyeron desde luégo que esas piedras tenían algun valor; solamente así comprendian su existencia en un buque. Yo confirmé su opinion diciéndoles que era una especie de piedras que encierran oro; pero que es preciso trasportarlas

á un sitio donde haya carbon y madera en abundancia para fundirlas: trabajo que debia ser confiado á los blancos que profesan el arte de extraer ese precioso metal de las piedras. Me creyeron; observaron algunas grietas brillantes, y esto acabó de convenarlos. Durante cuatro dias les ayudé á sacar el supuesto tesoro del agua; pero este trabajo me fatigaba mucho, y resolví hacerles creer en mi enfermedad.

— ¿Pensais sériamente, preguntó Harry Blount, que llevarán el lastre á una gran distancia sin informarse ántes de su valor?

—Sí; creo que lo llevarán á Mogador, y en esto fundo mi esperanza.

—Pero si encuentran gente en el camino, temprano ó tarde saldrán del error, dijo Colin.

—No; el temor de ser robados les impedirá confiarse á nadie. Ahora quieren ocultar el tesoro en la arena por miedo á que llegue una caravana más numerosa que la suya, á la cual no pudiesen resistir. Cuando se pongan en camino yo les recomendaré que no dejen ver á nadie el botin ántes de llegar á Mogador, donde estarán bajo la proteccion del gobernador. ¡Oh! yo juro que si llego á esa ciudad no habrá nada en el mundo que me impida recobrar mi libertad.

Miéntras el supuesto enfermo hablaba así, Bill le miraba con un interés extraordinario.

—Dispensadme que os contradiga á propósito de vuestra edad, amigo mio, dijo el marinero; pero no puedo creer que recorreis el desierto hace cuarenta años. No hace tanto tiempo de seguro.

Los dos hombres, despues de examinarse mutuamente un instante, se lanzaron uno hácia el otro con los brazos abiertos.

—¡Bill!

—¡James!

Dos hermanos acababan de encontrarse.

Los midshipmen recordaron la historia contada por Bill, y no tuvieron necesidad de nuevas explicaciones para comprender aquella escena. Volvieron adonde estaba el krooman. Este se hallaba muy ocupado en convencer al viejo sheik del verdadero uso de la piedra en el buque; pero Sidi-Amet y su gente permanecieron incrédulos, aunque no tardaron en comunicar al hermano de Bill la opinion expresada por los recién llegados sobre el valor de su botin.

—Claro es, les dijo Jim, que intentan haceros creer que el cargamento no tiene valor, á fin de que le dejéis y apoderarse ellos de las piedras. El sentido comun ¿no os dice que es un engaño de que pretenden haceros víctimas?

—¿Quién de vosotros me ha hecho traicion?, preguntó Jim á los midshipmen cuando se encontraron solos.

Se le explicó que había sido el krooman involuntariamente, puesto que no había sido prevenido.

—Es preciso que yo le hable, dijo el hermano de Bill; si esos árabes descubren que los he engañado me matarán inmediatamente, y vuestro amo, el viejo sheik, perderá sin duda toda su propiedad.

El krooman y Riaz-Abdallah fueron llamados á la tienda.

—Dejad á mis amos en su error, dijo Jim al viejo; de esa manera estarán tan ocupados que os dejarán partir en paz. Si descubren la verdad os robarán cuanto poseéis. Ya habeis dicho bastante para despertar sus sospechas; notarán de un momento á otro mi engaño, y mi vida no estará segura en sus manos. Compradme, y partamos inmediatamente.

—¿Pero las piedras no valen realmente nada?

—Lo mismo que la arena de la playa; pero como ellos han venido á buscar fortuna en la costa, necesitarán robar á alguien, y ese sereis vos.

—Vos estais enfermo, observó Riaz, y si os compro no podreis marchar.

—Dejadme montar en un camello mientras ellos nos vean, contestó el esclavo; despues ya sabreis si yo puedo marchar. Me venderán barato porque me creen enfermo, y no lo estoy.

El viejo sheik pareció dispuesto á acceder á este deseo y mandó hacer los preparativos de la partida.

En seguida llamó á Sidi-Amét y le preguntó si quería venderle algunas piedras del buque náufrago.

—*Bismillah!* ¡no!, contestó; decis que no tienen valor alguno, y no quiero engañar á un creyente.

—Entónces, ¿quereis darme algunas?

—¡No! Allah preserve á Sidi-Amét de hacer á su amigo un presente indigno de él.

—Yo soy un mercader, añadió Riaz, y quisiera saber si teneis alguna cosa que yo pueda comprar.

—Sí, tengo un perro cristiano, y el árabe señaló á Jim.

—Me habeis prometido llevarme al Norte, amo mio; no me vendais; esperad que yo no esté enfermo, y entónces trabajaré cuanto pueda.

El supuesto deseo de Jim no fué escuchado por Sidi-Amét, que le cambió por una vieja camisa y una tienda de pelo de camello.

Riaz-Abdallah y su gente, aumentada por Jim, se pusieron en camino, dejando á Sidi-Amét y sus parientes que continuáran su inútil trabajo.

Los viajeros tomaron un paso tan rápido, que Bill y su hermano no pudieron hablar; pero cuando se levantó el aduar durante la noche, el viejo marinero y los midshipmen se sentaron alrededor de Jim.

—Ahora, hermano, dijo Bill, cuéntanos tus desventuras en el desierto. Ya tenemos por nosotros mismos una idea de lo que has sufrido, y sin em-

bargo, no hemos hecho más que llegar. No me sorprende que creas estar á bordo de esta embarcacion hace cuarenta años.

—Sí, ese tiempo hace por mi cuenta, contestó Jim; pero tú, Bill, no pareces mucho más viejo que cuando te dejé. ¿Cuánto tiempo hace?

—Once años.

—¡Once años! Pues ¿cómo hace cuarenta años que estoy aquí?

—Porque no es cierto ese cálculo. Tú cumples cuarenta años el 14 de este mes; de modo que no puedes estar en el desierto el mismo tiempo que tienes de edad.

—Lo cierto es que no hay nada en el Sahara para medir el tiempo; no hay estaciones, y los dias se parecen tanto unos á otros, como dos segundos dentro del mismo minuto. Pero ciertamente estoy aquí hace más de once años.

—No; pero de todos modos, despues de lo que has sufrido, me sorprende que me hayas reconocido.

—Sin embargo, no te he conocido hasta que has hablado y te he oido mezclar el irlandés de nuestro padre, el patois escocés de nuestra madre y el acento de los cockneys, entre los cuales has pasado tu infancia.

—Ya veis, Sr. Colin, dijo Bill; mi hermano ha tenido la ventaja de tener doce años ménos que yo,

y cuando tuvo edad para ir á la escuela, yo trabajaba para ganar los gastos de sus estudios. Así es que me parece estará contento de verme.

—¡Si estoy contento!, exclamó Jim, ¿Puedes dardarlo?

—Pues bien, hermano, cuenta tu historia.

—Tiene poco que referir; siempre lo mismo. Todo lo que puedo deciros es que me parece haber pasado algunos años cultivando la cebada; años abriendo pozos; años guardando animales, y años tambien recorriendo el desierto. He experimentado más de un cruel desaliento á propósito de mi libertad, que muchas veces he creido estar á punto de obtener. He ido hasta una jornada de Mogador, y cuando ya veía la libertad, fui vendido y llevado al fondo del Sahara. He huido muchas veces, pero he sido cogido siempre, maltratado, y hasta á punto de recibir la muerte en castigo de mis tentativas. Varias veces he intentado suicidarme, pero una especie de curiosidad y de idea fija me han retenido. Quería ver si la fortuna dejaria de perseguirme, y además yo no quería ceder, porque el que intenta escapar á la desgracia por el suicidio confiesa que ha sido vencido en la batalla de la vida.

—Teneis mucha razon, dijo Harry Blount; pero espero que los más rudos combates de esta guerra han concluido. Nuestros amos nos han prometido

llevarnos á algun sitio donde podamos ser rescatados por nuestros compatriotas, y vos os salvareis ciertamente con nosotros.

—No confiéis mucho en esa esperanza, replicó Jim. Yo he sido engañado muchos años. Todos los amos que he tenido me han hecho esa misma promesa, y todavía estoy aquí. Ya habeis visto cómo he intentado persuadir á los árabes á que me llevarán á un puerto de mar, donde esperaba poder escaparme. Creo que muy pocos de los que naufragan en esta miserable costa de Africa recobran su libertad. La mayor parte mueren en el desierto á consecuencia de los malos tratamientos, dejando las mismas huellas que dejan los perros y los camellos de sus despiadados tiranos.

Bill y sus compañeros, que estaban poseidos hacia dias de la esperanza de una libertad próxima, comprendieron entónces cuán poco podian fiarse los esclavos en las promesas de sus amos.

Los midshipmen supieron por Bill que su hermano tenía el grado de oficial. Además, se conocia en su conversacion que era inteligente é instruido.

—Si un hombre como este, instruido y de experiencia, ha tenido que permanecer once años en el desierto, ¿qué esperanza podemos tener en salir nunca de aquí? Esta fué la reflexion que se hicieron los náufragos con dolor.

Era evidente que la kafilá dejaba el desierto y avanzaba hácia un país fértil en comparacion del Sahara.

Al día siguiente llegó la caravana á una ciudad rodeada de murallas, y cerca de allí, entre dos colinas, se vieron varios campos de cebada.

Detúvose la kafilá, y se pasó todo el día en aquel sitio, en que habia pozos, donde los camellos y caballos pudieron abrevar. Era la mejor agua que habian bebido los esclavos desde su naufragio en la costa africana.

Emprendióse el camino á la mañana siguiente, y despues de dos días de marcha, el viejo sheik y uno de los hombres que marchaban al frente, se detuvieron delante de una cosa que parecia, vista desde lejos, un ancho río.

Todos detuvieron el paso, y los midshipmen vieron un espectáculo, que les causó tanta sorpresa como terror. Era un torrente de pequeños seres vivientes que se dirigian hácia la llanura, una emigracion de las famosas langostas ó saltamontes de Africa. Eran jóvenes y no podian todavía volar. Su marcha se operaba en un órden perfecto y bajo una disciplina severa, formando una gran faja de una extension considerable, cuyos bordes eran tan regulares como una línea matemática.

Ni un sólo insecto se separaba del cuerpo princi-

pal, que se movia en un espacio muy pequeño para el número, yendo la mitad solamente sobre la arena, mientras que la otra mitad trepaba sobre sus compañeras de viaje.

Los árabes tambien se detuvieron para considerar el progreso de este singular ejército. El viejo sheik descendió de su camello, y con su cimitarra rompió la primera columna de esta masa ambulante. El espacio fué inmediatamente ocupado por las que marchaban detrás; y reformada la línea recta, los insectos continuaron avanzando sin la más ligera desviacion.

La vista de semejante espectáculo no era nueva para Jim, el cual dijo á sus compañeros que si se encendia fuego sobre la línea de marcha, los saltamontes, en vez de intentar volver, se echarian sobre las llamas hasta extinguirlas bajo sus cuerpos.

Despues de divertirse algunos momentos en mirar los bichos, el sheik volvió á montar sobre su camello, y seguido de la kafila avanzó á través del ejército de saltamontes.

No se podia poner el pié en tierra sin estripar veinte ó treinta, y apenas se levantaba el pié un momento se encontraba el espacio ocupado de nuevo.

Algunos esclavos que tenian los piés desnudos rehusaron atravesar aquel rio viviente, y hubo que obligarles. La faja de los insectos tenía cerca de se-

senta yardas de ancho; pero por corta que fuera esta distancia, los midshipmen declararon que preferian franquear diez millas del desierto que habian atravesado.

Uno de los negros quiso atravesar más pronto la faja; tomó ímpetu para hacerlo corriendo, y resbalando en la mitad del camino cayó en medio de los insectos, por los cuales se vió en un momento sumergido.

Fatigado por el temor y el disgusto, no podia levantarse, y sus camaradas se vieron obligados á ir en su socorro, sacándole de allí, pero sin que pudiera recobrar su sangre fria hasta despues de un buen rato.

Bill quiso resistir el paso, pero dos negros le obligaron á entrar hasta la mitad de la faja, y allí el viejo marinero comprendió que lo mejor que podia hacer era atravesar lo más pronto posible.

Jim dijo á sus compañeros que el año anterior una nube de estos insectos habia caido en la mar á consecuencia de una tempestad, ahogándose todos los bichos. Al dia siguiente el olor que se observaba en toda la costa era tan malo y pernicioso que no se pudo hacer la recoleccion de la cebada, porque toda se perdió.

XVII.

Los árabes en su casa.—Una greve en el desierto.—
¡Trabajar, ó morir! — El suplicio de la sed.—
¡Victoria!

Poco despues de la gran faja de langostas la kafila llegó á un camino bien trazado en medio de una comarca fértil, en que se cultivaba la cebada.

Aquella tarde, por alguna razon desconocida, los árabes no dispusieron la parada á la hora ordinaria. Los esclavos blancos pasaron por delante de varias aldeas donde vivian los propietarios de los campos, pero sin detenerse para tomar agua y alimento, aunque tenian gran necesidad de ello. En vano se quejaron de la sed; por toda contestacion recibian la órden de acelerar el paso, y algunos golpes.

A media noche, cuando la esperanza y las fuerzas empezaban á abandonarles, la kafila llegó delante de una aldea rodeada de muros. Los árabes se detuvieron, y la puerta fué abierta. El viejo sheik anunció á los esclavos que allí tenian comida y bebida á voluntad, y que se detendrian dos ó tres dias.

Como entraron de noche no pudieron ver nada.

Al día siguiente por la mañana se encontraron en el centro de un cuadrado formado por una veintena de casas rodeadas por un alto muro. Vieron también rebaños de carneros, y gran número de caballos, camellos y asnos.

Jim les dijo que los árabes del Sahara tienen habitaciones fijas donde viven una gran parte del año, por lo general en ciudades rodeadas de altos muros como la en que se hallaban. La muralla tenía por objeto preservarlos de los ladrones y servir de barrera á los animales.

Los esclavos comprendieron que los árabes habían llegado á su casa, porque les vieron en seguida rodeados de sus familias. Esto explicaba la marcha forzada del día anterior.

— Empiezo á temer que no nos encontramos en buenas manos para recobrar nuestra libertad, dijo Jim. Si estos árabes fueran mercaderes podrían llevarnos al Norte para vendernos; pero creo que son propietarios, cultivadores, y ladrones cuando hay necesidad. Mientras la cebada maduraba han hecho una expedición en el desierto con la esperanza de capturar algunos esclavos que les ayuden á la recolección.

Jim no se equivocaba. Cuando él y sus compañeros se presentaron á preguntar al jefe cuándo pensaba conducir los esclavos á Sweara, obtuvieron la siguiente respuesta:

— Nuestra cebada está ahora madura y no podemos dejarla pasar. Nos ayudareis á la recoleccion, y esto nos permitirá conducirnos á Sweara más pronto.

— Pero ¿teneis realmente intencion de conducirnos á Mogador?, preguntó el krooman.

— Ciertamente, contestó el sheik. ¿No lo hemos prometido? Pero no podemos dejar nuestros campos así. ¡*Bismillah!* Nuestro grano se perderia.

— Es lo mismo que yo pensaba, exclamó Jim. No tienen la menor intencion de conducirnos á Mogador. Esta misma promesa se me ha hecho por diferentes amos más de veinte veces.

— Y ¿qué haremos?, preguntó Terencio.

— Nada, contestó Jim; no ayudarles en nada. Si les somos útiles en algo no nos dejarán nunca. Hace mucho tiempo que yo estaria libre si no hubiera puesto gran cuidado en ganar la benevolencia de mis amos trabajando para ellos. Era un gran error.

— Nos obligarán á que les ayudemos, observó Colin.

— Si estamos resueltos, no; yo creo que es mejor correr el riesgo de ser muertos por ellos que someterlos al trabajo. Si trabajamos en la recoleccion nos obligarán en seguida á hacer otra cosa, y vuestros mejores dias se pasarán como los míos en la esclavitud. Cada uno de nosotros debe hacerse insoportable; debe ser un gasto para su amo, y entónces se nos

cederá á cualquier mercader procedente de Mogador, que sabrá lo que puede obtener de nosotros en esa ciudad. Esta es nuestra única esperanza. Los árabes no están seguros de obtener rescate en Mogador, y en la duda no quieren emprender el viaje. Además, si estos son ladrones, no intentarán entrar en la ciudad. Es preciso absolutamente que les obliguemos á vendernos á cualquier mercader.

Todos prometieron dejarse guiar por los consejos de Jim, aunque estaban persuadidos de los sufrimientos que iban á experimentar.

Al dia siguiente, todos los esclavos fueron despertados bastante temprano, y despues de un ligero desayuno de gruau, recibieron orden de seguir á sus amos á los campos.

—¿Quereis hacernos trabajar?, preguntó Jim directamente al sheik.

—*Bismillah!* Sí. Ya os hemos dejado bastante tiempo en la pereza. Trabajareis para vivir como nosotros hacemos.

—Nosotros no podemos hacer nada en tierra, replicó Jim. Somos marinos y no podemos ser útiles más que en los buques.

—Por ¡Allah!, ya aprendereis. Vamos, seguidme.

—No. Estamos resueltos á morir ántes que obedecer. Habeis prometido conducirnos á Sweara, y á Sweara iremos. No queremos ser esclavos.

Muchos árabes con sus mujeres y sus hijos habian rodeado á los esclavos.

—Iremos á los campos, dijo Jim á sus compañeros, porque nos obligarán á ello; pero una vez allí no pueden obligarnos á trabajar. Sigámosles tranquilamente, pero permanezcamos inactivos.

Los esclavos llegaron en poco tiempo á un campo de cebada, y allí los árabes dieron á cada uno una guadaña de manufactura francesa, enseñándoles el modo de usarla.

—Vamos ¡adelante!, exclamó Jim; vamos á darles una muestra de lo que sabemos hacer.

Jim dió el ejemplo cortando las espigas muy mal, y enviándolas en distintas direcciones. Bill, el kroman y Harry Blount hicieron lo mismo. Terencio dejó caer su herramienta de tal manera que se hizo pedazos. Colin se hirió en la mano y fingió haberse puesto malo en vista de la sangre.

Los árabes pasaron casi todo el dia intentando obligar á los esclavos á que trabajáran, pero sin obtener resultado alguno. Las maldiciones, las amenazas, los golpes, no les hicieron obedecer; los perros cristianos cada vez lo hacian peor, y el resto del dia lo pasaron tendidos en tierra miéntras sus amos cortaban la cebada. Es verdad que pagaron su pereza á expensas de su piel y de sus huesos. Sus estómagos se resintieron tambien de la cólera de los árabes, por-

que se vieron privados de toda clase de alimento. Sin embargo, los cinco persistieron en su resolución: ni el hambre, ni la sed, ni los golpes pudieron hacerles cambiar.

Al regreso del campo fueron encerrados en un departamento cuadrado que habia servido de establo á los animales.

No encontrándose expuestos á los rayos del sol abrasador, sus sufrimientos parece que se aliviaron algo. Habian conseguido ocultar en sus vestidos algunos granos de cebada; pero esto era bien poco para estómagos hambrientos. Atormentados de una sed intolerable, no pudieron tener un instante de reposo, y apenas despuntó la aurora fueron obligados á volver al campo. Empezaban á tener tentaciones de ceder á la obediencia.

Los esclavos negros que habian trabajado bien la víspera tenian alimento á discrecion, y precisamente estaban desayunándose cuando los blancos pasaron por su lado.

—Jim, dijo Bill, tengo deseos de obedecer. Yo necesito comer y beber, por poco que sea. Muero de necesidad.

—No pienses en eso, hermano, á menos que no quieras permanecer toda tu vida en la esclavitud. Nuestro único recurso es la resistencia; ya te lo he dicho. No creas que nuestros opresores nos dejen

morir, porque perderian demasiado; no quieren más que apurarnos hasta el fin. Seriamos locos si cediéramos.

Llegados al campo, los árabes intentaron de nuevo obligarles á trabajar.

—No podemos, dijo Jim; morimos de hambre y de sed.

—Hay alimento para los que trabajan; los inútiles no tienen derecho á nada.

Se les obligó entónces á sentarse al sol abrasador y á la vista del agua, que aumentaba sus sufrimientos.

Durante la primera mitad del dia fué necesaria toda la elocuencia de Jim para impedir á su hermano que se rindiera. El viejo marinero se hubiera comprometido por toda la vida á cambio de unas gotas de agua.

Largos años de sufrimientos pasados en el desierto habian endurecido, digámoslo así, á Jim, que estaba ménos abatido y perseveraba más fácilmente en su resolucion. Desde que se encontraba en medio de sus compatriotas habia cobrado nuevo ánimo, y pensaba que, agotando la paciencia de sus amos, acabaria por obligarles á hacer el viaje á Mogador.

Los árabes comprendieron que los esclavos no querian ceder, y acordaron dejarlos en la prision, porque en el campo siempre encontraban algunos

granos de cebada y humedecían los labios mascando raíces de yerbas.

Al llegar á la puerta del establo, rehusaron entrar y pidieron á gritos agua y alimento.

—Es la voluntad de Dios, dijeron los árabes. Los que no quieren trabajar sufren el hambre.

Por la fuerza entraron en el establo.

—Jim, yo no puedo soportar esto más tiempo, dijo Bill. Llámales y diles que yo trabajaré mañana si quieren darme un poco de agua.

—Y yo también, dijo Terencio; nada hay que pueda compensar estos sufrimientos. No puedo esperar más.

—Ni yo tampoco, exclamó Harry.

—¡Animo! ¡Paciencia!, replicó Jim. ¿No vale más sufrir todavía algunas horas que estar toda la vida en la esclavitud?

—Decidles que trabajaremos mañana, seguía gritando Terencio.

—Pero ni Jim ni el krooman quisieron comunicar esta resolución á los árabes.

Por la mañana temprano el krooman y Colin se manifestaron dispuestos á obedecer.

¿Qué nos importa el porvenir, dijo Colin en contestación á las súplicas del hermano de Bill, cuando vamos á morir de hambre? Dejemos el porvenir al cuidado de Dios, y procuremos por el presente.

—No llegará el caso de que nos hagan morir; yo os lo afirmo, replicó Jim. Si no trabajamos, nos venderán; si cedemos, largos años de cautividad nos esperan; os pido todavía un día.

—No puedo, contestó uno.

—No tengo fuerzas, dijo otro.

—Si tuviéramos agua, dijo Terencio, pudiéramos ganar nuestra libertad por la fuerza, porque yo me sentiria capaz de acabar con todos los árabes.

—Y yo tambien, añadió Colin.

Bill, que se habia caido en el suelo, salió de su estupor.

—¡Agua! ¡agua!, murmuraba con voz desgarradora.

El krooman y los midshipmen se unieron á él y se pusieron á gritar tan fuerte como podian: ¡Agua! ¡agua! Pero nadie contestó, y la noche se pasó en estos sufrimientos.

Por la mañana cuando los árabes abrieron la puerta encontraron á Bill y Colin que no podian levantarse; parecia que habian perdido el conocimiento.

La resolucion de Jim empezaba á quebrantarse; pero ántes de ceder quiso conocer la resolucion de sus amos.

— Los perros cristianos ¿están dispuestos á trabajar para comer?, preguntó el viejo sheik.

El hermano de Bill, atormentado por la sed, y pensando en sus compañeros, iba á contestar afirmativamente, pero creyó observar cierto tono de compasion en el acento del sheik, y se resolvió á arriesgar el todo por el todo.

— Ninguno de nosotros desea vivir, dijo, si no vuelve á su patria. Nuestros cuerpos están abatidos, pero nuestras almas están fuertes. Moriremos.

A esta respuesta los árabes partieron, cerrando la puerta del establo. El krooman que los habia oido quiso llamarlos, pero Jim lo impidió, esperando que su firmeza se veria recompensada.

Media hora se pasó y el hermano de Bill comenzó á dudar.

— ¿Les habeis dicho, preguntó Terencio, que estamos dispuestos á obedecer si nos dan agua?

— Sí, ciertamente, contestó Jim, que sentia no haber cedido.

— Entónces ¿por qué no vienen?, exclamó Terencio con una voz que la desesperacion hacia imperiosa.

Jim no contestó; el krooman estaba en el suelo, y no oia nada.

Poco tiempo despues Jim oyó los rebaños salir de la ciudad, y mirando por una pequeña rendija de la puerta vió que los árabes se dirigian á los campos de cebada. ¡ Un dia más en aquel suplicio! A esta idea quedaron aterrados.

— ¡Que Dios me perdone!, pensaba Jim. Mi hermano y los jóvenes morirán ántes de la noche. ¡Oh! ¡Yo los he matado!

La desesperacion se apoderó de él, y empezó de nuevo á dar gritos. De repente se arrojó sobre la puerta, y con el furor que tenía logró romperla. Lanzóse afuera dispuesto á prometer todo, pero á los primeros pasos vió llegar hácia la prision dos hombres y algunos niños con tazas de agua y platos llenos de gruau. La victoria era suya; el sheik les enviaba de comer.

Cogiendo una calabaza llena de agua, Jim corrió hácia su hermano, y levantándole en sus brazos le presentó el vaso á los labios. Bill no tenía fuerzas ni para abrir la boca, y fué necesario echarle el agua dentro. Despues que todos bebieron y comieron, entónces lo hizo Jim, que no se olvidó de exclamar:

— ¡Victoria! ¡victoria! Hemos conseguido lo que queriamos. ¡Gracias á Dios que nos ha dado la fuerza suficiente para esperar!

XVIII.

Otra vez vendidos. — Por el amor de Dios. — La partida. — Nueva venta. — Nuevos sufrimientos.

Durante dos días se sirvieron varias veces á los náufragos porciones de *saugleh*; en cuanto al agua no tenían más que ir á buscarla al pozo, sufriendo mientras los insultos de las mujeres y los chiquillos.

El segundo krooman, que en un momento de desesperación había cedido á sus sufrimientos y ayudado á los otros esclavos en el campo, no podía obtener quedar sin trabajar. Iba algunas veces á hablar con su compatriota y se lamentaba amargamente de no haber tenido el valor de esperar.

En la tarde del segundo día los esclavos blancos fueron visitados por tres árabes, á quienes no habían visto hasta entónces. Estaban bien vestidos y bien armados. Jim entró en seguida en conversacion con ellos, y supo que eran mercaderes que viajaban con una caravana y que pedían hospitalidad en la ciudad durante una noche.

— Sois justamente los hombres que necesitamos, dijo el hermano de Bill en árabe. Queremos ser com-

prados por mercaderes que nos conduzcan á Mogador, donde tenemos amigos que pagarán nuestro rescate.

— He comprado una vez dos esclavos, contestó uno de los árabes, y con grandes gastos los conduje á Mogador. Me habian dicho que su cónsul los rescataría; pero supe demasiado tarde que no tenian cónsul en aquella ciudad. Tuve que volverlos á traer, y perdí los gastos del viaje.

— ¿Eran ingleses?, preguntó Jim.

— No, españoles.

— Ya lo veis; los ingleses hubieran sido rescatados de seguro.

— Eso no es cierto, replicó el mercader. Los ingleses no tienen siempre un cónsul en Mogador para pagar el rescate de sus compatriotas.

— Despues de todo, eso no nos importa, añadió el hermano de Bill. Uno de esos jóvenes que veis ahí tiene un tio rico mercader establecido en Mogador, que pagará por él y sus amigos. Los tres jóvenes son oficiales de la marina inglesa y estudiaban para capitanes cuando el buque ha naufragado; sus padres son ricos y grandes sheiks en su país. El tio de uno de ellos nos comprará á todos.

— ¿Cuál es el que tiene un tio rico?, preguntó uno de los árabes.

Jim señaló á Harry Blount.

— Helo aquí, dijo. Su tio tiene muchos buques que

vienen todos los años á Sweara con ricos cargamentos.

—¿Cómo se llama?

Para dar cierta apariencia de verdad á su historia era preciso que los otros hablaran á su vez. Jim se volvió hácia Harry.

—Sr. Blount, le dijo, decid cualquier cosa; lo que se os ocurra.

—¡Por el amor de Dios, persuadidles á que nos compren!, exclamó Harry obedeciendo á la excitacion de Jim.

Juzgando necesario dar á los árabes un nombre que se pareciera á las palabras pronunciadas por Harry, el hermano de Bill les dijo que el mercader inglés se llamaba *Por el amor de Dios*.

Despues de haber repetido esta frase dos ó tres veces, los árabes pudieron pronunciarla á su manera.

Preguntad al jóven, dijo uno de ellos, si está seguro de que el mercader *Por el amor de Dios* querrá compraros á todos.

—Cuando yo haya concluido de hablaros, dijo Jim á Harry, decid que sí, inclinando varias veces la cabeza y pronunciando algunas palabras.

—Sí, exclamó Harry haciendo señales afirmativas. Creo que empiezo á entenderos, Jim; todo va bien.

—Sí, contestó Jim volviéndose hácia los árabes; el jóven dice que su pariente pagará el rescate de

todos. Nuestros amigos le devolverán más tarde el dinero.

— Pero el negro, preguntó todavía el árabe, no será inglés.

— No, pero habla inglés; ha navegado en buques ingleses, y será comprado con nosotros.

Los árabes dejaron á los náufragos prometiendo volver á la mañana siguiente.

Despues de su partida Jim refirió á sus compañeros toda su conversacion con ellos, y no hay para qué decir que sintieron renacer la esperanza.

— Decidles todo lo que queráis, dijo Harry; prometedles lo que ellos quieran, porque seremos rescatados, aunque no tengo tío ninguno en Mogador, y hasta ignoro si hay cónsul inglés en ese puerto.

— Ir á Mogador es nuestra única esperanza de salvacion, y espero convencerlos, aunque tenga que emplear el engaño. Y vos, continúo Jim dirigiéndose al krooman, no dejéis conocer que habláis el árabe, porque no gastarian un duro en compraros. Cuando vengan mañana hablad con nosotros en inglés, á fin de que estén bien persuadidos de que sereis rescatado tambien.

Al dia siguiente llegaron los árabes, y uno de ellos dijo á Jim:

— Vamos á compraros si nos probais que no nos engañais y admitis nuestras condiciones. Haced sa-

ber al sobrino del mercader inglés que exigimos por cada uno ciento cincuenta duros españoles.

Jim comunicó esta frase á Harry, el cual contestó afirmativamente.

—¿Cómo se llama el tío?, preguntó uno de los árabes. Dejad al jóven que nos lo diga él mismo.

—Quieren saber el nombre de vuestro tío, dijo Jim volviéndose hácia Harry; repetid el que dísteis ayer.

—*Por el amor de Dios*, exclamó Harry.

Los árabes se miraron con una expresion que pareció decir: «Todo va bien.»

—Ahora, dijo uno de ellos, debemos advertiros lo que os espera si al llegar á Mogador resulta que nos habeis engañado. Al jóven sobrino del mercader inglés se le cortará la cabeza; los demas volverán al desierto para sufrir una esclavitud perpétua.

Jim trasmitió las palabras del comprador á Harry.

—¡Está bien!, contestó éste sonriendo de la amenaza. Prefiero eso á permanecer esclavo.

—Ahora mirad al krooman, dijo el hermano de Bill, y hablad con él.

Harry hizo lo que le indicaba y se volvió hácia el africano.

—Espero, dijo, que comprarán al pobre hombre y que nosotros haremos pagar su rescate. Despues de todos los servicios que nos ha prestado sentiria mucho tener que abandonarle.

—Consiente en lo que quereis, dijo Jim á los árabes; pero no queria prometer más de cien duros por un negro; su tio podía rehusar pagar más.

Los árabes hablaron entre sí, y dijo uno de ellos:

—Está bien. Aceptamos cien duros por el negro. Disponeos á partir; saldremos de aquí por la mañana.

Despues que se marcharon los árabes se entregaron los esclavos á grandes trasportes de alegría.

Antes de terminar el dia se les llevó un suplemento de alimento; en la abundancia conocieron que pagaban la comida los nuevos propietarios. No hay para qué añadir que pasaron una noche excelente por primera vez despues de su naufragio.

Los árabes compraron tres pollinos para los esclavos. Harry Blount, como sobrino del rico mercader, fué más favorecido; se le dió un camello.

El segundo krooman estaba en el campo cuando la pequeña caravana se puso en camino, y no pudo despedir á su dichoso compatriota.

Despues de andar doce millas á través de una comarca fértil, los árabes llegaron á un depósito de lluvia, alrededor del cual establecieron el campamento. Se pasó la noche sin novedad, y al dia siguiente, despues de la jornada correspondiente, se hizo alto cerca de un pozo, alrededor del cual habia ya un campamento árabe muy numeroso respecto de hombres y de animales.

Por la noche los tres mercaderes y muchos árabes se sentaron en círculo. Encendióse una pipa y cada cual daba una chupada, pasándosela á su vecino. Mientras fumaban tenian una conversacion en que la palabra «Sweara», es decir, Mogador, se pronunciaba frecuentemente.

—Hablan de nosotros, dijo Jim; es preciso que sepamos con qué objeto. Temo alguna cosa desagradable. Krooman, continuó dirigiéndose al africano; los árabes ignoran que conoceis su lengua; acostaos cerca de ellos y fingid dormir, pero no dejéis escapar una palabra.

El krooman fingió buscar un sitio blando para acostarse, y lo hizo cerca de los árabes.

—He visto tantas veces defraudadas mis esperanzas de libertad, exclamó Jim, que casi desespero de obtenerla nunca. Esas gentes hablan de Mogador. ¡Atencion! Creo que los árabes hacen proposiciones á nuestros amos respecto de nosotros. Si es así, que su profeta les maldiga.

La conversacion de los árabes se prolongó bastante; los esclavos esperaron con impaciencia el regreso del krooman.

— Sé mucho, dijo éste, pero nada bueno.

— ¿Qué hay?

— Dos de nosotros debemos ser vendidos mañana.

— ¿Quiénes?

— No lo sé.

El krooman les dijo en seguida que uno de los árabes era un criador de animales que poseía grandes rebaños, y regresaba hacia poco tiempo de Sweara. Este criador había asegurado á los árabes que no obtendrían gran precio por sus esclavos, y que apenas podían cubrir los gastos del viaje. Añadió que nunca un cónsul cristiano ó mercader extranjero en Mogador pagaría un duro más por seis esclavos que por dos ó tres. Y concluyó diciendo que nunca estaba dispuesto á comprar; pero alguna vez que había adquirido un esclavo había gastado más en el viaje que el valor del hombre.

Estas reflexiones determinaron á los árabes á vender dos esclavos al criador; éste debía partir al día siguiente.

— Sólo debemos consentir en separarnos por la libertad, ó por la muerte, dijo Jim. Es preciso que nuestros amos nos lleven juntos á Mogador. Hay ciertamente grandes sufrimientos que soportar, pero los soportaremos; la voluntad nos ha salvado ya una vez.

Todos prometieron dejarse guiar por el hermano de Bill. Por la mañana siguiente apenas habían despertado los esclavos, cuando recibieron la visita del criador.

— ¿Cuál es el que habla árabe?, preguntó á los mercaderes.

Jim fué designado y escogido inmediatamente.

— Dile que me compre tambien, hermano, exclamó Bill. Debemos hacernos á la vela juntos, aunque siento mucho separarme de mis jefes y compañeros.

El criador eligió á Terencio.

Los mercaderes iban á concluir el contrato cuando fueron interpelados por Jim, asegurándoles que estaban dispuestos á morir ántes que separarse; que ninguno de ellos consentiria en hacer ninguna clase de trabajo miéntras fueran esclavos, y que estaban resueltos á marchar á Sweara.

Los árabes se sonrieron á estas palabras, y concluyeron su contrato, despues de lo cual el criador separó sus dos esclavos.

Los mercaderes ordenaron á los cuatro restantes que les siguieran.

Harry Blount, Colin y Bill contestaron sentándose tranquilamente en la arena.

— Obedeced, les dijo Jim. El Sr. Terencio y yo os seguiremos.

Colin y Bill montaron en sus pollinos y Harry en su camello. Jim y Terencio intentaron seguirles, pero sus nuevos amos estaban preparados y los ataron fuertemente.

Harry, Colin y Bill retrocedieron, se apearon y mostraron su determinacion de no separarse de sus compañeros.

— Esos perros cristianos no desean tener su libertad, exclamó uno de los mercaderes.

Estas palabras hicieron comprender á Jim que podia perjudicar á sus compañeros, y les dijo:

— Marchad, no hagais resistencia. Es posible que os conduzcan á Mogador; no rechaceis esta eventualidad.

— No os abandonaremos; no penseis en ello, dijo Bill.

— Ciertamente, añadió Harry. ¿No nos habeis dicho que debemos permanecer juntos?

Los árabes juraron y maldijeron en vano; los golpes siguieron á las amenazas, y llegaron hasta maltratar horriblemente á Harry, á quien hasta entonces habian mostrado cierto respeto.

Jim y Terencio les aconsejaron por tercera vez que obedecieran; pero Harry declaró su resolucion de no abandonarles. Colin y Bill permanecieron inexorables al castigo, lo mismo que el krooman.

Comprendiendo que todas las súplicas serian inútiles para persuadir á sus compañeros, Jim intentó un nuevo llamamiento á sus últimos amos.

— Compradnos otra vez y conducidnos á Sweara como habeis prometido, y os seguiremos con júbilo. Os repito que sereis bien pagados.

Uno de los mercaderes ofreció comprar por su cuenta á Jim y Terencio, pero sus nuevos amos se negaron á revenderlos.

Una multitud de hombres, mujeres y niños rodeó á los esclavos, y por todos lados se oían estas palabras:

—¡Perros cristianos! ¡Matadlos, puesto que se atreven á resistir la voluntad de los buenos creyentes!

Estos gritos los proferían los que no tenían ningún interés en el asunto; pero los mercaderes no estaban dispuestos á satisfacer su cólera á expensas de sus bolsillos.

Un sólo recurso quedaba para salir de aquella dificultad: separar á los esclavos por la fuerza. Los espectadores fueron invitados á ayudar á los mercaderes, y en breve Harry, Colin, Bill y el krooman estaban atados, el primero sobre su camello y los otros sobre sus pollinos.

Los mercaderes se procuraron entónces, por medio de una pequeña suma, la ayuda de algunos árabes para custodiar á los esclavos hasta la frontera de Marruecos, á una distancia de dos jornadas.

En el momento de partir, uno de los mercaderes dijo á Jim.

—Asegurad al sobrino del rico mercader inglés *Por el amor de Dios*, que vamos á Sweara en la inteligencia de que es cierta la historia que me habeis contado, y que de lo contrario dejará de existir.

—No os ha engañado, dijo Jim. Llevadle, y de seguro sereis recompensado.

—Entónces, ¿por qué no viene de buena voluntad?

—Porque no queria separarse de sus amigos.

—¡Perros ingratos! ¿Nos toman acaso por esclavos, y quieren imponernos su voluntad?

Durante este tiempo los otros dos mercaderes condujeron sus camellos al camino, y un momento despues Harry y Colin se separaron de su camarada Terencio sin esperanza de volverle á ver.

XIX.

Una esperanza frustrada. — Desesperacion. — El peregrino. — Un emisario. — El moro. — Regreso.

Durante la primera hora de viaje, Harry, Colin y Bill caminaron atados. Esta forma de transporte parecióles tan desagradable, que rogaron al krooman informára á sus dueños que estaban resignados á seguirles sin resistencia si se les desataba. Hasta entónces el africano no habia dirigido la palabra á los árabes.

Recibió algunos golpes y no pocas maldiciones por haber ocultado su habilidad de intérprete: despues desataron á los esclavos y les colocaron al frente

de la caravana. Los dos hombres destinados á vigilarles no les perdian de vista.

A hora avanzada de la noche llegaron los viajeros ante un elevado muro que circundaba una aldea.

Hízose entrar allí á los esclavos y se cerró la puerta detrás de ellos. Libres de este cuidado, sus amos aceptaron la hospitalidad del sheik, á quien siguieron hasta su casa, despues de haber recomendado que se les diese de comer.

Sirvióseles una abundante comida compuesta de pan de cebada y leche, siendo despues conducidos á un establo, donde pasaron una parte de la noche peleando con las pulgas.

Ninguno de ellos habia encontrado nunca esos insectos de mayor tamaño y de tan endiablado apetito.

Fatigado el cuerpo y el ánimo acabaron por dormirse, no despertando hasta entrado el dia siguiente, cuando un árabe les trajo el desayuno.

Presintieron que algun nuevo impedimento ocurriria, cuando tan tarde ya no se habia ordenado la marcha. Las horas pasaban, y los dueños no aparecian.

Empezaron á investigar con grande ansiedad cuál podia ser el motivo de esta tardanza, habiendo manifestado los mercaderes intencion de conducirles á Mogador lo más pronto posible.

La dilacion presagiaba nuevos obstáculos, y los cautivos sentíanse amenazados en sus más caras esperanzas.

Antes de que terminase el dia, los dueños explicaron todas sus dudas.

Dijeron al krooman que Harry los habia engañado: que el sheik, en cuya casa habian recibido hospitalidad, conocia perfectamente Sweara y á todos los habitantes extranjeros, asegurándoles que ningun comerciante llamado *Por amor de Dios* existia en dicho pueblo.

—No os mataremos, dijo uno de los árabes á Harry, porque no nos ha costado trabajo conducirnos hasta el fin del viaje, y además nos perjudicaríamos; pero os llevaremos de nuevo á los confines del desierto y allí os venderemos por lo que valeis.

Harry rogó al krooman que contestase que libremente habia ofrecido su vida en prueba de la verdad de su historia, y afirmaba de nuevo tener un amigo rico en Mogador que les compraria á todos; pero caso de que su tio no se encontrase en la ciudad cuando llegasen á ella, esto no sería obstáculo, porque su redencion la pagaria seguramente el cónsul inglés: que si nos conducen á Mogador y no somos rescatados, le ofrezco voluntariamente mi vida, y en tal caso moriré á gusto; pero que no nos vendan hasta que estén seguros de que les hemos

engañado: dando fe á lo que les ha dicho un extraño, se perjudicarían y nos perjudicarán.

Los mercaderes habian sabido que los esclavos conducidos desde el desierto al imperio de Marruecos podian reclamar la proteccion de este gobierno, cosa que hacian con frecuencia. En tal caso eran puestos en libertad sin necesidad de pagar rescate, y los que se habian tomado el trabajo de conducirles se veian obligados á volverse, sin que ni siquiera se les diese las gracias por su trabajo.

Uno de los traficantes, llamado Bo-Muzem, mostrábase dispuesto á escuchar favorablemente las protestas de Harry, pero se lo impidieron los otros, y todas las seguridades del jóven inglés sobre la riqueza de los parientes que tenía en su patria, y acerca de lo que valian él y sus camaradas como oficiales de marina, no tuvieron éxito alguno.

Los árabes partieron al fin, dejando á Harry y á Colin desesperados. Bill y el krooman parecian indiferentes á todo. La perspectiva de volver al desierto les habia quitado hasta la facultad de sentir y de pensar. El viejo marinero, siempre dispuesto á manifestar sus sentimientos con energía, estaba sin fuerzas hasta para maldecir á sus comunes enemigos.

La segunda noche de su estancia en aquel pueblo, y á hora bastante avanzada, dos viajeros llamaron á la puerta y pidieron entrar.

Al pronunciar su nombre uno de ellos, mostraron gran solicitud por recibirle.

Los negociantes velaron con los extranjeros y con el sheik hasta muy entrada la noche; pero esto no les impidió levantarse al amanecer para ocuparse en los preparativos de la marcha.

Se dió de almorzar á los aventureros, recomendándoles que se apresuráran para ayudar á enjear los animales.

Entónces supieron que volvian al Sahara, de donde habian venido.

—¿Qué haremos?, preguntó Colin á sus compañeros. ¿Preferís la muerte á la esclavitud?

Ninguno contestó; la desesperacion era más fuerte.

Antes de ponerse en camino recibieron aviso que el Haji (el peregrino) queria hablar á los cristianos, y poco despues vieron llegar uno de los extranjeros llegados la víspera.

Era un anciano de aspecto venerable, con una larga barba blanca que le caia sobre el pecho.

Habiendo estado en la Meca tenía derecho al respeto y á la hospitalidad de todo buen musulman.

Por medio del krooman dirigió varias preguntas á los esclavos, y pareció conmovido con las respuestas. Enteróse de todo lo relativo á los jóvenes, y despues dijo:

— Quiero hacer todo lo que esté en mi mano por

ayudaros. He contraído una deuda de reconocimiento hácia uno de vuestros compatriotas, y la pagaré de este modo, si puedo. Yo estaba enfermo en el Cairo y moría de hambre, cuando un oficial de la marina inglesa me dió una moneda de oro. Aquel dinero me salvó la vida; pude continuar mi viaje y volver á mi familia. Todos somos hijos del verdadero Dios y es nuestro deber ayudarnos los unos á los otros. Voy á hablar con vuestros amos.

El viejo peregrino se volvió entónces hácia estos últimos.

— Amigos míos, les dijo, habeis prometido á estos esclavos llevarlos á Sweara, donde pueden ser rescatados. ¿No temeis á Dios al hacer tan poco caso de vuestros compromisos?

— Creemos que nos han engañado, contestó uno de los mercaderes, y tememos llevarlos á Marruecos, donde pueden adquirir libertad sin pagarnos el rescate. Somos pobres, y ya hemos gastado mucho con esos esclavos.

— No tengais ningun temor, replicó el viejo árabe. Pertenecen á una nacion que no deja á ninguno de sus súbditos en la esclavitud. Ningun mercader inglés rehusará comprarlos. Vuestro interés os aconseja llevarlos á Sweara.

— No será la primera vez, insistieron los árabes, que el gobernador de Mogador se guarda el precio

del rescate, y los pobres árabes tienen que volverse sin un duro.

El peregrino no encontró contestacion en un rato, pero despues añadió :

— No los lleveis á Marruecos hasta despues de haber sido pagados. Dos de vosotros pueden quedar aquí con ellos miéntras el tercero va á Sweara con una carta de ese jóven á sus amigos. Si no recibis el dinero, entónces tendreis el derecho de retenerlos y obrar como querais.

Adoptado este medio entregaron á Harry papel, pluma y tinta para que escribiera la carta, miéntras se preparaba Bo-Muzem, el más jóven de los mercaderes, para llevarla. En un dia para llegar á Agadeez, ciudad fronteriza del imperio de Marruecos, y tres para llegar á Mogador, estaba hecho el viaje.

Harry sabia que su única esperanza era hacer conocer su situacion á cualquier compatriota habitante en Mogador ; así que escribió las sigientes líneas :

« Caballero : Dos midshipmen de S. M. B. (náufragos hace algunas semanas cerca de Cabo Blanco) y dos marineros están en este momento reducidos á la esclavitud en una pequeña aldea á una jornada de Agadeez. El portador de esta carta es uno de nuestros amos ; su viaje á Mogador tiene por objeto saber si seremos rescatados. Si no encuentra á nâdie que quiera pagar nuestro rescate, el que os escribe será

muerto á su regreso. Si no podeis, ó no quereis pagar el dinero fijado por nuestra salvacion (ciento cincuenta duros por cada uno), indicad al ménos al dador alguna persona que en vuestro concepto pueda dar la suma.

» Otro midshipmen y otro marinero del mismo buque están tambien reducidos á esclavos á una jornada al Sur de esta ciudad.

» Quizá el portador de esta carta, Bo-Muzem, se encargaria de comprarlos si tuviera la seguridad de obtener el rescate.

HARRY BLOUNT.»

El jóven inglés dirigió su billete: « A un mercader inglés en Mogador.»

Bo-Muzem partió prometiendo estar de vuelta al cabo de ocho dias.

Atravesó el Atlas y llegó por la tarde del tercer dia á una pequeña ciudad rodeada de muros á tres horas de distancia del famoso puerto de mar de Mogador.

Detúvose para pasar la noche, y al entrar en la ciudad se encontró frente á frente con el criador de animales, á quien pocos dias ántes habia vendido Terencio y Jim.

— ¡ Ah!, amigo mio, me has arruinado, exclamó al verle. Perdí los dos cristianos que te compré, y estoy arruinado.

Bo-Muzem le dijo que se explicára.

—Despues de tu partida, dijo el criador, intenté obtener un poco de trabajo de esos infieles, pero no quisieron obedecerme. Como soy pobre no podia guardarlos sin trabajar ni darme el lujo de matarlos. Tenía que ir á Sweara para un asunto de importancia, y me los llevé creyendo que acaso encontraria algun cristiano que me daria alguna cosa por sus compatriotas.

Me suplicaron que los llevára al cónsul inglés, y así fué. Pero apenas llegamos me dijeron que estaban libres, y me desafiaron á hacerles salir de la ciudad. No pude obtener ni una piastra. El gobernador de Sweara y el emperador de Marruecos tienen tratados de amistad con los infieles, miéntras detestan á los árabes del desierto. No hay justicia en Mogador para nosotros. Si conduces tus esclavos á la ciudad, puedes estar seguro de perderlos.

—No los traeré, dijo Muzem, si no tengo seguridad de ser pagado. Para ello tengo una carta de uno de los esclavos para su tio, un rico mercader establecido en Sweara.

—El perro ha mentido, y pronto lo veremos. Vamos á ver á un judío de Mogador que reside en esta aldea y conoce todas las lenguas que se hablan.

Trasladáronse á casa del judío, el cual, despues de examinar la carta, dijo que estaba dirigida «A un mercader inglés en Mogador.»

—¡*Bismillah!*!, exclamó Muzem; todos los mercaderes ingleses de Mogador no pueden ser tios del joven. Decidme: ¿habeis oido hablar de un rico mercader que se llama *Por el amor de Dios?*

El judío soltó una carcajada, y explicó al árabe la verdadera significacion de esta frase.

—No voy más lejos; me vuelvo inmediatamente, dijo Bo-Muzem. Con lo que sé me basta.

Con efecto, á la mañana siguiente se volvió, y el criador le acompañó.

Por el camino este último fué convenciendo á Bo-Muzem de que le vendiese los esclavos, pues aunque gastára el dinero inútilmente, tenía gusto en vengarse de lo que le habia pasado en Mogador.

Bo-Muzem consintió en vender los dos compañeros del que habia firmado la carta, y no incluia éste porque queria matarlo.

El criador ofreció diez duros y cuatro caballos por cada uno de los esclavos, y se cerró el trato.

Creemos excusado advertir que el criador habia mentido. La historia de la huida de Terencio y Jim era completamente falsa.

Los esclavos blancos pasaron seis días en la mayor tranquilidad.

El siguiente se presentó un moro muy bien vestido que queria comprarlos. El trato quedó cerrado en breves momentos.

La esperanza de libertad de los esclavos quedó casi desvanecida. Los jóvenes reconvinieron al jefe árabe por haber faltado á su palabra de conducirlos á Mogador, y mucho más cuando se esperaba al que habia de traer noticias del rescate.

El árabe contestó que el moro Rais Mourad habia dado ciento cincuenta duros por cada uno, y por lo tanto por la misma cantidad no tenían necesidad de hacer el viaje.

A esta contestacion no tuvieron los jóvenes qué replicar, y se sometieron á la suerte sin esperanza de ninguna clase.

Rais Mourad, que tenía una comitiva muy numerosa, no quiso hacer el viaje despacio, y compró cuatro caballos para sus esclavos. Miétras se preparaban, los jóvenes trataron de averiguar el camino que iban á llevar; pero toda la contestacion que recibieron fué la siguiente:

— Dios lo sabe, y quiere que lo ignoreis.

En el momento en que el moro y su gente iba á alejarse, se hacian abrir las puertas de la ciudad Bo-Muzem y el criador.

A la vista de Bo-Muzem los esclavos blancos se precipitaron hácia él. Harry gritaba al krooman que le preguntára si sería pagado el rescate. Bill cogió al africano por el brazo indicándole al criador y preguntándole qué habia hecho de su hermano Jim y

de Terencio. Pero el krooman no tuvo tiempo de atender á ninguno de los dos, porque Bo-Muzem, al distinguir á los jóvenes, dió rienda suelta á su cólera, y se desató en denuestos contra ellos, porque decia que le habian engañado.

Los colegas del mercader le dijeron que los esclavos no le pertenecian, lo cual acabó de exasperarle, porque Harry Blount, de quien deseaba vengarse, estaba comprendido en la venta hecha al moro.

Mourad se enteró de lo que pasaba, y mandó á sus servidores que hicieran partir inmediatamente á los esclavos, sin hacer caso de las reclamaciones.

Los jóvenes se lamentaron por el camino de no poder haber preguntado al criador lo que habia pasado á Jim y Terencio. Los moros les daban cada vez con más insistencia órden de acelerar el paso, y así caminaron hasta que la oscuridad de la noche no permitia á los esclavos dirigir sus caballos. Entónces Mourad mandó hacer una parada, y pasar la noche en aquel sitio.

XX.

Una carta. — La persecucion. — La justicia mora. — Llegada á Mogador. — Rescate. — Conclusion.

Al rayar el alba se pusieron de nuevo en camino, y no tardaron en ver los muros blancos de la ciudad de Santa-Cruz, ó Agadeez, como la llaman los árabes.

En una de las pequeñas aldeas que encontraron en el camino, rodeadas de plantaciones de viñas y dátiles, se detuvieron para tomar el desayuno, durante el cual Rais Mourad entró en conversacion con el krooman.

—¿Qué dice el moro?, preguntó Harry.

—Que nos lleva á Sweara, y nos entregará al cónsul inglés si prometemos portarnos bien con él.

—Contestadle que nos comprometemos á ello, y que será bien pagado.

El moro replicó que queria una promesa escrita de la suma que exigia: doscientos duros por cada uno. Despues tomó una pluma y escribió él mismo los términos del compromiso en árabe, ordenando al

krooman que los tradujera á sus compañeros palabra por palabra. El krooman leyó lo siguiente :

«Al cónsul inglés.

»Somos cuatro esclavos cristianos. Rais Mourad nos ha comprado á los árabes. Prometemos darle doscientos duros por cada uno de nosotros , es decir, ochocientos duros por los cuatro, si nos lleva ante vos. Os suplicamos que le pagueis sin demora.»

Los esclavos firmaron, y dos horas despues subian á caballo el camino de Santa Cruz.

De repente observaron que los perseguia una tropa de unos treinta árabes montados. Rais Mourad se acordó que el criador de animales le habia amenazado con perseguirle para defender lo que él llamaba su propiedad. Mandó acelerar el paso, pero los caballos de los esclavos eran malos y no podian subir á galope la pendiente de la montaña que seguian.

Los árabes ganaban terreno cada minuto ; no habia más que media milla entre las dos cabalgatas. El moro animaba á los suyos ; la puerta de la ciudad estaba á una milla de distancia.

En el momento en que Rais Mourad y su gente llegaban al fin de su carrera, las cabezas de los caballos de sus enemigos aparecian en la cumbre de la colina detrás de ellos. Cinco minutos despues los esclavos blancos echaban pié á tierra y daban gracias á Dios por verse fuera de peligro.

Bo-Muzem, el criador y sus amigos llegaron un cuarto de hora despues, y pasaron corriendo por delante de los centinelas. Parecia que querian caer sobre Harry, principal objeto de su venganza. Pero Rais Mourad llamó á un guardia, y éste declaró á Bo-Muzem que no tenía derecho para atacar á nadie dentro de la ciudad.

Los árabes comprendieron que estaban en una ciudad de Marruecos, y que debian ceder. Por otra parte, á cada tropa se le designó un barrio diferente, y por lo tanto pareció terminada toda idea de lucha por el momento.

Por la mañana del día siguiente Rais Mourad fué llamado ante el gobernador de la ciudad con sus esclavos. No mostró repugnancia alguna á obedecer esta órden, y un soldado le condujo á la presencia del magistrado.

Bo-Muzem y el criador habian llegado ántes, y el gobernador no se hizo esperar. Este era un hombre de apariencia simpática. Mandó hablar primero á Bo-Muzem, el cual explicó, que asociado á otros dos mercaderes habia comprado aquellos esclavos, pero que no habia consentido en la venta que sus compañeros hicieron al moro, especialmente de uno de los esclavos, que reclamaba como de su propiedad. Los otros pertenecian, decia, á Mohamed, su amigo el criador, al que los habia prometido en el viaje que con el

consentimiento de sus colegas habia hecho á Sweara para encontrar comprador.

Mohamed tomó la palabra á su vez , y dijo haber comprado tres esclavos cristianos á su amigo Bo-Muzem por el precio de diez duros y cuatro caballos cada uno. Los esclavos habian sido llevados á la fuerza por Rais Mourad , y él los reclamaba como suyos.

El moro fué interrogado en seguida. ¿Por qué retenia la propiedad ajena?

Contestó que dos mercaderes árabes le habian cedido los esclavos , que habia pagado al contado al precio de ciento cincuenta duros cada uno.

El gobernador permaneció silencioso algunos minutos , y despues , volviéndose á Bo-Muzem , le dijo :

—Vuestros asociados ¿os han ofrecido la parte correspondiente del precio de los esclavos?

—Si , contestó el mercader , pero yo no he aceptado.

—Vos y vuestros asociados , ¿habeis recibido de este hombre que reclama los tres esclavos , doce caballos y treinta duros?

Despues de vacilar un poco Bo-Muzem , contestó negativamente.

—Los esclavos pertenecen á Rais-Mourad , dijo el gobernador. Marchaos.

Todos se retiraron. Mohamed y Bo-Muzem se fueron murmurando que no habia justicia para los pobres árabes en Marruecos.

El moro dió órden de ponerse en camino, y suplicó al mercader que le acompañára fuera de las murallas. Este último consintió, con la condicion de que le acompañára Mahomed.

Rais-Mourad accedió con sonrisa singular.

— Amigo mio, dijo con tono de proteccion á Bo-Muzem, habeis sido engañado. Si hubiérais conducido estos esclavos á Sweara, como habiais prometido, no sólo hubiérais sido indemnizado de vuestros gastos, sino que tambien habriais sacado un buen beneficio. Yo he encontrado por fortuna á vuestros asociados, y haré un gran negocio, gracias á ellos. El que llamais vuestro amigo Mahomed os ha comprado otros dos cristianos, los ha vendido al cónsul inglés y ha obtenido doscientas piastras de beneficio. Para hacer un negocio parecido queria compraros estos tambien. Os ha engañado. No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta, y Bo-Muzem es un loco.

La verdad de estas palabras fué comprendida en seguida por el mercader, que penetró toda la perfidia del criador. No pudiendo dominarse, se lanzó sobre Mahomed blandiendo su cimitarra.

El combate fué terrible. Los esclavos le presenciaban sin simpatía ni por uno ni por otro.

En una lucha el musulman cuenta más con la justicia de su causa que con su fuerza y acierto, y

cuando se siente culpado pierde mucho de su ánimo. Después de la injuria que se le había hecho, Bo-Muzem contaba con la bondad de su causa para salir victorioso de la lucha, y combatía sin dudar del resultado.

En efecto, el criador, dominado por un sentimiento contrario, perdía terreno á cada instante, y por último cayó muerto á los piés de su adversario.

— Uno ménos, exclamó Bill. ¡Qué lástima que no haya tenido consigo á Jim y á Terencio! ¿Qué habrá hecho de ellos?

— Preguntémoslo al moro, dijo Harry; debe saberlo, y quizá pueda comprarlos.

El krooman iba á hacer esta pregunta cuando Rais Mourad ordenó á los esclavos en tono imperativo que ocupáran sus puestos para continuar el viaje.

Después de haber recomendado á Bo-Muzem que desconfiára de la gente de Mohamed, el moro tomó la cabeza de la kafilá y ésta emprendió la marcha hácia Mogador.

El camino seguido por Rais Mourad se extendía á través de un país muy desigual. Ya atravesaban un estrecho valle cerca de la orilla del mar, ya un sendero cortado á pico en una montaña escarpada. Los animales caminaban con gran dificultad, y los ginetes tenían que guiarlos con mucho cuidado.

La ciudad tan deseada no apareció á la vista de

los esclavos hasta el día siguiente; pero demasiado tarde para abrir las puertas, tuvieron que pasar la noche en el campo.

Harry, Colin y Bill no pudieron dormir aquella noche; esta vez creían tocar de veras la libertad.

Levantáronse con el día impacientes por conocer su suerte; pero el amo, sabiendo que no podían hacer nada hasta tres ó cuatro horas después, no les permitió entrar en la ciudad.

Esperaron, pues, los esclavos en la mayor ansiedad. Por último, Rais Mourad se dirigió con ellos hacia las puertas, de las cuales no habían podido quitar la vista desde la madrugada.

Después de haber pasado por muchas calles, los náufragos distinguieron una casa sobre la cual flotaba una bandera. Sus corazones latían con violencia: era la bandera de la vieja Inglaterra.

Encontrárouse ante la morada del cónsul. Rais Mourad entró y les mandó que le siguieran.

Al atravesar el patio vieron dos personas que corrían hacia ellos: eran Terencio y Jim.

Un hombre de aire distinguido se aproximó á Harry y á Colin, y apretándoles las manos les felicitó cordialmente.

La presencia de Terencio y de Jim en el consulado de Mogador se vió bien pronto explicada. El criador, después de haberles comprado, les había

conducido á Sweara. El cónsul pagó inmediatamente la cantidad reclamada por el árabe, que prometió comprar además los otros tres esclavos y conducirlos á Mogador.

El cónsul no presentó ninguna dificultad para entregar el precio prometido por Harry, Colin y Bill; pero no se creyó autorizado para gastar el dinero de su gobierno en rescatar al krooman, que no era súbdito inglés.

El pobre negro al oír estas palabras se abandonó á la más violenta desesperacion.

Sus compañeros de infortunio no podían permanecer espectadores indiferentes de su dolor, y prometieron darle la libertad. Ellos tenían parientes ricos, y esperaban encontrar algun mercader inglés en Mogador que consentiría en adelantarles el dinero.

No se equivocaron. Al día siguiente el krooman era libre también. Habiendo contado el cónsul el caso á muchos extranjeros, se abrió inmediatamente una suscripcion, que produjo en un instante la suma pedida por Rais Mourad.

El cónsul facilitó á los midshipmen todo lo que podían necesitar, y quedaron esperando la llegada de un buque inglés para volver á su patria.

Poco tiempo despues los grandes mástiles de un buque inglés proyectaban sus sombras en las aguas de la bahía de Mogador.

Los tres jóvenes fueron aclamados por los oficiales de á bordo, mientras que Bill, su hermano y el krooman fueron á instalarse en el camarote de proa.

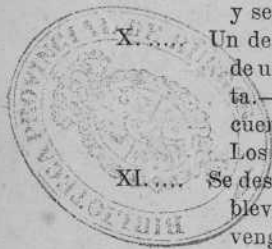
Más tarde se distinguieron todos al servicio de su país, y reunidos frecuentemente, á pesar de las exigencias del servicio, gozaban recordando el tiempo en que habian sido esclavos en los desiertos de Sahara.

FIN.

INDICE.

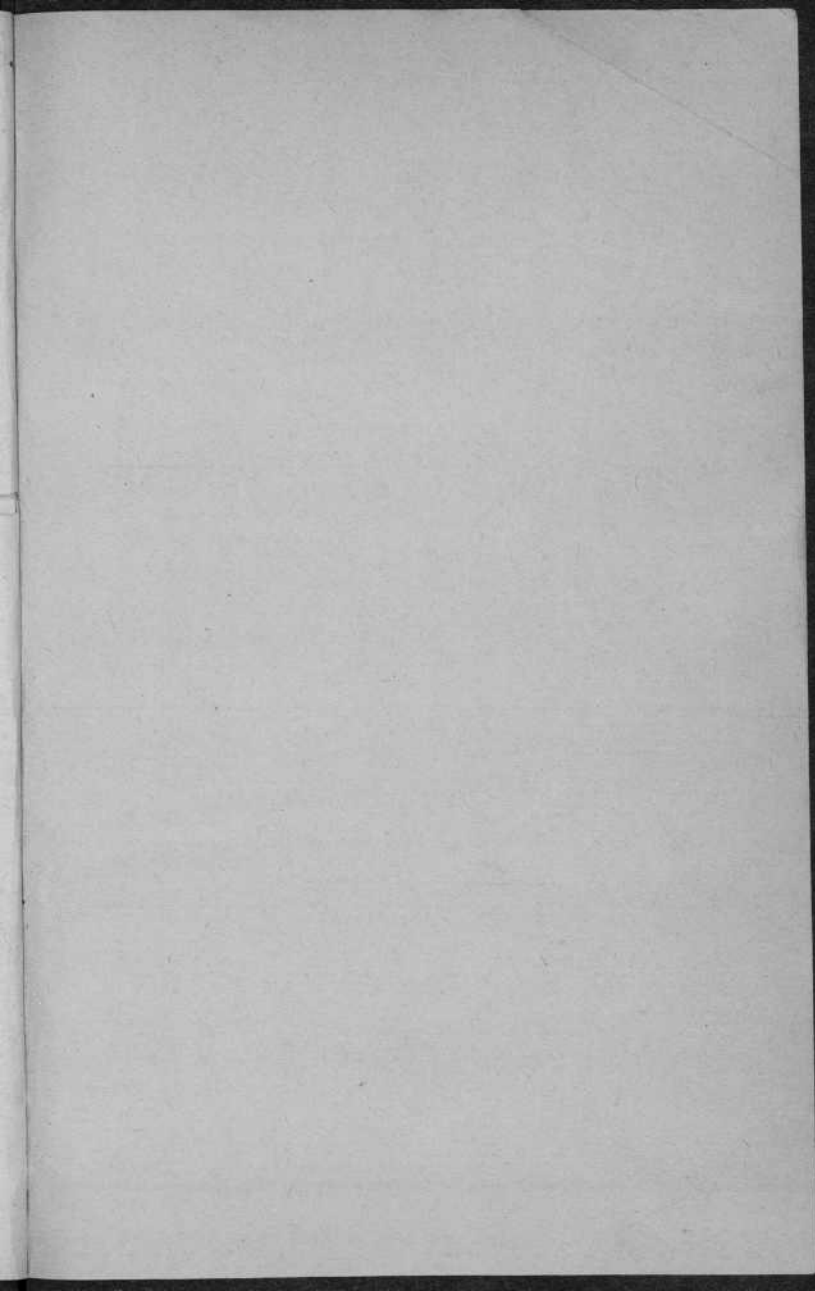
	<u>Págs.</u>
I. Dos desiertos. — Los midshipmen. — La lengua de serpiente. — La marea. — Temores y sobresaltos. — Una separacion forzosa. — Un hombre ménos. . .	5
II. La playa. — Las dunas. — El sueño. — El simoun. — Una pesadilla bienhecho- ra. — Un animal extraordinario.	17
III. El mehari — La gerba. — Un almuerzo frugal. — La fuente del desierto. — La aparicion. — Temores y sobresaltos. — El anteojo.	33
IV. Las huellas en la arena. — El buque del desierto. — Una cabalgadura dificil. — Viaje á pié. — Viento en popa. — Una danza interrumpida.	47
V. Una recepcion que deja mucho que de- sear. — El campamento árabe. — Dos alfanges para una cabeza. — Rifa del marinero y de sus vestidos. — El jefe negro. — Martirio horrible.	60
VI. Las huellas de Bill. — La retirada. — Un animal extraño. — Las carcajadas. — La hiena risueña. — Un asilo húme- do. — Más risa.	67
VII. Un jefe astuto. — Un encuentro singu- lar. — La huida. — La sorpresa. — El aduar al amanecer.	81
VIII. .. Un dromedario obstinado. — Los came- llos aguadores. — Envidias y cálcu- los. — El ajedrez del desierto. — En marcha. — Golah.	92

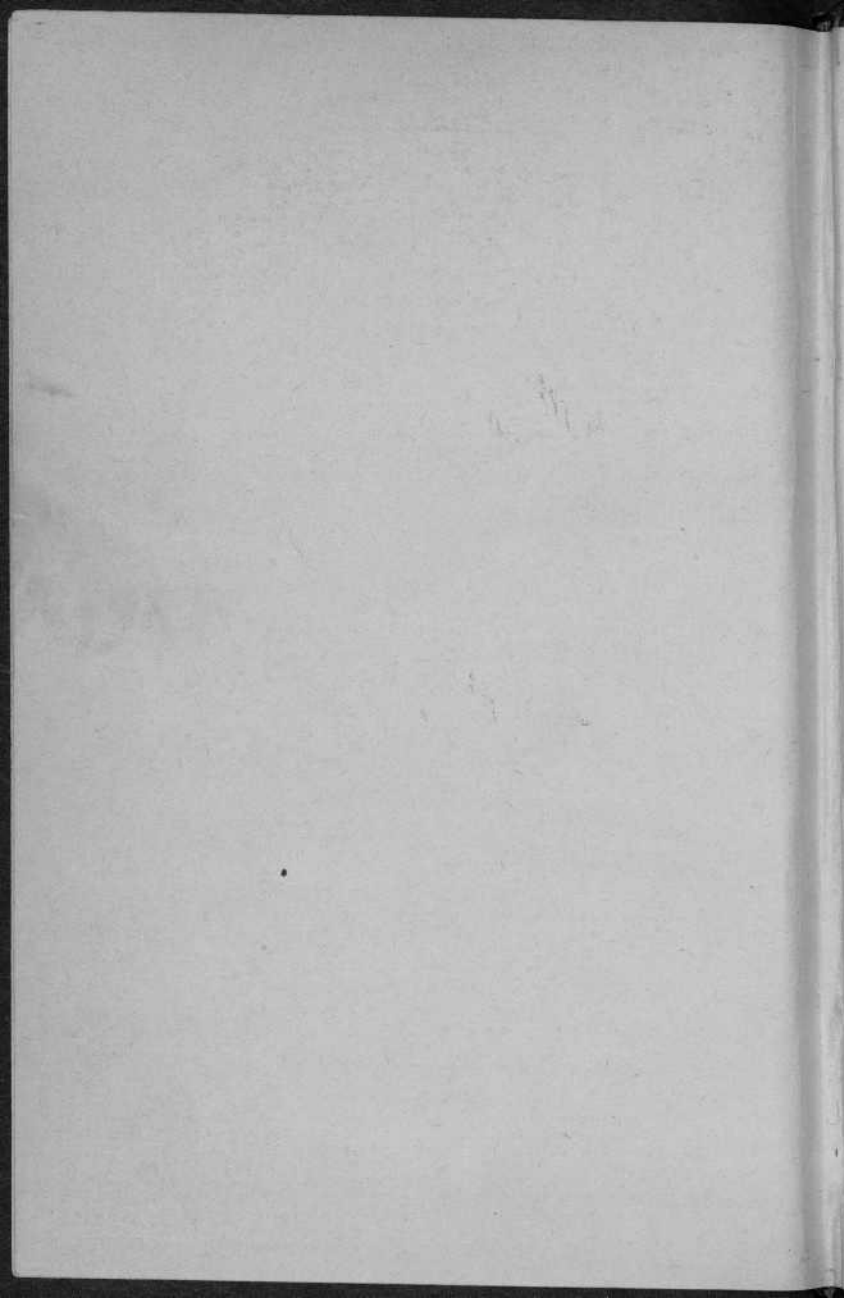
IX.	Un día de agonía. — Fortuna de Colin. — Un caballo improvisado. — La experiencia del marinero Bill. — Hambre y sed.	105
X.	Un descubrimiento peligroso. — El amor de una negra. — Una recompensa injusta. — Un pozo seco. — Desaliento. — Encuentro de otra caravana. — ¡ Agua! — Los ladrones del desierto.	116
XI.	Se descubre el pastel. — Proyecto de sublevación. — ¡ Enterrados vivos! — La venganza del jefe y del marido. — Aparición de los ladrones.	133
XII. ...	El ataque de los árabes. — ¡ Todavía prisioneros! — Una mujer infiel. — El jefe esclavo. — Dos mujeres fieles. — La hospitalidad.	147
XIII. ...	Traicion y robo. — El cuerpo de Fátima. — Una nueva traicion. — Temor y ansiedad. — La venganza.	161
XIV. ...	La mar. — La guardia de noche. — Una visita de Golah. — Un árabe ménos. — Huida de dos mujeres. — ¡ Fuego! . . .	173
XV.	Muerte de Golah. — Dos cadáveres. — Al Noroeste. — Otra caravana. — Un naufragio. — Pesca singular. — Las piedras.	185
XVI. ...	Otro esclavo blanco. — El tesoro escondido. — El hermano de Bill. — ¡ Once años en el desierto! — Un río viviente. — La langosta.	198
XVII..	Los árabes en su casa. — Una greve en el desierto. — ¡ Trabajar, ó morir! — El suplicio de la sed. — ¡ Victoria!	210

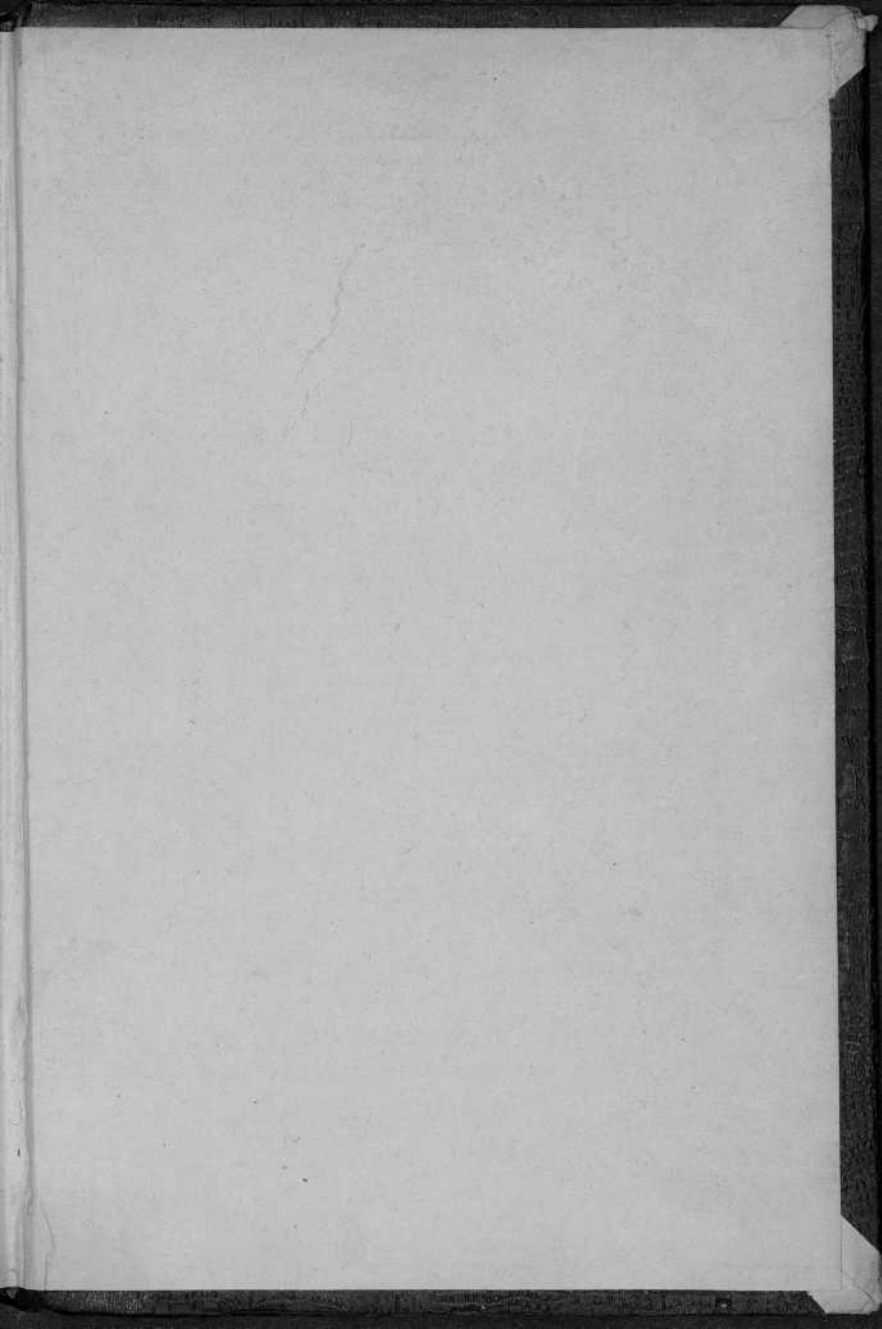


	<u>Págs.</u>
XVIII. Otra vez vendidos.—Por el amor de Dios.—La partida.—Nueva venta.—Nuevos sufrimientos.	221
XIX... Una esperanza frustrada.—Desesperacion.—El peregrino.—Un emisario.—El moro.—Regreso.	232
XX.... Una carta.—La persecucion.—La justicia mora.—Llegada á Mogador.—Rescate.—Conclusion.	244

187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200







16

MAYNE REID

LOS
JOVENES
ESCLAVOS

16.432

PUBLICA